

EL ALDEANO DE PARÍS
LOUIS ARAGON

de

Lectulandia

Un sentimiento y una mirada inédita al paisaje parisino se dan cita en este libro mítico de la Modernidad. Como un «aldeano» recién llegado a la gran metrópoli, con los ojos abiertos de par en par, Aragon nos enseñó a mirar de un modo nuevo, ¡ya en 1926!, los escaparates, los pasajes, los parques, los recortes de periódico. Aragon elevó a la categoría de fetiches los urinarios, el misterio de los jardines, los carteles encolados en fachadas y muretes. La luz moderna de lo insólito los bustos de cera de las peluquerías convertidos en esculturas de belleza convulsa se cuele por todas las esquinas en estas páginas fascinantes, y paseamos junto a su autor, como lo hiciera el propio Walter Benjamin, excitados y ansiosos por descubrir al fin la esencia de la ciudad contemporánea.

«Modernidad. Esta palabra se funde en la boca antes incluso de ser pronunciada. Sucede lo mismo con todo el vocabulario relativo a la vida, el cual no expresa un estado, sino el cambio. Recuerdo una escalofriante figura de cera en una peluquería, con sus brazos cruzados sobre el pecho y el cabello desgredado bañando su ondulado permanente en el agua de una copa de cristal. Me viene a la memoria una tienda de pieles. Recuerdo la mímica extraña del electroscopio de hojas doradas. ¡Oh, sombreros de copa, durante una semana habéis tenido para mí el negro aspecto de un signo de interrogación!».

Un libro fundamental de la literatura francesa, un retrato indispensable del París de la primera mitad del siglo xx, de algunos de sus personajes y, sobre todo, de sus lugares ya míticos.

Lectulandia

Louis Aragon

El aldeano de París

ePub r1.0

Titivillus 01.02.2017

Título original: *Le Paysan de Paris*
Louis Aragon, 1926
Traducción: Vanesa García Cazorla
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A André Masson

NOTA BENE

En este volumen se han traducido los contenidos de la mayoría de los carteles y letreros recogidos en la edición original, tratando de reproducir fielmente el formato en el que aparecían en ella. Se han copiado tal cual sólo aquellos letreros que se formulaban ya en la edición francesa en una lengua distinta a la original o que reproducían cartas de bebidas, donde los nombres eran marcas o nombres comunes a ambas lenguas.

El lector encontrará unas completísimas y sugerentes notas de la traductora —a la que los editores queremos agradecer públicamente su esfuerzo— al final de estas páginas.

PREFACIO A UNA MITOLOGÍA MODERNA

Parece como si, hoy en día, toda idea hubiera superado su fase crítica. Bien sabido es que las nociones abstractas del hombre se han ido agotando paulatinamente con el examen general que han sufrido, que la luz humana se ha filtrado por doquier y que así nada ha escapado a ese proceso universal, susceptible, todo lo más, de ser sometido a revisión. Así, observamos cómo todos los filósofos del mundo se muestran incapaces de afrontar el menor problema sin antes obstinarse en recapitular y refutar todo cuanto de ello hayan dicho sus predecesores. Ni siquiera de ese modo piensan nada que no responda a un error anterior, que no se fundamente en él, que no participe en él. Curioso método extrañamente negador: diríase que tienen miedo del genio, incluso en el terreno donde sólo deberían imponerse el genio, la pura invención y la revelación. Es como si aquellos que hicieron del pensamiento su feudo hubieran tomado, de forma pasajera, conciencia de la insuficiencia de medios dialécticos y de su ineficacia en la vía hacia toda certeza. Pero esta conciencia no les ha empujado sino a discutir acerca de los medios dialécticos, en lugar de hacerlo sobre la propia dialéctica, y menos aún les ha llevado a discutir sobre su objeto, la verdad. O si, de milagro, se han ocupado de ella, ha sido porque la consideran como un objetivo, y no por sí misma. Todos querían unirse al debate acerca de la objetividad de la certeza; mas a nadie se le ocurrió pensar en la realidad de la certeza.

Las características de la certeza varían conforme a los sistemas personales de los filósofos, yendo de la certeza común al escepticismo ideal de algunos que vacilan. Pero por más que la reduzcamos, por ejemplo a la conciencia del ser, la certeza se presenta ante cuantos la escrutan con características propias y definibles que permiten distinguirla del error. La certeza es realidad. De esta creencia fundamental procede el éxito de la famosa doctrina cartesiana de la evidencia.

Todavía no hemos terminado de descubrir los estragos de esta ilusión. Pareciera que, para la evolución del espíritu, nada jamás ha constituido un escollo tan difícil de evitar como ese sofisma de la evidencia que favorecía una de las formas de pensar más predominantes de los hombres. La encontramos en la base de toda lógica. En ella se resuelve toda prueba que el hombre se ofrece de una proposición que él enuncia. El hombre hace sus deducciones recurriendo a ella; y recurriendo a ella saca sus conclusiones. Y así es cómo ha construido una verdad cambiante y siempre evidente, acerca de la cual en vano se pregunta por qué no consigue satisfacerle.

Ahora bien, existe un reino negro que los ojos del hombre evitan, porque ese paisaje no es un regalo para sus ojos. Esa sombra, de la cual pretende prescindir para describir la luz, es el error con sus características ignotas, un error que sólo brindaría la indudable prueba de la fugitiva realidad a quien lo considerara en sí mismo. Pero ¿quién ignora que el rostro del error y el de la verdad podrían no tener rasgos diferentes? El error se acompaña de la certeza. La evidencia se impone a través del error. Y todo cuanto se dice de la verdad podría asimismo decirse del error: así no nos

volveremos a equivocarnos. No habría error sin la idea misma de la evidencia. Sin ella, jamás repararíamos en el error.

Me hallaba sumido en estos pensamientos cuando, sin que nada lo hubiera presagiado, la primavera irrumpió en la tierra.

Era por la tarde, hacia las cinco de un sábado: de repente, una luz distinta baña todas las cosas, y, sin embargo, todavía hace demasiado frío. Imposible explicar lo que acaba de ocurrir. La cuestión es que mis pensamientos jamás se quedan inmóviles; ahora persiguen, en desbandada, una preocupación imperiosa. La tapadera de la caja acaba de abrirse. Tal es la libertad que siento que ya no soy dueño de mí mismo. Inútil es iniciar nada. No iré más allá del esbozo mientras siga haciendo este tiempo paradisiaco. Soy el ludión de mis sentidos y del azar. Soy como el jugador que está sentado a la ruleta: no vengáis a decirle que invierta su dinero en el petróleo, porque se reirá en vuestra cara. Mi cuerpo es la ruleta, y yo apuesto al rojo. Todo me distrae indefinidamente, salvo de mi propia distracción. Una suerte de nobleza me empuja a preferir este abandono por encima de todas las cosas; y es como si no pudiera escuchar los reproches que me hacéis. En lugar de ocuparos de la conducta de los hombres, mirad a las mujeres que pasan. Son enormes fragmentos de un titilante fulgor, destellos que aún no se han despojado de sus pieles, de sus misterios brillantes y volátiles. No, no querría morir sin haber abordado a cada una de ellas, sin haberla tocado al menos con mis manos, sin sentir que cede y renuncia a la resistencia bajo esa presión y, después, ¡largo de aquí! A veces llego tarde a casa por la noche tras haberme cruzado con quién sabe cuántas de esas deseables iridiscencias, sin haber tratado de adueñarme de una sola de esas vidas imprudentemente dejadas a mi alcance. Entonces, al desvestirme, me pregunto con desprecio qué hago en el mundo. ¿Es ésta una manera de vivir? ¿Acaso no sería menester que volviera a salir en busca de mi presa, para convertirme yo mismo en la presa de alguien en lo más profundo de las sombras? Los sentidos han establecido, por fin, su hegemonía en la tierra. A partir de ahora, ¿qué pinta aquí la razón? Razón, razón, ¡oh, fantasma abstracto del estado de vigilia!, ya te había ahuyentado de mis sueños, y heme aquí en el punto en el que éstos van a confundirse con las realidades de la apariencia: aquí sólo hay espacio para mí. En vano la razón denuncia ante mí la dictadura de la sensualidad. En vano me pone en guardia contra el error que aquí reina. Entre, señora, aquí tiene mi cuerpo, su trono. Acaricio mi delirio como si fuera un bonito caballo. Falsa dualidad del hombre, déjame que sueñe un poco con tu mentira.

Mis hábitos de pensamiento han estado condicionados por tan innumerables y tortuosos procesos que hoy me siento incapaz de creer en cuantas ideas poseo acerca del universo, sin haberlas sometido antes a un examen abstracto. Me han insuflado este espíritu de análisis, este espíritu y esta necesidad. E igual que el hombre que se sustrae al sueño, he de hacer un doloroso esfuerzo para sustraerme a este hábito

mental, para pensar de manera sencilla, tal y como parece natural, conforme a cuanto veo y toco. Sin embargo, ¿puede el conocimiento procedente de la razón, por un instante, oponerse al conocimiento sensible? Sin duda, el hecho de que haya gente inculta, cuyo único referente es este conocimiento mientras que ignora el de la razón, me explica el desdén en el que ha caído, poco a poco, todo cuanto procede de los sentidos. Y aun cuando los hombres más sabios me hayan enseñado que la luz es una vibración, aun cuando hayan calculado la longitud de onda o aun cuando me hayan ofrecido cualquiera que fuere el fruto de sus razonables trabajos, no me han explicado nada acerca de aquello que más interesa acerca de la luz, de aquello que, por nimio que sea, me enseñan de ella mis ojos, de aquello que me diferencia del ciego y que constituye un milagro, y no un objeto de la razón.

El estúpido racionalismo humano contiene más materialismo del que podríamos creer. Este miedo al error al que, en la fuga de mis ideas, todo en todo momento me remite, esta manía controladora hace que los hombres prefieran la imaginación de la razón a la imaginación de los sentidos. Y, sin embargo, lo único que siempre obra es la imaginación. Ni el rigor de la lógica ni la fuerza de una sensación pueden persuadirme de la realidad, nada puede garantizarme que no esté fundando la realidad sobre un delirio interpretativo. Pero, en este último caso, el hombre que ha pasado por varias escuelas tradicionales ha comenzado a dudar de sí mismo: mediante qué juego de espejos benefició esto al otro proceso del pensamiento es algo que podemos imaginarnos. He aquí el hombre presa de las matemáticas. Es así como, para liberarse de la materia, se ha convertido en prisionero de las propiedades de ésta.

A decir verdad, comienzo a ser consciente de que, si no es mediante un truco de prestidigitación, los sentidos y la razón no pueden concebirse de forma aislada y de que, sin duda, ellos sólo existen de forma funcional. Más allá de sus descubrimientos, sorpresas e inverosimilitudes, el mayor triunfo de la razón está en la confirmación de un error popular. Su mayor gloria consiste en dotar de un sentido preciso a las expresiones del instinto, esas que siempre han despreciado quienes se consideran tan sabios. La luz no se comprende sino merced a la sombra; y la verdad presupone el error. Son estos contrarios entremezclados los que colman nuestra vida, dotándola de encanto y ebriedad. Nosotros no existimos sino en función de este conflicto, en la zona en la que colisionan el blanco y el negro. ¿Y qué me importan a mí el blanco o el negro? Ambos pertenecen al ámbito de la muerte.

Ya no quiero resistirme a los errores de mis dedos, a los errores de mis ojos. Ahora sé que estos errores no sólo son burdas trampas, sino también insólitos caminos hacia un destino que nada, salvo ellos, me puede revelar. A cada error de los sentidos le corresponde una extraña flor de la razón. Admirables jardines de creencias absurdas, presentimientos, obsesiones y delirios donde adquieren forma ignotos dioses en perpetua metamorfosis. Contemplaré esos rostros plomizos, esos cebos de la imaginación. ¡Qué bellas estáis, columnas de humo, en vuestros castillos de arena!

Nuevos mitos nacen a cada uno de nuestros pasos. La leyenda comienza dondequiera que haya vivido el hombre, dondequiera que viva. Lo único que quiero hacer a partir de ahora es enfrascarme en estas transformaciones desdeñadas. Cada día cambia la idea moderna acerca de la existencia. Una mitología se trama y se destrama. Es una ciencia de la vida que no pertenece más que a aquellos que carecen de experiencia. Es una ciencia viva que se engendra a sí misma para suicidarse después. ¿Me sigue correspondiendo, a mis veintiséis años, participar en este milagro? ¿Albergaré durante mucho tiempo el sentimiento de lo maravilloso cotidiano? Un sentimiento que veo cómo se pierde en cada hombre que avanza en su propia vida como si ésta fuera un camino cada vez mejor pavimentado, que avanza en medio de las costumbres del mundo con una facilidad creciente, que se libra progresivamente del gusto y de la percepción de lo insólito. Esto es lo que, contra toda esperanza que pudiera yo albergar, no podré saber jamás.

EL PASAJE DE LA ÓPERA

EL PASAJE DE LA ÓPERA 1924

Hoy en día ya no adoramos a los dioses en las alturas. El templo de Salomón ha pasado a formar parte de las metáforas, donde alberga nidos de golondrinas y pálidas lagartijas. El espíritu de los cultos religiosos, al dispersarse con el polvo, ha abandonado los lugares sagrados. Pero hay otros lugares que florecen entre los hombres, otros lugares en donde los hombres se consagran, sin preocupación alguna, a sus misteriosas vidas, experimentando en ellos el paulatino despertar de una religión profunda. La divinidad no los habita todavía; se forma en ellos, es una divinidad nueva que se precipita en estos modernos *éfesos* como el metal desplazado por el ácido en el fondo de un vaso; es la vida la que hace surgir a esta divinidad poética junto a la cual miles de personas pasarán, sin verla, y que, de golpe, se vuelve perceptible y terriblemente ubicua para aquellos que, aun con torpeza, la han vislumbrado una vez. Metafísica de los lugares, es usted la que mece a los niños, la que habita sus sueños. Estas tierras de lo ignoto y del estremecimiento bordean toda nuestra materia mental. No doy un paso hacia el pasado sin volver a sentir ese sentimiento de extrañeza que me invadía cuando estaba en la edad en que todo es maravilla, en un decorado donde, por vez primera, tenía conciencia de una coherencia inexplicada y de sus repercusiones en mi corazón.

Toda la fauna de las imaginaciones, con su vegetación marina, como por una cabellera sombría, se pierde y se perpetúa en las zonas mal iluminadas de la actividad humana. Es entonces cuando aparecen los grandes faros del espíritu, similares en su forma a signos menos puros. La flaqueza humana abre la puerta del misterio, y nos encontramos en los reinos de la sombra. Un tropiezo o una sílaba mal pronunciada revelan el pensamiento de un hombre. En medio del desconcierto, existen lugares dotados de tales cerraduras que apenas si pueden cerrar las puertas del infinito. Allí donde se lleva a cabo la actividad más equívoca de los seres vivos, lo inanimado a veces adquiere un reflejo de sus impulsos más secretos: nuestras ciudades se ven así habitadas por esfinges ignoradas, las cuales no detendrán al soñador que pasa ante ellas para plantearle preguntas mortales, a menos que éste se adelante a ellas dirigiéndoles su meditativa distracción. Pero si este sabio puede adivinar sus misterios, si es él quien las interroga, sondeará de nuevo sus propios abismos merced a estos monstruos sin rostro. Será entonces la luz moderna de lo insólito lo que lo retendrá.

Esta luz reina extrañamente en esa suerte de galerías cubiertas que son numerosas en París en los alrededores de los grandes bulevares y que, de forma inquietante, llamamos «pasajes», como si, en esos pasadizos ocultos a la luz del día, no le estuviera permitido a nadie detenerse más de un instante. Un tenue resplandor glauco, en cierto modo abisal, semejante al súbito claror que irradia una pierna descubierta al levantarse una falda. La innata tendencia americana a planificar las ciudades que, importada en la capital por un prefecto del Segundo Imperio, aspira ahora a dibujar a cordel el plano de París, pronto va a imposibilitar la conservación de esos acuarios humanos que ya han renunciado a su vida primitiva y que merecen, sin embargo, ser considerados como los depositarios de ciertos mitos modernos; pues sólo ahora, amenazados por la piqueta, se han convertido de hecho en los santuarios de un culto a lo efímero, se han tornado en el paisaje fantasmal de placeres y profesiones malditos; unos lugares incomprensibles ayer y que nadie conocerá el día de mañana.

«El bulevar Haussmann ha llegado hoy a la rue Laffitte», decía el otro día el diario *L'Intransigeant*. Unos pasos más y este enorme roedor, una vez que haya devorado la manzana que lo separa de la rue Le Peletier, destripará el matorral que atraviesa con su doble galería el pasaje de la Ópera, para desembocar en diagonal en el boulevard des Italiens. Será en algún punto a la altura del café Louis XIV donde se unirá a esta calle por una singular suerte de beso, cuyas consecuencias y repercusiones en el vasto cuerpo de París son imprevisibles. Podemos preguntarnos si una buena parte del río humano que a diario transporta de la Bastilla a la Madeleine unos increíbles flujos de ensoñación y languidez no acabará desviándose por este nuevo canal, modificando así todo el curso mental de un barrio, y quizás de un mundo. Es indudable que estamos a punto de asistir a un trastorno en los modos de *flânerie* y prostitución; y cabe pensar que, por este camino que permitirá una mayor comunicación entre los bulevares y el barrio Saint-Lazare, deambularán unos personajes, desconocidos hasta ahora, cuya vida se debatirá entre las dos zonas de atracción en las que participan, y que serán los principales protagonistas de los misterios del mañana.

Futuros misterios nacerán de las ruinas de los de hoy. Paseemos por este pasaje de la Ópera del que hablo y examinémoslo. Se trata de un túnel doble que se abre por una sola puerta al norte, la cual da a la rue Chauchat, y por otras dos al sur que dan al bulevar. Sus dos galerías, la occidental o *galerie du Baromètre* y la oriental o *galerie du Thermomètre*, están unidas mediante dos travesías: la primera de ellas recorre la parte septentrional del pasaje, mientras que la segunda lo hace pegada al bulevar, justo detrás de la librería y el café que ocupan el tramo entre las dos puertas meridionales. Si penetramos en la *galerie du Thermomètre*, por la entrada situada entre el café que señalaba y la librería Eugène Rey, pasada esa verja, que por la noche cierra el pasaje a toda nostalgia contraria a la moral pública, observamos que casi toda la extensión de la fachada derecha está tomada en su planta baja por escaparates de toda suerte, un café, etc., en tanto que los pisos superiores parecen estar

enteramente ocupados por un único establecimiento. Se trata, de hecho, de un solo local que se extiende a lo largo de la fachada: un hotel cuyas habitaciones no poseen otro aire ni otra iluminación que la apropiada para un laboratorio consagrado a los placeres, de los cuales el hotel extrae su razón de ser. Recuerdo que lo primero que llamó mi atención fue el poco halagüeño anuncio que luce sobre la pared que hay al fondo de la rue Chauchat, perteneciente al Hotel Monte-Carlo (cuyo vestíbulo está en la galerie du Baromètre), y que afirma con orgullo que éste «no tiene nada que ver con la pensión del pasaje». Esa «pensión», que ocupa el primer piso, es una casa de citas, mientras que el establecimiento del segundo, donde las habitaciones son de techos muy bajos, es simplemente un hotel en el que, por meses o semanas, se alquilan, a precios bastante razonables, habitaciones malsanas y exiguas, dotadas de agua corriente caliente y fría, así como de electricidad. Resulta muy agradable vivir en una casa de citas, por la libertad que allí reina y porque allí uno se siente menos espionado que en una casa de huéspedes corriente. En Berlín, yo viví en un lugar parecido de la Joachimstalerstrasse, en Charlottenburg, donde pagaba mi habitación todas las tardes al regresar, por más que hubiera dejado en ella mi baúl. Picabia también vive de vez en cuando en una casa de citas de la rue Darcet, pues dice que lo que de allí le gusta es que jamás se ven zapatos en la puerta de las habitaciones. Actualmente tengo a dos amigos que se cuentan entre los inquilinos de la segunda planta de la pensión del pasaje de la Ópera. Uno de ellos es Marcel Noll, que el año pasado trajo a París desde Estrasburgo su enorme don para el desorden, a causa de lo cual lo tengo en alta estima. El otro es Charles Baron, el hermano del poeta Jacques Baron y él mismo poeta (algo que se suele desconocer), pero a quien la gente que no lo conoce bien lo distingue del otro llamándolo Baron *el Boxeador*, en razón de unas insignificantes lecciones de boxeo que tomó en tiempos y quizás también porque entonces frecuentaba a algunos boxeadores, entre los cuales al menos uno de ellos, Fred Bretonnel, alcanzó la celebridad en el ring; Charles Baron, que ha alquilado esa desagradable habitación para vivir en ella con una amiga encantadora, de la cual sólo puedo permitirme decir lo siguiente: extrañamente, algunos días se parece a una paloma apuñalada. A esta romántica casa de huéspedes, cuyas puertas en ocasiones están entreabiertas, dejando columbrar en su interior extravagantes almejas, la disposición de los espacios lo vuelve más sospechoso aún que el uso, tal vez banal, que hace de él su población flotante. En unos largos pasillos que tomaríamos por los bastidores de un teatro se abren los camerinos, es decir, las habitaciones, todas ellas con vistas al pasaje. Un doble sistema de escaleras permite acceder al pasaje desde dos puntos diferentes. Todo está organizado para consentir las potenciales huidas, para ocultar a los ojos de un observador superficial los encuentros que, tras el descolorido azul celeste de las paredes, amortiguarán un gran secreto en un decorado banal. En el primer piso, en la escalera más alejada, a alguien se le ha ocurrido poner una puerta que permite, llegado el momento, cerrar esta lejana salida, aun cuando para franquearla baste saltar por encima de la barandilla que está a su altura, ya que

dos montantes son lo único que tiene por estructura. Esta oscilante amenaza provoca en quien la contempla una duda no exenta de embriaguez. Buscamos el significado de esta puerta, cuya presencia recuerda las más viles operaciones de policía, las persecuciones en plena faena amorosa de esos asesinos sentimentales a quienes la debilidad de los sentidos ha delatado, a quienes se acerca al despuntar el día en esos voluptuosos laberintos que son su escondite, a quienes se acorralla mientras ellos, estos héroes malditos, con la mano en su palpitante corazón, en vilo y de puntillas, oyen tras las puertas los inconscientes suspiros del placer de los demás. Si bien en ocasiones los pasillos se iluminan, la penumbra es su color favorito. Una habitación se entreabre para brindarnos el vislumbre de una bata o la nota de una canción. A continuación, se desvanece una alegría, unos dedos se sueltan y un abrigo desciende para abrirse paso en la anónima luz del día, en el reino de la respetabilidad.

El lugar está regentado por dos mujeres: una, vieja y desagradable, que refunfuña por su reuma y a la que distinguimos cerca de la chimenea, en el mostrador del hotel, junto al lugar donde se guardan las llaves; la otra, quien aun sin ser demasiado joven es toda dulzura, tiene el cabello moreno, seguramente por costumbre. Ella es la verdadera casera, en torno a la cual me pregunto más concretamente qué será de ella cuando quienes demuelan el lugar la hayan echado de aquí. Parlanchina e indulgente por naturaleza, le ha tomado el gusto —merced a su oficio— a la ambigüedad y la inestabilidad. Apenas si presiona a sus inquilinos para que le paguen: sólo al final, la necesidad acaba empujándola a ello. La irregularidad es lo que con mayor naturalidad espera incluso del más honrado de sus huéspedes, interesándose por todos los pormenores. Y, seguramente, al igual que todos los caseros, estará del lado de la policía, pero habla de ella sin pavor, sin aparentar temer una desgracia indefinible. Recuerdo que, un día, a mi amigo Noll lo habían arrestado por un motivo nada razonable, algo relacionado con alterar la paz nocturna profiriendo gritos sediciosos, y como habían llamado de la comisaría para verificar su domicilio me enteré así, de súbito, de las noticias. Encontré a su casera inmersa en la más viva preocupación: «Señor, ¿qué le ha ocurrido? Este tipo de historias es de lo más tonto. Al menos no lo retendrán demasiado tiempo. El mes pasado un inquilino se vio involucrado en una de estas historias». Suspiró con verdadero alivio cuando lo vio regresar unos instantes más tarde.

Entre los bulevares y la primera entrada del hotel, en la planta baja de la fachada de éste, se despliega el escaparate de la librería Rey, donde su dueño expone sus revistas, novelas populares y publicaciones científicas. Es uno de los cuatro o cinco sitios de París donde podemos consultar a gusto las revistas sin tener que comprarlas. A menudo también vemos congregarse allí a jóvenes que leen entreabriendo las páginas intonsas, y a otros a quienes esta ilusoria ocupación les sirve para guardar la compostura mientras, por razones diversas que fácilmente me llegan al corazón, vigilan las idas y venidas de la gente por el pasaje. Desde su cabineta acristalada, que comunica con la librería a través de una ventanilla, una única cajera vigila el surtido.

El robo es allí casi tan frecuente como en la librería de Crès, en el boulevard Saint-Germain, donde, en 1920, robaron libros y otras publicaciones por valor de veinte mil francos.

La puerta del inmueble número 2, que da acceso a la escalera de la pensión, permite distinguir la garita acristalada del conserje del pasaje. ¡Y pensar que tras esos cristales se confina una doble existencia pasiva, en los límites de lo desconocido y la aventura! La pareja de porteros lleva muchos, muchísimos años en esta topera, viendo pasar los bajos de los vestidos y los pantalones que trepan por la escalera hacia sus citas. Desde hace muchos años a estos dos viejos no les ha quedado otro remedio que amoldarse a ese absurdo lugar al margen de las galerías, y así los vemos consumiendo su vida: él fumando, ella cosiendo, cosiendo aún más, cosiendo sin tregua, como si de esa costura dependiera el destino del universo. Seguramente, unas floraciones bastante insólitas decoren estas dos seseras apareadas. Durante las largas horas de la oscuridad, una oscuridad que se ahorra el precio exagerado de una lámpara eléctrica, bellas formas naturales deben de proliferar a sus anchas tras este matrimonio de frentes: ella y él, tan acostumbrados el uno al otro que su parloteo convencional finalmente se ha espaciado hasta el silencio, ya no pueden acompañar el gesto maquinal de la pipa y la aguja sino con magníficos desenfrenos de la imaginación, los cuales sólo acostumbramos a atribuir a los poetas. Viendo cómo, más allá de su cristal, se entrecruzan las estelas del misterio y el puterío, ¿qué van a encontrar en lo más profundo de su alma estos seres de vida sedentaria, consumidos por la edad y la indolencia de su corazón? Toda una baraja de obscenidades que me complazco en imaginar. La dama de tréboles... Pero un día hablé con el conserje, tal y como aconseja el rótulo.

Fue en la barra del café Louis XIV donde este hombre se permitía unas parvas vacaciones, con la gorra encima de la oreja y el gatzate empapado de alcohol.

YO —Le pido mil perdones, ¿es usted el conserje del pasaje?

ÉL —Desde hace más de veinte años, señor, para servirle.

YO —¿Aceptaría usted...?

ÉL —Un orujito... Me dedico a un oficio que da sed... Ahí dentro hay un continuo trajín, una de polvo... Menuda gente se ve, mujeres bonitas, otras que lo son menos... Las contemplo lo menos posible, no son de mi incumbencia, ¿comprende usted? Soy el conserje. Después de un orujo, con mucho gusto uno se toma otro más. Es usted muy amable, señor. Los hay que vienen a contarme sus aventurillas. Yo les doy consejos. La gente se ahoga en un vaso de agua.

YO —Existe toda suerte de inquilinos en su pasaje.

ÉL [*Adquiere un aire circumspecto*].

Deseaba yo saber si todavía seguía existiendo en su feudo una extravagante institución de la cual me hablara en tiempos Paul Valéry: una agencia que se

encargaba de hacer llegar a una u otra dirección cartas con sellos de cualquier punto del globo terrestre, permitiéndole a uno fingir un viaje a Extremo Oriente, por ejemplo, sin que las suelas de sus zapatos tuvieran que abandonar el Extremo Occidente de una aventura secreta. Imposible enterarse de nada más: el conserje jamás había oído hablar de semejante cosa... Después de todo, ¿qué sabe un conserje? Y tal vez han pasado más de veinte años desde que Valéry se sirviera de semejantes supercherías.

Una tienda de bastones separa el café del Petit Grillon de la entrada de la pensión. Un honorable comerciante de bastones ofrece a una dudosa clientela un amplio surtido de lujosos bastones dispuestos de tal manera que a la par se puedan apreciar la vara y la empuñadura. Se desarrolla aquí un verdadero arte de panoplia: los bastones inferiores forman abanicos; los superiores, entrecruzados en equis, inclinan hacia el espectador, por el efecto de un singular tropismo, su florecimiento de empuñaduras: rosas de marfil, cabezas de perro de ojos lapidarios, penumbra damasquinada de Toledo, nieles de menudos follajes sentimentales, gatos, mujeres, picos corvos, innumerables motivos, desde el junco torcido al cuerno del rinoceronte, pasando por el rútilo encanto de las coralinas. Unos días después de la conversación que he simulado contar, comoquiera que había pasado la noche en el Petit Grillon a la espera de alguien que no había tenido a bien reunirse conmigo, legitimando cada cuarto de hora mi insólita presencia solitaria pidiendo una consumición que cada vez agotaba más mi capacidad inventiva, tras haber alargado más allá de lo posible aquella pausa colmada de expectativas y nerviosismo, salí al pasaje cuando éste estaba apagado por completo. Cuál no fue mi sorpresa cuando, atraído por una suerte de ruido mecánico y monótono que parecía exhalar del escaparate de la tienda de bastones, me di cuenta de que éste estaba bañado por una luz verdosa, en cierta manera submarina, cuya fuente quedaba invisible. Se asemejaba a la fosforescencia de los peces, tal y como pude constatar, siendo todavía un niño, en el muelle de Port-Bail, en la región de Cotentin, pero entretanto debía confesarme que por más que muchos bastones pudieran tener las iluminadoras propiedades de los habitantes del mar, no parecía que una explicación física pudiera dar cuenta de aquel resplandor sobrenatural y, sobre todo, del ruido que sordamente henchía la bóveda. Lo reconocí: era aquella voz de las conchas que no ha cesado de asombrar a los poetas y las estrellas del cine. El océano entero en el pasaje de la Ópera. Los bastones se balanceaban con la suavidad de las laminarias. Aún no me había repuesto de este encantamiento cuando advertí que una forma nadadora se deslizaba entre los diversos estratos del escaparate. Estaba un poco por debajo del tamaño normal de una mujer, pero en absoluto daba la impresión de ser una enana. Su pequeñez parecía más bien deducirse de la lejanía, y, sin embargo, aquella aparición se movía justo detrás del cristal. Sus cabellos ondeaban despeinados y sus manos se agarraban a los bastones de cuando en cuando. En un primer momento, pensé que estaba ante una sirena en el sentido más convencional del término, puesto que me parecía que aquel encantador espectro, desnudo hasta la

cintura, la cual le llegaba muy abajo, terminaba con un vestido de acero o de escamas, o quizás de pétalos de rosa. Sin embargo, al concentrar mi atención en el balanceo que la transportaba por los surcos de la atmósfera, de pronto, reconocí a aquella persona pese a sus rasgos demacrados y el aire de extravío con que estaban marcados. Fue durante unas equívocas circunstancias, provocadas tanto por la insultante ocupación de las provincias renanas como por mi ebrio deleite en la prostitución, cuando conocí, a orillas del río Sarre, a Lisel. Ésta se había negado a seguir el repliegue de los suyos tras la derrota y, por las noches, mientras recorría la Sofienstrasse, cantaba canciones que le había enseñado su padre, capitán de montería del Rin. ¿Qué podría estar haciendo allí, entre todos aquellos bastones? Sólo a la luz del movimiento de sus labios pude adivinar que estaba cantando, pues la resaca del escaparate cubría su voz y subía más alto que ella hacia el techo de espejo, más allá del cual no se distinguían ni la luna ni la sombra amenazadora de los acantilados: «¡El ideal!», grité, sin encontrar nada mejor que decir en plena turbación como me hallaba. La sirena volvió hacia mí su rostro aterrorizado tendiéndome sus brazos. Los bastones giraron hacia delante con un ángulo de noventa grados, de tal suerte que la mitad superior de la equis que constituían se convirtió en una uve contra el cristal, formando delante de la aparición un telón con los abanicos inferiores. Fue como si, de repente, los palos hubieran ocultado a la vista el espectáculo de una batalla. La claridad se extinguió con el fragor del mar.

El conserje, que iba cojeando a cerrar la verja del pasaje, no se anduvo con chiquitas al preguntarme si iba a decidirme ya o no a salir, mostrándose insensible a las alusiones que le hice acerca de nuestras libaciones, en razón de lo cual tuve que salir al bulevar, no sin girarme varias veces hacia la tienda de bastones, de la que no adivinaba más deslumbre que el de los imprecisos reflejos de las farolas del exterior sobre sus cristales. He de decir que el comercio de bastones posee, en realidad, dos escaparates y que es en el más próximo al bulevar donde se produjo el sortilegio que me embargó durante toda la noche. El otro contiene algunos bastones, además de paraguas, carteras, saquitos de perlas, collares de ámbar y, siguiendo una disposición extraña y concertada, pipas formando un grave círculo de silentes corcheas en la parte central, donde la luz, a modo de juego, acaricia sus heteróclitas cabezas. Ahora bien, cuando regresé a la mañana siguiente, todo había recobrado su aspecto normal, salvo, en el segundo escaparate, una pipa de espuma de mar con forma de sirena que, en su expositor, sin que lo advirtiéramos, se había quebrado como si hubiera sido la diana de una vulgar barraca de tiro al blanco. No obstante, seguía ofreciendo, en el extremo de su quimérico tubo, la doble curva de unos encantadores pechos: un poco de polvo blanco sobre la tela de un paraguas atestiguaba la existencia pretérita de una cabeza y una mata de pelo.

El siguiente establecimiento es un café: Le Petit Grillon, del que guardo miles de recuerdos. Durante muchos años he acudido a él al menos una vez por semana después de cenar con amigos a los que, por aquel entonces, consideraba amigos de

verdad. Charlábamos, jugábamos al bacará y al póquer de ases. A la luz de los acontecimientos cotidianos, de ese faro giratorio de ganancias y pérdidas, fue allí donde comencé a percatarme de la grandeza de un exiguo número de esos compañeros habituales, así como de la mezquindad de la mayoría de ellos.

El Petit Grillon está formado por dos salas, de las cuales la primera, la más grande, alberga el bar; la segunda no es más que un reservado cuadrado que alquilábamos para los seis o siete que veníamos a jugar, beber y charlar. En invierno, esta segunda sala se calienta con un pequeño radiador de gas que en todo momento corre el peligro de que lo volquemos. Los clientes de este café son los asiduos que desde hace años llevo viendo acudir a los mismos lugares. Nada los distingue de otros hombres. ¿Qué los atrae hasta aquí? Una especie de atmósfera provinciana, tal vez. Para mí se trata de fantasmas tan naturales que apenas si les presto atención. Al parecer, antaño no fue así. El mismo propietario regenta este café y el Certâ, que está en la otra galería. De no ser por su aire bonachón, pensaríais que se trata de un oficial de caballería. Ha colocado este cartel en los cristales del Petit Grillon:

Con motivo de ser expoliado en beneficio de una sociedad financiera, mediante una expropiación que arruina a los comerciantes de este pasaje y no pudiendo, en virtud de ello, volver a instalarme, busco comprador para el material de mi bar.

FIRMADO:

Combatiente en 1914-1918
Herido de guerra

Éste es el primer indicio que nos encontramos en el pasaje de una efervescencia legítima que se ha apoderado de todos los habitantes de este lugar, desde que se conocen las previsiones de indemnización por parte de la sociedad concesionaria de la ciudad de París para las obras del boulevard Haussmann. Se está preparando una verdadera guerra civil: de momento, sólo ha llegado a los pleitos legales y a los abucheos, a los debates entre los hombres de negocios y los periódicos; no obstante, si la exasperación de las víctimas sigue aumentando, todo ello pasará a las barricadas y los disparos: hay, ¿quién sabe?, en estos calmos establecimientos, rencores acumulados que podrían preparar para el año que viene un atrincheramiento comercial en el caso de que una justicia que se muestra ciega y lenta diera la razón a la poderosa sociedad de la inmobiliaria del boulevard Haussmann, apoyada por los consejeros municipales, tras los cuales hay grandes negocios, como las Galeries Lafayette, y, probablemente un consorcio secreto de todos los comerciantes del barrio

que prevén que la excavación traerá un aumento de la circulación de personas, de resultas de lo cual esperan que se produzca una multiplicación astronómica de sus cifras de negocio. Merece la pena escuchar qué tono adquiere en la boca de los expropiados de mañana el nombre de la banca Bauer, Marchal et Compagnie (59, rue de Provence), a la que la ciudad ha hecho concesionaria. Esta banca aparece en segundo plano en sus preocupaciones como la cabeza de un monstruo que se prepara para devorarlos y cuyo acercamiento, marcado por los sordos golpes de sus máquinas demoledoras, pueden escuchar al pegar la oreja a sus paredes. Ellos ya saben que esta araña legendaria les asfixiará en enero de 1925. Mientras tanto, emplean medidas dilatorias, como debatir los beneficios que podrán sacar de sus comercios durante la Gran Exposición. Las autoridades les dan esperanzas de conseguir ese respiro que están exigiendo, mientras que la exposición, que apenas si ha tenido repercusión en el conjunto del país, aparece aquí como la Redentora, el sol naciente que fuera para los hombres de 1888 y 1889. Indicios de esta lucha los encontramos un poco por todo el pasaje, ya sea interrogando a la gente, ya sea leyendo los anuncios de los escaparates. En el estanco que está al lado del Petit Grillon, dos carteles sucesivos relatan, de manera melancólica y sucinta, una historia:

CERRADO POR ENFERMEDAD

y más abajo,

CERRADO POR DEFUNCIÓN

carteles a los que alguien pegó un artículo de periódico extraído, según me han dicho, de *Le Bien Public*:

LA INMOBILIARIA DEL BOULEVARD HAUSSMANN

Al parecer, varios comerciantes perjudicados en beneficio de grandes firmas —como las Galeries Lafayette—, están a punto de dirigirse a las autoridades judiciales competentes. Sin embargo, no cabe duda de que la Ciudad de París conocía todos los trapicheos y negociaciones a los que ha dado lugar la Inmobiliaria del Boulevard Haussmann.

Lo que es indiscutible es que, al menos, las indemnizaciones deberían haberse repartido de forma equitativa. Pero, tal y como hemos demostrado, la mayoría de los miembros del consejo municipal —y éste es un asunto de notoriedad pública—

acostumbran a practicar la concusión, único objetivo por el que forman parte de aquél.

Así pues, en breve conoceremos datos interesantes. Y, gracias a la legítima indignación de los comerciantes perjudicados, se alzar^á el velo que esconde los manejos de nuestros ediles y de algunos tiburones financieros.

Igualmente, en la galerie du Baromètre, el comerciante de vinos y champán, que con orgullo se dice proveedor de S. A. R. el duque de Orleans, motivo por el cual marca sus botellas con flores de lis doradas, entre los rótulos que ofrecen los precios rebajados de su champán y su oporto, ha colocado la siguiente pancarta:

<p>A consecuencia de una expropiación que no es sino un expolio en toda regla (no sólo para mí, para todo el barrio) y que imposibilita que me restablezca en otro lugar, me veo obligado a ceder mi fondo de comercio</p>	
<p>Instalado aquí desde 1909. Contrato de arrendamiento para otros 7 años. Alquiler gratuito gracias a los realquileres. Indemnización: 6.000 francos, que ni siquiera cubren las cos- tas, impuestos y traslados ¡VIVA LA JUSTICIA!</p>	<p>a cualquier comerciante que posea ya local</p> <p><i>Razón aquí de 15 h. a 17 h.</i></p>

Al Petit Grillon —comprado por 200.000 francos hace cuatro años, suma de la que aún quedan por pagar 80.000 francos en letras—, la inmobiliaria concede, en concepto de indemnización por expropiación y compra del contrato de arrendamiento válido todavía durante once años más, la suma de 100.000 francos; por el Certâ ofrece 65.000 francos, aun cuando esta casa vale 400.000 y en el passage des Princes se le pide al propietario por un local de menor tamaño 310.000 francos tan sólo en concepto de traspaso. Ofrece 390.000 francos al restaurante Arrigoni; 275.000 francos a la librería Rey, que posee un alquiler de trece años; 400.000 francos a la librería Flammarion. Los comerciantes del pasaje se sorprendieron ante estas previsiones, máxime cuando habían contado con ser pagados siguiendo el mismo coeficiente que los comerciantes del segundo tramo de la expropiación, que se detiene a la altura de la taberna Pousset, un coeficiente que en promedio ha sido el triple de la ficticia base de evaluación de las indemnizaciones del tercero. Por si fuera

poco, la inmobiliaria gasta de manera insolente el dinero que gana en sus obras: con una indignación que, no sin razón, promete convertirse en revuelta, escuchamos cómo la inútil ceremonia de inauguración del primer golpe de piqueta del boulevard Haussmann, que tuvo lugar el 1 de febrero de 1924, costó a la compañía más de 60.000 francos. Por último, se la acusa de precipitar las expropiaciones sólo por el miedo de ver, al fin, votada por las cámaras la ley de la propiedad comercial, que lleva tanto tiempo siendo debatida. Sólo en raras ocasiones la prensa se ha hecho eco de esta sobreexcitación. Salvo el artículo de *Le Bien Public* que hemos visto en el estanco, los expropiados apenas si pueden citar otro que no sea el publicado en *La Liberté* el domingo 23 de marzo de 1924:

ons de 27 am-
partes de 47 a
uctos químicos
en la mejor op-
para la fabrica-
donde el públi-
co puede obte-
der los bene-
ar en esta situa-
ella, la compra
gresarán rapido
hundimiento
del Boléo son
articuladamen-
motivos serios
de prolongarse
fuerte reacción
en Dabrowa es
ntestablemente
y la fuerza por
te muy fuerte
si confianza en
uales la revolu-
6 ó 6 ½ %. Un
asunto de pro-
sumen al valor
deando cada re-
lación con su si-
parangón.
Por otra parte,
circunstancia
sino renovar la
no sea objetivo
unque la proba-

LAS RUINAS DEL BOULEVARD HAUSSMANN

Los comerciantes parisinos se declaran víctimas de una denegación de justicia. Las salas del Palacio de Justicia, por lo general muy tranquilas, fueron el otro día el escenario de un escandaloso jaleo. Éste tuvo lugar a propósito de las operaciones de expropiación de los inquilinos del último tramo del boulevard Haussmann. «¡Bandidos! ¡Ladrones! ¡Traidores!», tales eran las menores lindezas lanzadas a la cara de los jueces por una muchedumbre exasperada. El presidente, alarmado, llamó a los gendarmes. A partir de ese día, los debates se sucedieron bajo la vigilancia de una imponente guardia.

Pero desde ese día también creció la emoción en ese barrio central de París donde «la incompetencia del tribunal —nos dice uno de los interesados— ha provocado ya más ruinas de las que producirá la piqueta de las demoliciones». Esto merecía una investigación. Nosotros la hemos hecho sin atisbos de imparcialidad. Resulta que, en realidad, los comerciantes expropiados son víctimas de un error. Si se mantuviera este error, ello beneficiaría no a la ciudad, sino a la sociedad concesionaria... etc.

AZUCARERAS
muy fuerte es
remedios sin-
alteradas en s
tante anterior
humano, trat
maneras de d
tas, de aquell
terias, el oro d
goma import
asesino.

Los prodigios
servación del
venérea. O un
suerte de idea
explica todos
y la antipatíci
moscada ya q
hombre que l
mujer. Él cre
el simple aspe
que la vermin
ción, sin conf
desarrollar.

Las maniobra
an nada de aq
y los bebedor
habituales de
niendo refere
a los que no se
ni mucho me
aquellos caso
en particular t
cisos entre los

El portavoz oficial de quienes protestan es una hoja bimestral titulada así:

LA CHAUSSÉE D'ANTIN

Órgano de defensa de los intereses políticos
y económicos del barrio

Publicado los días 1, 5, 15 y 20 de cada mes

Redactor jefe: JEAN-GEORGES BERRY

No cabe duda de que el redactor jefe, hijo de un antiguo diputado de París, se prepara para recopilar la engañosa herencia moral de su padre. Recibe todos los lunes y los viernes, entre las cinco y las siete de la tarde, en su casa, rue de la Victoire número 93, que es asimismo la sede del periódico. Es en nombre de la República en virtud del cual hace su llamamiento a los pequeños comerciantes. Miren cómo siembra de advertencias su periódico a fin de organizar la resistencia. En la tercera página leemos lo siguiente:

PEQUEÑOS COMERCIANTES, este periódico es vuestro órgano. Os apoya. ¿A qué esperáis para, a vuestra vez, apoyarlo con un poco de publicidad? Recordad que os concederemos tarifas privilegiadas y que este periódico jamás aceptará publicidad de los grandes almacenes.

Y, en la cuarta página, debajo de los «Establecimientos recomendados del barrio»:

PETICIÓN

Rogamos urgentemente a todos nuestros amigos, a todos aquellos que nos respaldan que se unan, sin dilación, al Comité Republicano para la Defensa de los Intereses del Barrio, cuyo formulario de solicitud de afiliación encontrarán más abajo, el cual sólo tendrán que rellenar y devolvernos por correo postal a las oficinas del periódico.

La bestia negra de *La Chaussée d'Antin* es el señor Oudin, consejero municipal. Es a él a quien se culpa de los errores cometidos, es el hombre de la banca Bauer, Marchal et Compagnie, se le acusa de inercia y, si no es capaz de defender los intereses del barrio, deberá dimitir: «Necesitamos un trabajador y un defensor. Lo tendremos», dice un artículo. Y el señor Oudin ni siquiera vive ya en el barrio.

Abandono por un momento mi microscopio. Por más que se diga, escribir poniendo el ojo en el objetivo, incluso con la ayuda de una cámara lúcida, cansa de veras la vista. Mis dos ojos, desacostumbrados a mirar el conjunto, provocan una ligera oscilación en sus sensaciones para aparejarse de nuevo. A ciegas en el interior de mi frente, otra vuelta de tuerca permite que enfoque mejor: el menor de los objetos que distingo me parece de proporciones gigantescas, una jarra y un tintero me recuerdan a Notre-Dame y a la morgue. Creo ver desde demasiado cerca mi mano escribiendo, y mi pluma lo emborriona todo. Igual que por la mañana un sueño olvidado, a medida que los objetos adquieren mi tamaño, cada vez me va costando más recordar ese microcosmos que hace un momento iluminaba con mis espejos para que pasara por el pequeño diafragma de mi atención. Magníficos dramas bacterianos, siguiendo la querencia natural de nuestro corazón cuando nos dejamos llevar por sus delirantes interpretaciones, apenas os imaginamos como las causas pasionales a imagen y semejanza de las verdaderas cuitas de nuestra vida. El amor es el único sentimiento con la suficiente grandeza como para que se lo atribuyamos a los infinitamente pequeños. Pero tratemos de imaginar, por una vez, vuestras luchas de intereses, microbios, pensemos en vuestros furores domésticos. ¿Qué errores de compatibilidad, qué fraudes en la teneduría de libros, qué concusiones municipales sustentan, al margen del fenómeno físico, estas observables fagocitosis? ¡Movilizaos, movilizaos con desesperación, trágicos vibriones arrastrados a una aventura compleja en la que el observador no advierte sino el satisfactorio y razonable juego de las inmutables leyes de la biología! Letreros luminosos, letreros, letreros, ¿qué inscribís dentro de mi campo óptico mediante este tornado de enigmas? ¿Qué significa el cine de esas migraciones vuestras que son semejantes a una danza de coloides? Intento descifrar esta rápida escritura, mas la única palabra que creo desenmarañar entre esos caracteres cuneiformes que mudan sin cesar no es justicia, sino muerte. ¡Oh, Muerte! Criatura encantadora algo polvorienta, he aquí un diminuto palacio para tus coqueteos. Acércate despaciosa girando sobre tus pies, desarrebuja el tafetán de tu vestido y baila. Todos los subterfugios del mundo, todos los artificios que amplían el poder de mis sentidos, gafas astronómicas y lupas de toda suerte, estupefacientes semejantes a las frescas flores de las praderas, licores y sus martillos pilones, surrealismos, todos me revelan tu presencia por doquier. Muerte, tan redonda como mi ojo. Te había olvidado. Me paseaba ajeno al pensamiento de que tendría que regresar a casa, a ti, mi buena esposa; ese hogar donde ya se está enfriando la sopa servida en los platos, donde, mientras me esperas, te comes unos rábanos y tus falanges descarnadas juegan con el borde del mantel. Venga, no te impacientes, te doy más cacahuets, todo un barrio de bulevares para afilar tus dientes preciosos. No me hagas rabiar: vendré.

Me olvidaba, pues, de decir que el pasaje de la Ópera es un gran ataúd de cristal, e igual que la misma albura divinizada desde los tiempos en que se la adoraba en las afueras de Roma, sigue presidiendo allí el doble juego del amor y la muerte, Libido,

que, hoy en día, ha elegido como templo los libros de medicina y que deambula seguida del perrito del señor Freud. En esas galerías de cambiantes fulgores que van del resplandor sepulcral a la sombra de la voluptuosidad, contemplamos a deliciosas jovencitas rindiendo culto al amor y a la muerte con provocadores movimientos de caderas y los agudos recovecos de su sonrisa. Entren en escena, señoritas, entren en escena y desnúdense un poco...

«El individuo», dice Hegel, «se sitúa en su primera etapa como sujeto y como noción, mientras que en la segunda se asimila al objeto, en razón de lo cual se otorga a sí mismo una determinación real y es *en sí* el género, la universalidad sustancial. La relación de un sujeto con otro del mismo género constituye la particularización del género, y el juicio expresa la relación del género con los individuos así determinados. En ello estriba la *diferencia de sexos*».

En estas palabras encuentro el verdadero significado de la historia del dios Paris. No cabe duda de que sólo Venus, entre todas sus rivales, le parecía una mujer, así que le lanzó la manzana. Pero ¿qué habría hecho él aquí? En el pasaje de la Ópera son tantísimas y diversas las paseantes que se someten al juicio hegeliano, todas ellas de edad y belleza variables, a menudo vulgares y, en cierto sentido, ya menospreciadas, pero mujeres, mujeres de verdad y sensiblemente mujeres, y todo ello a costa de todas las cualidades de sus cuerpos y sus almas; son tantas las paseantes que, en estas galerías —sus cómplices—, se contentan únicamente con ser mujeres, que el hombre aún indeciso y solitario con su idea del amor, el hombre que no cree todavía en la pluralidad de las mujeres o el niño que busca una imagen del absoluto para sus noches no tienen nada que hacer en estos parajes; y, además, da lástima ver a los sonrojados colegiales encaminándose hacia el Théâtre Moderne mientras se empujan a codazos: ¿cómo van a poder elegir así?

No parece que una preocupación ajena a las caricias arrastre hasta el interior de este reino a esta cambiante población de mujeres que concede a la voluptuosidad un derecho perpetuo sobre sus vaivenes. Encantadora multiplicidad de aspectos y provocaciones. No hay dos que acaricien el aire igual. Cada una de ellas deja a su paso una estela de sensualidad distinta a todas las demás, jamás es el mismo pesar ni el mismo perfume. Y si bien es cierto que desencadenan mi risa por la desproporción que reina entre su físico mediocre o burlesco y su gusto infinito por seducir, siguen participando en aquella atmósfera de lascivia semejante al murmullo de las hojas verdes. Viejas putas, piezas montadas, momias mecánicas, me alegra que todavía forméis parte de este entorno, pues continuáis siendo vivas centellas en comparación con esas madres de familia que encontramos en los paseos públicos.

Las unas han hecho de este lugar su cuartel general: un amante, un trabajo, la esperanza, tal vez, de atrapar en su trampa una presa distinta de la de los bulevares, algo que, en definitiva, lleva la impronta del hado las ha encuadrado en estos límites. Las otras sólo rondan por el pasaje por casualidad: la ociosidad, la curiosidad, el

azar... o bien se trata de un joven tímido que temía ser visto con ellas en plena luz del día, o bien de un granuja que encuentra aquí sus deleites y que viene a examinar a su presa en este plácido rincón. A menudo las mujeres con las que nos cruzamos están haciendo su primera incursión en estos confortables lugares de retiro; eso sí, lejos de ser unas provincianas, previamente ya se habían dejado ver cada día en las terrazas de los alrededores. Sin embargo, al adentrarse aquí bajo estas bóvedas de hierro, se percatan de una existencia y de un mundo aparte, lo cual las incomoda. Hablan entre ellas en voz baja, se ríen en alto y nada escapa al escrutinio de su mirada. No tardan en descubrir las particularidades que las excitan y sorprenden. Suelen ir de dos en dos: esto les facilita las cosas. Sólo los neófitos las juzgan equivocadamente; los demás no dudan en invitarlas a alguna consumición, cosa que permite estrechar los lazos. Las suyas son conversaciones delicadas en las que la presencia de otra mujer introduce un sentido de sociabilidad y de cortesía, hasta que la interesada muestra sus resplandecientes dientes y, riéndose, habla tanto del empleo que hace de su tiempo como de sus más secretas habilidades. Existen antiguas relaciones que han elegido para sus citas el Certâ o el Petit Grillon. Resulta fácil reconocer a estas parejas validadas por la costumbre: la mujer que espera tiene un aire circunspecto que jamás deja lugar a dudas. Luego, con aire ajetreado, aparece el hombre. Su cartera y su cinta de la legión de honor hacen gala, todavía, de su posición social. Con su mano se asegura de que su barba esté peinada. A veces, junto a la mujer hay un niño. Ni por un solo instante pierde ella su halo de misterio.

Sin embargo, prefiero a las verdaderas asiduas. Se dejan ver a menudo. Las volvemos a ver. No es preciso abordarlas. Andando el tiempo, acabamos teniendo una idea precisa de cada una de ellas. Apenas si cambian de un año para otro. De manera imperceptible, varían con el cielo, como esas marionetas de los barómetros de la Selva Negra que lucen un vestido malva los días de lluvia. El aire que canturrean también varía; con todo, ya lo conocemos, incluso lo reconocemos. Algunas acaban esfumándose, otras envejecen allí. Cada primavera se renueva un poco su contingente. Las primeras en llegar, al principio temerosas o incautas, acaban obedeciendo las reglas del entorno. Un moviente tapiz humano que, de manera continuada, se deshilacha y se remienda. Puede que exhiban los mismos sombreros y posean las mismas ideas, pero no se sustraerán jamás a mostrar un aire distinguido, un sentido indefinible de su cuerpo, si no es por algunos gestos pícaros que, a buen seguro, indican una cierta familiaridad y camaradería, así como una cierta degradación deleitosa que enseguida encienden mi imaginación, avivando así mis pasiones. En toda bajeza hay algo maravilloso que me predispone al placer. Con estas señoras se mezcla un cierto regusto a peligro: esos ojos, en los que el maquillaje ha fijado sus ojeras y divinizado su cansancio de una vez para siempre; esas manos a las que todo revela como expertas en grado sumo; ese embriagador don de gentes; esa socarronería atroz en su tono; esa voz con frecuencia crapulosa; banalidades concretas que relatan la azarosa historia de una vida; signos delatores de esas

tribulaciones sospechadas, todo en ellas permite temer los peligros ignominiosos del amor, todo en ellas, al mismo tiempo, me muestra el abismo y me da vértigo, y yo, pese a todo, les perdonaría que me consumieran así, claro está, al momento. Soy como el mercader de tejidos de *Las mil y una noches*: se había casado con una niña del palacio, y ésta, su esposa, no sólo lo apaleó con varas por no haberse lavado las manos antes de acariciarla, sino que asimismo le cortó los dos pulgares y los dos dedos gordos con una cuchilla; mas él nunca le guardó rencor por tan poca cosa; antes al contrario, le juró lavarse las manos seis veces con sosa, con las propias cenizas de la planta y con jabón; después compró una casa donde, durante un año, se alojó con su esposa.

Dos peluquerías siguen en fila india al estanco: la primera, para las damas; la segunda, un *salón* para los caballeros. Peluqueros para ambos sexos, vuestras especializaciones no están faltas de sustancia. Las leyes del mundo están inscritas con letras blancas en vuestro escaparate; los animales de las selvas vírgenes son vuestra clientela: se acomodan en vuestras butacas a fin de prepararse para el placer y la propagación de la especie. Acicaláis sus cabellos y mejillas, talláis sus garras, afiláis sus rostros para la gran selección natural. Hemos podido contemplar ruisseños roncros envueltos en vuestras húmedas capas: antes de sentarse habían arrojado a la minúscula escupidera colmada de arena su puro tachonado de estrellas nocturnas, después se abandonaban a las tijeras cantantes y al vaporizador mágico. ¿Quién podría haberte reconocido, pájaro melodioso, en esa víctima que, con negligencia, lee los ecos de sociedad de *La Vie Parisienne*?

Me gustaría saber qué nostalgias, qué cristalizaciones poéticas, qué castillos en el aire, qué construcciones de languidez y esperanza se elaboran en la mente del aprendiz en el instante en que, al principio de su carrera, decide consagrarse a ser peluquero de señoras y, en razón de ello, comienza a cuidarse las manos. ¡Cuán envidiable es su vulgar destino! A partir de ese momento, se pasará el día desatando el arco iris del pudor femenino, cabelleras ligeras, los *cabellos de vapor*, esas encantadoras cortinas de alcoba. Vivirá su vida inmerso en esta bruma del amor, sus dedos confundidos con aquello que es más delicado en la mujer, con el más sutil aparato de hacer caricias de cuantos exhibe, el cual aparenta ella ignorar. ¿No hay peluqueros que, como los mineros en las minas de hulla, hayan soñado con servir solamente a las morenas, y otros que se hayan entregado a las rubias? ¿Han pensado en descifrar ese laberinto en que, hasta hacía un momento, restaba algo del desorden del sueño? Con frecuencia me he detenido en el umbral de estos establecimientos prohibidos a los hombres, viendo cómo se desplegaban sus matas de pelo en aquellas grutas. Serpientes, serpientes, jamás cesáis de fascinarme. Así contemplé un día, en el pasaje de la Ópera, los anillos estantíos y puros de una pitón rubia. Y, de repente, por primera vez en mi vida, se apoderó de mí la idea de que los hombres sólo han encontrado un término de comparación para lo rubio: «rubia como la mies», dicen. Y

se quedan tan anchos. El trigo... Desgraciados, ¿acaso no habéis visto jamás los helechos? Durante un año no he mordisqueado sino cabellos de helecho. He conocido cabellos de resina, cabellos de topacio, cabellos de histeria. Rubio como la histeria, rubio como el cielo, rubio como el cansancio, rubio como el beso. En la paleta de los rubios yo incluiría la elegancia de los automóviles, el olor de la esparceta, el silencio de la mañana, las perplejidades de la espera, los estragos de una caricia. ¡Cuán rubio es el rumor de la lluvia, cuán rubio es el canto de los espejos! Desde el perfume de unos guantes al grito de una lechuza, desde los latidos del corazón del asesino a la llama-flor de los cíttis, del mordisco a la canción, sólo hay rubias rutilancias, sólo párpados: el rubio de los tejados, el rubio de los vientos, el rubio de las mesas de las palmas, hay días enteros colmados de rubio, los grandes almacenes Rubio, las galerías para el deseo, arsenales de polvo de naranjada. Rubio por doquier: me abandono a este pino bronco de los sentidos, a este concepto de lo rubio que no es el propio color, sino una suerte de ánimo del color que lleva la impronta del amor. Del blanco al rojo, pasando por el amarillo, el rubio no desvela sus misterios. El rubio se asemeja al balbuceo de la voluptuosidad, a las piraterías de los labios, al tremor del agua clara. El rubio se escapa a toda definición por una suerte de senda caprichosa en la que salen a mi encuentro flores y almejas. Es como un reflejo de mujer sobre las piedras, una paradójica sombra de caricias en el aire, un soplo del fracaso de la razón. Rubios como el reino de los abrazos, aquellos cabellos se disolvían así en la tienda del pasaje, mientras yo me entregaba a mi propia agonía desde hacía aproximadamente un cuarto de hora. Tuve la impresión de que podría haber pasado mi vida entera no lejos de aquel enjambre de avispas, no lejos de aquel río de oscilantes resplandores. En ese mundo submarino, ¿cómo no pensar en esas heroínas del cine que, en busca de un anillo perdido, encierran en una escafandra toda su nacarada naturaleza americana? Aquella melena desplegada tenía la palidez eléctrica de las tormentas, el deslustre del vaho sobre un metal. Una especie de animal somnoliento dormitando en un coche. Uno se asombraba de que no hiciera más ruido que unos pies descalzos sobre la alfombra. ¿Acaso hay algo más rubio que la espuma y el musgo? A menudo me ha parecido ver champán cubriendo el suelo de los bosques. ¿Y las chantarelas? ¡Las oronjas! ¡Las liebres huideras! ¡Y las lúnulas! ¡El corazón de la madera! ¡Y el color rosa! ¡La savia de las plantas! ¡Los ojos de las ciervas! La memoria: la memoria es verdaderamente rubia. En sus confines, allí donde el recuerdo se mezcla con la mentira, ¡racimos de claridad! Aquella cabellera inerte adquirió de súbito el reflejo de un oportito: el peluquero comenzaba a hacerle un ondulado Marcel.

En la peluquería, en libertad, grandes fieras modernas acechan a la hembra humana, presa ya de las tenacillas rizadoras: el secador mecánico con su cuerpo de serpiente, el tubo de rayos violetas cuyos ojos son tan dulces, el fumigador de aliento canicular, todos los instrumentos solapadamente listos para morder, todos esos esclavos de acero que un buen día se rebelarán. En cuanto a los simulacros del

escaparate, ya no hablaré más de esas figuras de cera a las que la moda ha despojado de sus ropajes y cuya carne ha quedado marcada por las huellas de unos dedos pulgares. Pero ¿dónde diablos había visto antes a esa mujer que ahora se pasaba las manos por su retocado peinado? Por un instante vislumbré sus hombros: una tela de araña los ocultó. Los siguientes en desaparecer fueron los cabellos, bajo un gigantesco insecto marrón. Una libélula hacía sus libaciones un poco por debajo de su cintura, mientras que sus manos jugaban con unos guantes de color arena y un bolso del color ceniciento de la mica. Su caminar era como la risa, y, cuando alcanzó el umbral de la puerta, pude ver su pie metido en una trampa de follaje, así como su áurea pierna, y volví a preguntarme: «Pero ¿quién puede ser esta esponja?». Entonces, aquella encantadora naturaleza rubia se inclinó hacia mí:

—¿Ya te has olvidado? Pero ¡si fue ayer! Las plantas de hoja perenne no se han marchitado, las lámparas de araña no han perdido su esplendor ni los camerinos su carmesí. Cuando aparecí en medio de unos irreprimibles ataques de risa, era el momento del equinoccio, no tuve más que contonearme un poco para que una sombría ola agitara sus rostros y para que el mar de brazos masculinos se tendiera hacia Nana.

—¡Nana! —exclamé—, pero ¿cómo es que vas ataviada tan a la moda?

—Yo soy la moda misma —me respondió— y todo cuanto existe respira a través de mi ser. ¿Conoces esos estribillos que tan en boga están? Tan colmados están de mí que apenas si se pueden cantar: se los murmura. Todo lo que vive de los reflejos, todo lo que centellea y todo lo que parece está unido a mis pasos. Yo soy Nana, la idea del tiempo. Querido mío, ¿has amado alguna vez a una avalancha? Sólo tienes que mirar mi piel. Aunque inmortal, tengo el aspecto de lo efímero. Soy esa llamada que, aun extinguiéndose al instante, todos quieren tocar. Pero en esta pira eterna, lo incendiario es lo que abrasa. El sol es mi perrito. Como puedes ver, me sigue.

Se alejó en dirección a la rue Chauchat, y me quedé perplejo: en lugar de acompañarla su sombra, era un manto de luz lo que se tendía a su paso por el enlosado. Desapareció en la lejana algarabía de las salas de subastas del Hotel des Ventes.

El Hotel des Ventes permite que parte de sus pasiones se filtre por el cedazo del pasaje de la Ópera. Pero la obsesión transforma a quienes de allí huyen, y cuando estos nerviosos jugadores, estos desasosegados centinelas se adentran en este antro, siguen exhibiendo en sus rostros el llameante reflejo de las pujas: mientras avanzan por estas galerías encantadas, se dejan seducir por el sortilegio del lugar y, paulatinamente, se convierten en hombres. Aun así, algunos de ellos hacen un alto en la segunda peluquería a fin de despojarse de ese temblor que podría delatarlos. Con sus cabezas tendidas sobre cerámica portuguesa y sus mejillas rendidas a las cuchillas de Sheffield, ¿en qué piensan en mitad de este salón de oscura madera? Los cristales deslustrados del escaparate nos producen una impresión algo falsa acerca de la excelencia de este salón, bastante austero y de techo alto, pero menos moderno de lo

que se podría esperar. No nos encontramos ante el peluquero francés tradicional, aquel que trata de guardar el recuerdo de los esplendorosos años del siglo pasado mediante la proliferación de fútiles ornamentaciones, como el que nos encontramos en la otra galería. Tampoco es un peluquero a la americana, de aquellos que desde hace menos de una década se han convertido en un tópico parisino, jactándose de su bárbaro perfeccionamiento de la cirugía erótica; y menos aún es, por más que insista en ello el letrero de la entrada, el vestigio de una civilización que se extinguió con nuestra infancia, el *peluquero* tal y como lo encontramos aún en el barrio de Trinité, aquel que se trajo consigo a Francia el *maxixe* y el tango. Podríamos decir que es el superviviente de esa anglomanía pasada de moda que enviaba a Londres las camisas para hacer la colada, ese *lavatory* de aspecto protestante que hoy en día ya no nos parece tan inglés, como tampoco nos parecen chinas ciertas porcelanas de Sèvres del siglo XVIII. ¡Qué contraste con el establecimiento de al lado! Faltan en éste las telas de terciopelo azul y la enigmática cajera. En lugar de imitar el ejemplo de su vecino poniéndole un audaz nombre operístico, como *Norma*, que evoca la imagen de un balcón con vistas a un viñedo, la casa destaca por los patronímicos de siete peluqueros:

VINCENT
PIERRE
HAMEL
ERNEST
ADRIEN
AMÉDÉÉ
CHARLES

Peluqueros todos ellos correctos y poco dados a la voluptuosidad. Se asemejan a su peluquería, de madera oscura y cristales. Afeitan bien. Cortan el pelo y ya está. No tienen mayor misterio. Pertenecen a una escuela en la que se consideraba al peluquero como un objeto de precisión: en sus métodos no hay atisbos de humanidad. En un país en el que enjabonarse las mejillas con las manos, tal y como se hace en Alemania, se ha declarado una práctica abominable, por preferirle el ancestral método de la brocha de afeitar, parece apropiado que semejantes peluqueros, tan puritanos ellos, aun cuando se hallen a dos pasos de estos santuarios de la voluptuosidad, consigan defender aquella tradición de rigidez anglosajona. Es más bien en las peluquerías pequeñas de los barrios periféricos, Auteuil e incluso les Ternes, donde he podido encontrar practicantes sentimentales, capaces de aplicar a los cuidados de la barba y el cabello una suerte de pasión no profesional y de descubrir, mediante inesperadas sutilezas, una instintiva ciencia anatómica que me explica verdaderamente la expresión «artista capilar», la cual no tiene hoy en día sino una aplicación irónica.

Es para mí una fuente de sorpresa siempre renovada ver la desdeñosa indiferencia de los hombres hacia sus placeres, de lo que se sigue la incapacidad humana de

extender los dominios de éstos, lo que me recuerda a aquellas personas que sólo se lavan las manos y la cara pensando que sus zonas erógenas se limitan a eso. Si bien entre ellos los hay que gustan de los encantos del azar, tampoco se ve que se preocupen por reproducirlos. Ningún sistema, ningún intento de codificar el placer. Lo que no se puede comprender es cómo, de vez en cuando, siguen siendo susceptibles de tener lo que, de forma tan graciosa, llaman «vicios». No llevan a cabo un aprendizaje de lo que es su cuero cabelludo, y sus peluqueros, indolentes, pierden la oportunidad de procurar a estos ignorantes los encantos que tan fácil les sería concederles. Creo que jamás se ha enseñado esta geografía del placer, cuya maestría supondría un gran remedio contra el tedio. Nadie se ha ocupado de establecer los límites del tremor, ni de acotar el territorio de la caricia ni la patria de la voluptuosidad. Todo lo que ha conseguido extraer la experiencia individual es una serie de localizaciones aproximadas. Tal vez llegue el día en que los eruditos se dividan el cuerpo humano para estudiar en él los meandros del placer: encontrarán dicho estudio tan digno como cualquier otro para absorber la actividad de un hombre. Publicarán entonces sus atlas, cuya atenta lectura habrá que recomendar a los jóvenes peluqueros, quienes así aprenderán a dejar errar sus dedos sobre los cráneos: aprenderán a dejar que sus dedos se entretengan a la altura de la sutura lambdoidea, donde el placer alcanza su grado máximo, y a desviarlos de pronto hacia los cabellos, donde nuevos reinos nerviosos, bajo la influencia del masaje, se unen a tal danza de súbito, enviando curiosas punzadas hacia las orejas y las regiones del cuello. Y eso por no hablar del rostro: con que únicamente aprendan a provocar el temblor en las alas de la nariz podrán pasar por ser diestros masajistas.

La psicología, esa vieja chocha^[1], sólo perceptible en los peluqueros a partir de los nombres de los perfumes, los tintes y el romanticismo de los peinados (conozco, en la rue Débarcadère, a uno de esos comerciantes que ofrece un peinado a lo Alberto I, rey de los belgas, un peinado Joffre, etc.), desde hace ya algún tiempo apenas si oculta sus secretos a los sastres. Así es como, al final de la galerie du Thermomètre, nos encontramos con Vodable, que atrae a sus clientes bajo el título: SASTRE MUNDANO. Vende asimismo baúles y, como él dice: *All travelling requisites*. No puedo evitar pensar que es aquí donde se vestía Landru, experimentador sensible, probándose trajes en medio de maletas expuestas como tantos otros símbolos misteriosos de su destino. Recuerdo de este hombre, al que decapitaron, que albergaba en su casa una máscara de Beethoven, así como las obras de Alfred de Musset, que siempre ofrecía una galleta y una copita de madeira a sus amiguitas ocasionales y que había sido galardonado con una palma académica. Curiosa culminación de todo un mundo. Me apena pensar que ya no hay en la corte de justicia programas en los que podríamos escribir en cursiva:

*En la corte como en la ciudad,
el señor LANDRU va vestid*

Pero, doy mi palabra, por cada Landru muerto descubrimos diez desconocidos. Son los clientes del sastre: los veo desfilar como si yo fuera una de esas máquinas tomavistas que, al ralentí, fotografían el gracioso crecimiento de las plantas. No es que todos sean donjuanes parisinos, sin embargo, una especie de afinidad en la forma de vestir me revela un misterio común a todos ellos. Aventureros sentimentales, timadores soñadores o, cuando menos, prestidigitadores de sueños, llegan hasta aquí en busca de elementos para su innato sentido de la ilusión. Nada revelará estas paradójicas actividades que llevan a cabo más por gusto que por necesidad o, seguramente, por una mezcla de ambos. Durante mucho tiempo, tal vez por siempre jamás, al margen del mundo y de la razón, ejercerán sus facultades imaginativas de manera empírica cuando se tercié la ocasión de hechos concretos y pintorescos. Puede que un accidente los delate cualquier día de éstos. Pero la mayoría de las veces me los imagino adentrándose poco a poco en una ambigua vejez en la que llevarán auestas la rapiña de sus recuerdos. Extrañas e insospechadas vidas que guardan para sí mismas mil historias sustanciosas. El hombre de hoy ya no va errante por las marismas con sus perros y su arco: otras soledades se le han brindado a su instinto de libertad. Vagos terrenos intelectuales donde el individuo escapa a los imperativos sociales. Vive allí un pueblo desconocido que se preocupa poco de su leyenda. Veo sus casas de campo, sus laboratorios del deseo, sus equipajes, sus artimañas, sus trampas, sus divertimentos.

A la altura de esa imprenta que hace tarjetas al minuto, pasada la escalerita por la que descendemos a la rue Chauchat, en ese punto, el más septentrional del misterio, donde la gruta se abre a una bahía agitada por las idas y venidas de los mozos de mudanzas y los chicos de los recados, en el límite entre dos luces diurnas que oponen, la una, la realidad exterior, la otra, el subjetivismo del pasaje, como un hombre que estuviera en medio de sus abismos, tan solicitado por las corrientes de objetos como por la vorágine de su ser, en esa extraña zona donde todo es un lapsus, lapsus de la atención y de la distracción, detengámonos brevemente para experimentar este vértigo. La doble ilusión que nos retiene aquí se confronta con nuestro deseo de conocer lo absoluto. Aquí los dos grandes movimientos del espíritu se identifican el uno con el otro, y las interpretaciones acerca del mundo pierden el poder que sobre mí tenían. Dos universos palidecen cuando se encuentran, igual que una mujer engalanada con todas las magias del amor cuando el alba, tras alzar su falda de cortinas, penetra suavemente en la habitación. Durante un instante la balanza se inclina hacia el heteróclito golfo de las apariencias. Extraña inclinación la de estas disposiciones arbitrarias: he aquí alguien atravesando la calle; el espacio a su alrededor es sólido; hay un piano en la acera y coches sentados bajo sus cocheros. Diversidad en las alturas de los transeúntes, diversidad en los temperamentos de la materia, todo cambia conforme a las leyes de la divergencia, y me maravilla la

imaginación de Dios: una imaginación armonizada con ínfimas y discordantes variaciones, como si el asunto estribara en juntar, un día de éstos, una naranja y un cordel, una pared y una mirada. Pareciera que, para Dios, el mundo no fuera sino la oportunidad de ensayar sus naturalezas muertas. Eso sí, hay unos cuantos elementos de los que nunca se priva: el absurdo, el caos, lo banal... No hay quien lo saque de ahí.

Desde esta encrucijada sentimental, si alternativamente poso mi mirada sobre esta tierra de desorden y sobre la enorme galería iluminada por mis instintos, a la vista de uno u otro de estos trampantojos, no siento que se avive en mí el menor asomo de esperanza. Siento la tierra estremeciéndose y, de repente, me hallo como un marino a bordo de un castillo en ruinas. Todo es desolación. Todo se desmorona ante mis ojos. El sentimiento de inutilidad está de cuclillas a mi lado sobre el primer escalón. Va vestido como yo, pero con un toque de nobleza. No luce pañuelo. Su semblante tiene la expresión de lo infinito, mientras que sus manos sostienen un acordeón azul que no toca jamás y sobre el cual leemos esto: PESIMISMO. Mi querido Sentimiento de lo inútil, pásame ese pedazo de azur, pues su canción deleitará mis oídos. Cuando aproximo sus fuelles, únicamente se dejan ver las consonantes:

PSMSM

Los separo y aparecen las íes:

PSIMISM

Y el resto de vocales:

PESIMISMO

Y todo comienza a gemir de izquierda a derecha:

ESIMISMO — PSIMISMO — PESIMISMO
PEIMISMO — PSMISMO — PESIISMO
PESIMSMO — PESIMIMO — PESIMISO
PESIMISM — PESIMISMO

PESIMISMO

La onda alcanza esta orilla con un estallido bárbaro. Y vuelve a refluir.

PESIMISMO — PESIMISM — PESIMIS
PESIMI — PESIM — PESI

Balanceándose sobre uno de sus pies, el otro en una mano, algo teatral, algo vulgar, con su pipa de barro, la gorra bien encasquetada hasta las orejas y cantando, creo: «¡Ay! ¡Si conocierais la vida de los caracoles de Borgoña!», en lo alto de la escalera, envuelto en polvo y rodeado de colillas, vemos a este muchacho: el Sentimiento de lo inútil.

Vuelvo sobre mis pasos; una vez más la luz se descompone a través del prisma de la imaginación, me abandono a este universo irisado. ¿Qué pensabas hacer, amigo mío, allí, en los confines de la realidad? He aquí tu reino de sal gema, tus ópalos, tus renombrados yacimientos. Bien sabes, broma anodina, que eres el Aladino del mundo occidental. Destinada estás a no salir jamás de esa enorme mácula de color que albergas en el fondo de tus retinas. Nada más ridículo que el conflicto de una llama con el fuego que la rodea. Jamás abandonarás tu navío de ilusiones, tu villa de amapolas con su hermoso techado de plumas. Tus carceleros, que no son sino ojos, pasan una y otra vez agitando sus haces de reflejos. En vano crees que, tras veintiséis años cavando con un retazo de tu razón enflaquecida un túnel que nace en tu jergón, alcanzarás la orilla del mar. En secreto, tu memoria desemboca en una fosa de olvido. Allí encontrarás las flores de siempre, las mismas florestas de cabellos, los mismos desastres de caricias. En tus silvestres soledades, los leones recostados son destellos de amnesia y los fantasmas, ¡los fantasmas nacarados!, que parecen estar rezando, se desdibujan en el horizonte. Esclavo de un tremor, enamorado de un murmullo, no dejo de degradarme en este crepúsculo de la sensualidad. Un poco más impalpable, un poco menos perceptible... cada día que pasa, me voy difuminando en mí mismo, para acabar finalmente no queriendo que me comprendan y sin comprender yo mismo ni el viento, ni el cielo, ni la menor de las melodías, ni la bondad ni las miradas. Es así, Bee's polish y Kiwi, como me deslizo, merced a mi distracción, a lo largo del escaparate del limpiabotas, al otro lado de la escalera de salida que da a la rue Chauchat. Éste es también el modo en que, de regreso a los bulevares, franqueo a mi derecha la entrada del primer pasadizo, ese que conecta los extremos de las dos galerías del pasaje, sin verme engullido por las negras y suaves pendientes que me llevan hacia el Théâtre Moderne. Frente al sastre y los salones de peluquería, el ventanal del restaurante Arrigoni —donde la estampa coloreada de un memorable banquete ocupa el lugar de honor en medio de una multitud de botellas italianas de cuello largo luciendo sus corsés de paja— es lo único que separa este pasadizo del establecimiento de baños.

En la mente de los hombres existe un estrecho lazo entre los baños y la voluptuosidad: esta inveterada idea contribuye al misterio de estos establecimientos públicos, donde muchas personas no se aventurarían a entrar de tan extendidas como están la superstición de las enfermedades contagiosas y la creencia de que las bañeras

aquí prostitutas son peligrosas sirenas para el visitante que se confía a su leproso esmalte y a su maculada hojalata. Así, estos templos de dudoso culto se asemejan en parte a un burdel y, en parte, a un ninfeo donde se practican ritos de magia. Ningún detalle arquitectónico permite al transeúnte inexperto confirmar su sospecha acerca de lo ilícito de aquel edificio: BAÑOS, es lo único que pone en su fachada, una palabra que encierra en sí misma una infinita gama de letreros verdaderos, todos los placeres y maldiciones del cuerpo; pero ¿quién sabe?, quizás no encontremos a su abrigo sino el agua prometida, un agua clara y susurrante. Por más que lo desconocido sea terriblemente tentador, aún más lo es el peligro. Con todo, en su desdén por los instintos del individuo, la sociedad moderna se obstina en eliminar tanto el uno como el otro: con toda seguridad, en nuestro entorno ya no existe lo desconocido sino para aquellos cuyo corazón es propenso al arrobamiento; en cuanto al peligro, no hay más que ver cómo, día a día, todo se vuelve más inofensivo. Existe, sin embargo, en el amor —en todo amor, ya se trate de una furia física, un espectro o un genio diamantino que murmura un nombre semejante a la frescura— un principio al margen de la ley, un sentido delictivo irreprimible, un desprecio por la prohibición y un gusto por el saqueo. Podréis confinar esta pasión de cien cabezas en los límites de vuestra morada o concederle un palacio, mas nada podrá evitar que renazca en cualquier lugar, siempre en sitios distintos, allí donde nada hace que la esperemos y donde su aparición provoca una explosión. Brota el amor donde nadie lo ha sembrado, y comoquiera que la vulgaridad lo convulsiona, sufre accesos de ignominia. Los hay a quienes la idea de la calle les persigue de manera obsesiva, ya que sólo en ella experimentan plenamente el poderío de sus naturalezas. Os habéis encontrado con hombres sombríos en medio de la multitud, con mujeres locas en los compartimentos de primera clase de la línea Nord-Sud del metro hacia las cinco de la tarde. ¿Cuántas veces os habéis percatado de la alianza en el dedo de una viajera? Y, sin embargo, nada; ella no buscaba nada más allá de esta licencia pasajera. El cielo humano está iluminado por relámpagos cuya estela no podemos seguir. ¿Qué suerte de compensaciones o vértigos se traman así en estos extraños cleptómanos de la voluptuosidad? Encuentro admirable que aquellas mujeres casadas, a las que imagino aparentemente felices, posean un alma lo bastante noble como para no contentarse con su destino. ¡En marcha, en busca de lo infinito! Se las puede ver desorientadas en la sombra de un cine o deslumbradas por los soles giratorios de los tióvivos de feria; sus vestidos levantándose como un desafío. En esta cruzada del deseo, se han lanzado a la conquista de ellas mismas: ¿liberarán la tumba que es su corazón? Un vagabundeo por la incertidumbre, he aquí lo que una de ellas provoca de manera forzosa: en el instante mismo de una maniobra, un transeúnte puede sentirse por fin elegido y, alternativamente, sentirse víctima de los engaños de la imaginación. A otra le complace, por encima de todo, suspirar por un hombre que no la ve o engañarse con una creciente esperanza sólo truncada cuando él hace el cortés gesto de quitarse el sombrero, un gesto que sabe a manzana amarga, como parece decir ella misma a

gritos. Otra emprende su caza con una oscura resolución cuando, de repente, una feroz tempestad se alza entre ella y su víctima, nada puede detener tan adorable tormenta y todo precipita este doble furor: es entonces cuando, estando próxima a acariciar ese cuerpo que ella atrae, de un solo movimiento se aparta y, presa de una salvaje exaltación, en una especie de inhumano suicidio, reniega de sí misma y se convierte en piedra, en una piedra. Por último, esa mujer que es tan fría y se muestra tan impasible frente a todas las tentaciones: nada en ella revelará que es consciente de estar abandonándose a la pasión. Nada, ni siquiera un labio tremuloso. Luego se va con paso mecánico; probablemente sea una muerta, mi querido amigo.

En los baños, otra suerte de humor predispone a las ensoñaciones *peligrosas*: un inefable doble sentimiento mítico se revela. En primer lugar, la intimidad en medio de un lugar público, contraste poderoso que se muestra eficaz para cualquiera que lo haya sentido alguna vez. En segundo lugar, el gusto por la confusión propio de los sentidos, que les lleva a corromper el uso de cada objeto, a pervertirlo, como se suele decir. No resulta sencillo desenmarañar cuál es el móvil que desencadena todo, es decir, cuál es el primer deseo del cliente que acude a los establecimientos hidroterapéuticos. Desvestirse, con cualquier pretexto, quizás no sea más que un acto sintomático. O tal vez una mera imprudencia. Lo que sí parece cierto es que cuando un hombre, habituado a verse con traje, de pronto se encuentra contemplando su cuerpo desnudo a plena luz del día, corre el riesgo, de manera más o menos perceptible, de no poder resistirse a la tentación de emplearlo con fines placenteros. Los baños aparecen así como el lugar elegido para los comercios carnales, y más aún para la improbable aventura de un amor verdadero. Por absurda que pueda parecer esta última hipótesis, ¡cómo enciende mi imaginación! El amor a primera vista en una bañera: reíd, si queréis, mas no sabréis de qué os estaréis riendo. Toda la lascivia del mundo se va al traste a consecuencia de un asincronismo de los deseos. Sólo cuando las posibilidades de un encuentro son infinitamente limitadas —como cuando estoy solo en mi cuarto, o cuando estoy dormido o cuando voy a todo correr— una aparición se adueña de todo mi ser. Mi libertad, ¡de qué manera en tu nombre estoy preso! Por último, estos lugares son tan tranquilos que parecen otro país, una civilización lejana, así que no me habléis de viajes. ¡Muy ajeno al frenesí hay que estar para adentrarse en los baños sin el convencimiento de que se está penetrando el corazón del enigma! Pero en este mundo existe tan poca fe en las aspiraciones humanas, conocemos tan bien los límites de toda depravación, el temor universal al compromiso, la resignación mecánica a la felicidad, la costumbre (única mujer que sigue yendo hoy en día encorsetada) *que*, a mi pesar, lo reconozco, me consterna, y me pregunto si no sería mejor que saliera de aquí pitando hacia un lugar más conforme a mi volátil naturaleza, *que* sueño con un pueblo amable y cruel, un pueblo gatuno amante de sus zarpas y siempre presto a poner sus ojos en blanco y a deshacerse de sus escrúpulos, sueño con un pueblo cambiante como el muaré y atormentado por el amor, *que* nadie quiere ya brindar a nuestra ávida ociosidad los

divertimentos que no osa reclamar para sí. De ahí el escándalo: en París numerosos establecimientos de baños no se llaman así por eufemismo. En ellos nos lavamos, igual que en otros establecimientos comemos. De hecho, es tal la decadencia de las costumbres de esta ciudad, la sensualidad aquí se ha vuelto tan indolente y el sentimiento de lo absoluto les es tan extrañamente indiferente a la mayoría de los hombres que los pederastas —todavía un poco aturcidos por la tolerancia que hacia ellos se está comenzando a sentir y acostumbrados, en su día a día, a la astucia y la tiranía— son casi los únicos que se aprovechan de la ambigüedad de los baños. Se podrían contar con los dedos de las manos las casas de citas balnearias que han escapado a su dominio. Los propietarios se quejan de esto; la clientela no acude a ellos. ¿Qué queréis? Lo cierto es que estos caballeros y estas damas han desatendido un poco sus deseos. Hasta los veinte años, no pasa nada. A partir de entonces, es el fin: la curiosidad, el misterio, la tentación, el vértigo y la aventura desaparecen para siempre. Hacen gimnasia para estar delgados, mas no les pidáis que la hagan para dar un toque de color a sus vidas ni poner un poco de pasión en sus días: en cuanto a los ejercicios amorosos, pasados los veinte años, ¡ni soñarlo! Han aprendido su oficio de una vez por todas. Poseen una técnica y no cejarán en ella: estrecháis a la mujer entre vuestros brazos y le decís..., entonces, ella se deja caer sobre el sofá y exclama: «¡Oh, Charles!». Sólo tenéis que ver esas películas hechas como Dios manda. ¿Acaso muestran éstas a una mujer que, al notar la presencia de un hombre, se encamine, silente y con ojos provocadores, directamente hacia él, para, de repente, dirigir su mano al pantalón del caballero? Semejantes películas no tendrían ningún éxito, nos resultarían demasiado ficticias, pues lo que, a voz en grito, nosotros reclamamos es, no lo dudéis, la realidad, la REA-LI-DAD:

La realidad

FÁBULA

Érase una vez una realidad
con sus ovejas de lana real
el hijo del rey pasó
las ovejas balan ¡cuán bella es!
la rea la rea la realidad

Érase una vez una realidad
que no conciliaba el sueño en la oscuridad
su hada madrina entonces
realmente de la mano la cogió
la rea la rea la realidad

Érase una vez en su trono

un viejo rey que se aburría
se deslizaba en la tarde su gabán
y por reina se le ofreció
la rea la rea la realidad

Coda: Idad idad la rea
idad idad la realidad
la rea la rea
dad dad la rea
li
dad la realidad
Érase una vez LA REALIDAD

Entremos, pues, en los baños del pasaje de la Ópera con espíritu positivo. Y una pequeña Kodak. Es contrario a lo verosímil imaginar que este local sirve para otra cosa que no sea el baño higiénico. Se trata de un lugar poco frecuentado, pero de manera honorable. El establecimiento está enteramente ocupado por el arranque de una escalera con rampa de madera oscura que se hunde en el sótano. Encima de esta escalera, frente al pasaje, hay un magnífico cuadro floral y, sobre el lado derecho de aquélla, un retrato de mujer del mismo pintor flanqueado por dos grabados románticos: uno, al fondo, representa a un hombre que dirige tres caballos, mientras que el otro, cercano a la puerta, representa a Mazeppa perseguido por los lobos. Esto que quede entre nosotros: los ojos de los lobos brillan con tanto esplendor que, si me apuraran, diría que encierran algún misterio. Después de un grandioso rellano, la escalera conduce a un sótano constituido por dos grandes estancias: la primera de ellas, más grande; la segunda, de la cual sale un largo pasadizo en dirección hacia los bulevares, por debajo del restaurante Saulnier. Las cabinas de los vestuarios que dan a ambas estancias son, al parecer, las más lujosas, pues están dotadas de un sillón y un aguamanil. Un buen número de armarios empotrados completa el decorado. Este lugar, lleno de puertas y *boiseries*, y al que la luz del día sólo llega a través de una claraboya de cristal esmerilado, es bastante polvoriento y solemne. Iluminado de modo exiguo, el lugar me habría conducido a la ensoñación de no haberme resuelto a ser prudente. Señalaré, sin extenderme en los detalles, que todas las cabinas del lado derecho del pasillo están provistas de una puerta que sólo se cierra desde el interior y que da a una única sala inmensa en la que duermen varios artilugios destinados a la ducha, con lo que si... Imaginemos que dos clientes abandonaran su bañera para ir a tomar un poco el fresco en ese sombrío territorio: se encontrarían sin que nadie lo supiera. Nada allí es más misterioso que los extraños postiguillos que, situados encima de las bañeras, permiten la comunicación entre dos cabinas en muchos establecimientos parisinos (rue Fontaine, rue Cardinet, rue Cambacérès, etc.). Nadie está sugiriendo que el arquitecto previera el uso que debería darse a su obra: ¿acaso el

ingeniero que realizó los planos del puente Solférino pudo imaginar los excesos que un día cobijarían sus arcos? El corazón ingenuo de los arquitectos no encierra perversidad alguna.

Por lo demás, sí que entiendo para qué sirve este sótano: es un laboratorio de calorimetría. Él y ella, una pareja de distinguidos físicos disfrazados, remojan a benévolo sujetos en sus calorímetros entregándose a intrigantes cálculos acerca de los escapes de energía. Acarician la esperanza de poner en evidencia algún error del principio de Carnot. A la espera de que esto suceda, él mira boquiabierto las musarañas, mientras ella lee novelas policiacas.

¡LOUIS!

Ya salgo, ya salgo: ¿quién puede estar llamándome? Afuera continúa el vaivén. No conozco a nadie... ¡Ah, sí! Quien así me llama es el deseo de ver mi nombre, tan poco empleado en mi entorno, impreso en letras mayúsculas de un tamaño importante. Ante mí se extiende un vasto espacio desértico, una especie de calma pradera: lo creáis o no, se trata del restaurante Saulnier. Sus dos plantas, la baja y el entresuelo, ocupan el espacio entre los baños y el pasadizo transversal que desemboca frente a la puerta de la pensión. Una bendición del cielo este restaurante. No tengo nada que decir acerca de él, pues he comido en él cientos de veces. Es aquí donde se daba tregua relativa a las grandes querellas del movimiento dadá —¿conocéis el movimiento dadá?— para permitir a sus combatientes, que desde hacía dos horas defendían su reputación en el Certâ, encontrar en un plato inglés un testimonio de alta moralidad, de «alta costura», como dice el Antifilósofo entre ellos. A la sazón, había un Comité de Salvación Pública dadá y nada hacía presagiar que al Terror le sucedería un Directorio, con sus juegos, sus petímetros y sus trajes con aberturas laterales. La gente que aquí viene a comer es de condición modesta. Entran y salen: una flecha o una mano indican a cada uno su dirección. ¡Buena suerte, chicos!

Con una fachada en chaflán que da a la galerie du Thermomètre, al pequeño pasadizo que he mencionado antes y al boulevard des Italiens, se alza uno de los cafés de la cadena Biard frente a la librería Rey. Sala de la barra y salón trasero, con vuestras múltiples puertas, vuestros cristales, añorantes del café a diez céntimos y del *cocktail* americano a veinte de épocas ya desaparecidas, con vuestros pilares y espejos, os erigís como un bello palacio de reflejos que es la imagen de todo cuanto, nosotros, soñadores europeos, sabemos de la lejana América y de sus sanguinarias epopeyas. Sois el decorado del crimen latebroso, del atentado planeado en secreto, de la persecución y de la emboscada. Es en vuestras perspectivas truncadas donde se resolverá la ridiculez de una vida, el gran secreto de esos inadaptados líricos que, en la sombra, provocan una risa nerviosa a la burguesía. Y el amor: ¡qué extraña comodidad ha de hallar el amor en este café donde todo está dispuesto para que las

miradas se encuentren! Delusoria luz, con tu tenuidad eres cómplice de todas las exaltaciones verdaderas: conflicto de luces en este local propicio a la aventura. ¡Oh, Dios del infierno!, ¿por qué esas ociosas mujeres mundanas tararean mientras acarician el mármol resquebrajado de las mesas?

Como una topera rodeada de mantillo, la galerie du Baromètre desemboca en el boulevard des Italiens a la altura del escaparate de la librería Flammarion, a poca distancia de la terraza de la taberna Pousset. Hay allí, perpetuamente, un charlatán golpeando con su bastón un cartel del Théâtre Moderne; las ráfagas de sonidos del *shimmy* se funden con su palabrería, atrayendo las miradas hacia la tienda de música que vemos a la izquierda, tapizada con las ediciones musicales de la casa Salabert. A los curiosos les gusta pararse aquí, atraídos a partes iguales por las palabras del señor elegante y aburrido que promete el oro y el moro en su segundo acto de un lado, y, del otro, por este establecimiento donde vemos a una mujer rubia al piano inaugurando las modas y sus canciones.

¡Cuán grande es el placer del hombre cuando se halla a las puertas de la imaginación! Este prisionero querría escaparse, pero duda en un umbral que despliega todas sus posibilidades, teme conocer ya aquel paseo de ronda que le devuelve a su casamata. Se le ha enseñado el mecanismo de encadenar unas ideas con otras conforme a la lógica, y el muy desgraciado se cree que sus ideas forman una secuencia lógica, de manera que justifica sus razones y su delirio mediante un razonamiento delirante. Ha reflexionado acerca del sofisma kantiano:

Si el cinabrio fuera rojo ahora, luego negro, más tarde ligero, por último pesado; si el hombre se transformara tan pronto en animal de una especie como de la otra; si, durante un larguísimo día, la tierra se cubriera de frutos y, después, de hielo y nieves, entonces mi imaginación empírica no tendría ocasión de hacer acudir al pensamiento la pesadez del cinabrio por la mera representación del color rojo. Tampoco podría producirse ninguna síntesis empírica de la imaginación si una palabra se aplicara tan pronto a una cosa como a otra, o si esa misma cosa recibiera ahora un nombre y luego otro, con independencia de que para ello hubiese una regla a la cual se sometieran los fenómenos en sí mismos.

Y el hombre duda, pues, no siendo amante de las peticiones de principios, ve adonde quiere llegar su querido Immanuel con sus embrujadoras palabras, detecta el error de este enfoque intelectual y se dice a sí mismo que lo quieren engañar con las mujeres desnudas del harén del segundo acto, con esa música sentimental y vulgar, cuando, encima, el hermoso cabello de la señora está teñido. ¡Fuera de aquí, mosquito! Tomas las ciénagas por tierra firme, creyendo así que jamás te hundirás. El

problema es que no conoces la fuerza infinita de lo irreal. Tu imaginación, querido amigo, vale más de lo que puedas imaginar.

EL HOMBRE CONVERSA
CON SUS FACULTADES

Sainete

LA SENSIBILIDAD (*al Hombre*) —Tu rostro está hoy ensombrecido, ¿habrás tenido un encuentro nefasto en el valle? ¿O bien te habrá citado esta noche un picaro osezno?

LA VOLUNTAD (*brotando desde el interior de una botella de champán*) —Dudo mucho que acuda a la montaña esta noche. (*Con aire resolutivo*) Si va, lo acompañaré.

LA INTELIGENCIA (*incorporándose de súbito*) —Entonces, ¿qué pasa conmigo? Yo también iré, pues ya sabes que siempre me quedo con el rebaño cada vez que el hombre sale a cazar gamuzas y osos.

EL HOMBRE (*con sonrisa melancólica*) —Vamos. Para poner fin de una vez a este debate, os diré que no saldré en todo el día. El Conocimiento, ¡cómo sufre el pobre! Desde que ya no lo amo, no ha abandonado su lecho, y quién sabe si su vida no se habría extinguido ya, de no haber sido por los cuidados y las recetas de ese buen y respetable médico extranjero que vive en la casa apartada.

LA SENSIBILIDAD —Sí, esa casa en las alturas, construida con las letras de una antigua frase demasiado larga como para que pueda recordarla.

LA INTELIGENCIA —«¿Acaso no sabes lo que les acontece a los amantes cuando ven una lira, un vestido o cualquier otro objeto de los que acostumbran a servirse? Les sucede que, al reconocer esa lira, se forman una imagen mental de la persona a la que ha pertenecido... igual que al ver a Simmias nos acordamos de Cebes».

LA SENSIBILIDAD —Eso es.

LA VOLUNTAD —No me gusta tu médico. Cada vez que viene, me atemoriza.

LA INTELIGENCIA —Y ya que estamos, me pregunto también el porqué de esos largos bigotes, su gorro de pelo, su delgado y poco agraciado rostro, y su enorme levita forrada. Jamás he visto a nadie vestido de esta suerte.

EL HOMBRE —Es un extranjero.

LA VOLUNTAD —Desconfío de los extranjeros. Se dice que raptan a los niños, e incluso se los comen.

LA SENSIBILIDAD —¡Imbécil! ¿Qué me dices de todos aquellos que toman al hombre como guía bajo las cascadas, en los glaciares, en el curso de los torrentes: el Amor, la Mentira, el Sueño? ¿Acaso ninguno de estos apuestos extranjeros, enmascarados y luciendo un elegante atavío, se ha comido o ha raptado a su guía alguna vez?

LA VOLUNTAD —¡Hombre, no, no es lo mismo! ¡Éstos conocen su país! Pero ese

señor es un extranjero de otra suerte: la imaginación ¿acaso no es un nombre cristiano?

EL HOMBRE —No es el nombre lo que os preocupa. Este nuevo miembro de nuestra comunidad sólo nos causa bienestar. Y cuando semejante bondad llama a nuestra puerta, ¿qué sentido tiene entonces preguntarnos acerca de su procedencia?

LA SENSIBILIDAD —Cierto es que ignoramos su profesión, mas desde que el Conocimiento está enfermo ha sido la Imaginación quien lo ha cuidado, quien le ha proporcionado todas las medicinas, y todo ello sin pedir nada a cambio.

LA INTELIGENCIA —¡No son más que artimañas! Está esperando a que el hombre mate un buen oso para pasarle la cuenta.

LA VOLUNTAD —¡Me apuesto a que la cuenta será astronómica! Nos asustará tanto como su cara. Dice, por añadidura, que no le gustan los niños, que parlotean demasiado, y, por si fuera poco, afirma que sólo es feliz estando a solas.

EL HOMBRE —¡Habladurías, nada más que habladurías! La Imaginación es un señor excelente, bondadoso y humano.

LA SENSIBILIDAD —¿Estás seguro? Este extranjero llegó del valle una noche de tormenta, nadie lo conocía.

LA VOLUNTAD —Sí, cayó sobre nosotros como una cometa extraviada.

EL HOMBRE —Vanos cuentos chinos.

LA INTELIGENCIA —¡Pues yo he oído otros tantos!

EL HOMBRE —Veamos cuáles.

LA INTELIGENCIA —Ese señor...

LA SENSIBILIDAD —Es un malvado criminal, quizás se haya refugiado en nuestro valle para esconderse mejor.

EL HOMBRE —¡Un criminal! Bien, pero ¿qué es un criminal? ¿Qué piensas tú del relámpago, ¡oh, mi querida Sensibilidad!, qué piensas tú de la esplendente flor silvestre que las montañas a veces ensartan en su melena? ¿Es el relámpago un criminal, o más bien una divinidad benéfica? Y tú, Inteligencia, dime lo que piensas de la Imaginación.

LA INTELIGENCIA —No me gusta la Incertidumbre.

En este preciso instante aparece LA IMAGINACIÓN, tal y como la ha descrito la Inteligencia: se trata de un anciano alto y delgado, con bigote al estilo de la casa de Habsburgo, una larga levita forrada y gorro de pelo; su rostro está animada por tics nerviosos; cuando habla, hace el gesto de estar cogiendo la bocamanga imaginaria de un interlocutor invisible; bajo el brazo, sostiene «Au 125, Boulevard Saint-Germain», de Benjamin Péret. Sólo hay una cosa que de veras parece extraña en él: camina con un patín de ruedas en su pie izquierdo, mientras que el derecho lo posa directamente sobre el suelo. Se encamina hacia el hombre y le dice:

DISCURSO DE LA IMAGINACIÓN

Las circunstancias obligan: con esa actitud vuestra de poner al mal tiempo buena cara, no habéis contado conmigo. De una ilusión a otra, estáis sin cesar a merced de esa ilusión llamada Realidad. Y, pese a todo, he sido yo quien os lo ha dado todo: el color azul del cielo, las pirámides, los automóviles. ¿Por qué tendríais que perder la esperanza en mi linterna mágica? Infinitas son las sorpresas que os guardo. Como ya les dije a los estudiantes alemanes en 1819, de las facultades del espíritu podemos esperar todo. Mirad cómo vuestras puras creaciones quiméricas os han brindado el dominio de vosotros mismos. Yo he inventado la memoria, la escritura, el cálculo infinitesimal. Hay descubrimientos primordiales cuya existencia todavía hoy ni siquiera hemos sospechado y que harán que el hombre difiera de su propia imagen actual, del mismo modo en que la palabra lo distingue —hecho que le hace no caber en sí de gozo— de las mudas criaturas que lo rodean. ¿Qué murmuráis? No se trata del progreso: yo no soy más que un vendedor de cocaína y puede que vosotros experimentéis la embriaguez de un espejismo en lo que para mí es mera nieve y para vosotros maná, desde el recuerdo al método experimental. Todo está subordinado a la imaginación, y la imaginación se revela en todo. Se supone que el teléfono es útil, mas no lo creáis: no tenéis más que contemplar cómo se convulsiona el hombre con el auricular pegado a la oreja cuando exclama: «¿Hola?». ¿Qué es el hombre sino un toxicómano del sonido? ¿Un tipo perdidamente ebrio por el espacio conquistado y la voz transmitida? Mis venenos son los mismos que los vuestros: el amor, la fuerza, la velocidad. ¿Queréis dolores, la muerte o canciones?

Hoy os traigo un estupefaciente procedente de los límites de la conciencia, de los confines del abismo. Hasta ahora, ¿qué es lo que habéis buscado en las drogas sino una sensación de fuerza, una embustera megalomanía y el libre ejercicio de vuestras facultades en el vacío? El producto que hoy tengo el honor de presentaros procura todo esto, además de considerables e inesperadas ventajas; trasciende vuestros deseos, los suscita, os permite acceder a nuevos deseos, disparatados; no lo dudéis, son los enemigos del orden quienes ponen en circulación este filtro de lo absoluto. En secreto, lo pasan ante los ojos de los guardianes, en forma de libros, de poemas. El anodino pretexto de la literatura les permite ofrecerlos, a un precio que desafía a todo competidor, ese fermento mortal; y es que ya ha llegado el momento de que su uso se generalice. Es el genio embotellado, la poesía en lingotes de oro. Comprad, comprad la condena de vuestra alma, por fin os perderéis. He aquí la máquina que desencadenará la zozobra en vuestro espíritu. Anuncio al mundo esta noticia de primordial trascendencia: un nuevo vicio acaba de nacer, una nueva fuente de vértigo para el hombre: el *Surrealismo*, hijo del frenesí y la sombra. Entrad, entrad, aquí comienzan los reinos de la instantaneidad.

Modernos consumidores de hachís, no tendréis motivo para envidiar a aquellos

durmientes en vela de las mil y una noches, a aquellos en quienes obra un milagro, a los convulsionarios, cuando, incluso sin tañer un instrumento, evoquéis toda la escala hasta ahora incompleta de los placeres extáticos, y cuando asumáis sobre el mundo semejante poder visionario —que abarca desde la invención a la materialización glauca de las resbaladizas lucencias de la vigilia—, un poder que ni la razón ni el instinto de conservación, a despecho de sus hermosas manos blancas, podrán impedir que utilicéis de manera desahogada, hechizados por vosotros mismos hasta que, clavando a modo de alfiler una imagen tan bella en el mortal travesaño de vuestro corazón, os asemejéis a ese hombre al que, por siempre jamás, se ha unido una mujer, y que no es más que una mariposa pegada a ese corcho adorable. Ese vicio llamado «Surrealismo» consiste tanto en el empleo exorbitante y pasional del estupefaciente *imagen* —o más bien de la provocación incontrolada de la imagen en sí misma— como en el imprevisible elemento de perturbación y la metamorfosis que introduce en el terreno de la representación; pues cada imagen, a cada paso, os fuerza a revisar el Universo entero. Y cada hombre aguarda el descubrimiento de una imagen que aniquile el Universo entero. Vosotros, que entrevéis los tenues resplandores naranjas de este abismo, apresuraos, acercad vuestros labios a esta copa gélida y ardiente. Pronto, mañana mismo, el oscuro deseo de seguridad que une a los hombres les dictará unas leyes salvajes, prohibitorias. Los propagadores del surrealismo serán torturados en la rueda y ahorcados, los bebedores de imágenes serán encerrados en celdas repletas de espejos. Esto así, los surrealistas perseguidos traficarán, al socaire de los cafés cantantes, con sus contagiosas imágenes. El menor gesto, el menor acto reflejo, una súbita traición de nerviosismo bastarán para que la Policía sospeche del surrealismo de esos consumidores vigilados. Visualizo aquí a esos agentes provocadores, con sus artimañas y asechanzas. Una vez más, el derecho de los individuos a disponer de su suerte se verá restringido y cuestionado. Se invocarán el peligro público, el interés general, la conservación de toda la humanidad. Una gran indignación se adueñará de las personas honestas contra esta actividad indefendible, esta anarquía epidémica tendente a arrancar al individuo del destino común de la humanidad a fin de crearle un paraíso individual, aquel descarrío de las ideas que no tardaremos mucho en denominar «malthusianismo intelectual». Espléndidos estragos: el principio de utilidad se tornará ajeno a cuantos practiquen aquel vicio superior. Para ellos ya no será una cuestión de aplicar la mente: verán cómo sus límites se desdibujan en lontananza y compartirán su arrobamiento con todo cuanto en la tierra hay de ardiente e insatisfecho. Los jóvenes se entregarán apasionadamente a ese juego grave y estéril. Éste pervertirá sus vidas. Las facultades se quedarán desiertas. Cerrarán los laboratorios. Desaparecerá la mera idea de ejército, de familia, de oficio. Entonces, ante este creciente desafecto por la vida social, brotará una conjura de todas las fuerzas dogmáticas y realistas del mundo contra el fantasma de las ilusiones. Vencerá esta coalición de poderes cuyos principios son el «¿por qué no?» y el sacarle el mejor provecho a la vida. Ésta será la

última cruzada del espíritu. Para esta batalla perdida de antemano, hoy os recluto, corazones aventureros y graves, desdeñosos de la victoria, a vosotros, que buscáis en la noche un abismo en el que arrojaros. Vamos, el rol está libre. Pasad por esta ventanilla de aquí.

Lo que con un dedo índice translúcido señala la Imaginación es la barraquita de madera que sirve de taquilla al Théâtre Moderne. Está apoyada sobre una empalizada gris que con el ocaso adquiere los tonos del tordo, y en la cual se abre la puerta de la librería Flammarion. Cada vez que atravesamos el campo óptico de la cajera, ésta nos salmodia desde su ventanilla los precios de las butacas y los encantos de la casa, de la cual nos da una idea sencilla, pero suficiente, merced a las tres o cuatro fotografías que cuelgan de la caseta. Este seno, estas piernas resumen con claridad la intención de los autores, como a las puertas de los cines las imágenes de esos carteles en las que aparecen un revólver encañonado, una barca arrastrada por la corriente o un cowboy colgado de los pies. Y apenas cuesta nada:

THÉÂTRE MODERNE	
PRECIOS DE LAS BUTACAS	
Palcos y proscenio:	30 fr.
Butacas de patio	Primeras filas: 25 fr.
	Reservadas: 20 fr.
	1ª serie: 15 fr. 50
	2ª serie: 11 fr. 50
3ª serie: 9 fr.	
Butacas abatibles: 5 fr. 75	
<i>Todos los derechos e impuestos incluidos</i>	

Más allá de la empalizada, hasta el corredor transversal, se extiende el Hotel Monte-Carlo, cuyos pisos superiores están en saledizo, llegando éste incluso a franquear de través la galería a la entrada del pasaje, algo que, de modo indefectible evoca para mí, en este punto, el puente de los Suspiros tal y como lo conozco por las tarjetas postales. En la planta baja, el Hotel de Monte-Carlo permite adivinar, a través de una fachada acristalada con cuadraditos estilo Luis XVI y parteluces blancos, un amplio vestíbulo de techo bajo y aspecto en todo punto melancólico, en donde, bajo los caireles de una araña de cristal y hastiados de tan larga espera, se mustian tanto las plantas como los viajeros. Éstos, arrellanados en sillones de mimbre, leen esos

periódicos exóticos imposibles de encontrar en París salvo en los bulevares. Un mundo cosmopolita bastante singular y singularmente tranquilo, a menudo pintoresco y casi siempre extenuado. Estos jugadores agotados no encallan aquí sino tras hermosas aventuras, mas ¡cómo han desgastado el globo con sus pasos rezagados! Algunos se sientan en la galería como si estuviesen en una terraza. ¿Y qué más da? La deseada felicidad no llegará jamás. Podéis partir.

Enfrente del hotel, la garita del guardián del pasaje se erige vigilante de una suerte de diminuto desfiladero a través del cual se accede a un exiguo patio. Podremos hacer un alto junto a la garita, que tiene unas encantadoras cortinas de ganchillo: se trata del local del limpiabotas; por sólo sesenta céntimos saldremos de allí como si calzáramos dos soles en los pies. Como se suele decir, los salones de los limpiabotas son la máxima expresión de lo moderno. ¡Qué espíritu decorativo en sus latas de abrillantadores de zapatos! Y esto no obstante su gusto por lo americano y el escaso ingenio a la hora de exponerlas. Y, además, ya lo veis, ¡los limpiabotas son gente de lo más exquisita! Son la encarnación de la cortesía, te hacen esperar una eternidad mientras frotan inexplicablemente —llevados, no cabe duda, por la pasión de su arte— unos zapatos ya cegadores por sus reflejos. Un arte menor, lo admito, pero un arte arte arte. La extraña ausencia de toda metafísica en el arte de un limpiabotas es, sin duda, lamentable. Tal vez el asunto sería menos discutible si éste tuviera más en cuenta los recientes logros intelectuales. Podemos, asimismo, lamentarnos de que, en una civilización como la nuestra, los limpiabotas apenas si hayan realizado progresos técnicos con respecto a sus predecesores románticos. Hasta ahora, sólo han ejercitado sus facultades inventivas en la decoración de sus establecimientos. El gran descubrimiento fue el de los sillones elevados, una idea que se le ocurrió, según algunos, a un limpiabotas neoyorquino, mientras que, en opinión de otros, el hallazgo se debió a uno italiano que, tras haber comenzado su carrera en los bares, había meditado acerca de la comodidad, para su profesión, de los taburetes altos de las barras. Esas tarimas, a cuyos pies el artista limpiabotas se humilla de forma voluntaria, propician la ensoñación en extremo. Si los eruditos tuvieran la costumbre de hacerse limpiar los zapatos por los limpiabotas, ¡qué magníficas máquinas, qué grandiosas concepciones del universo surgirían de los brazos del sillón de un limpiabotas! Pero he aquí que, por desgracia, los eruditos acostumbran a llevar los zapatos sucios; por no hablar de sus uñas, de dudosa limpieza. Así pues, no son los eruditos, pasajeros de un navío inmóvil, los transeúntes que acuden aquí con el propósito de deshacerse del barro y del polvo mientras se enfrascan en la meditación, con sus corazones colmados de un gran amor. ¿Poetas? ¿Quién sabe? Funcionarios jubilados, estafadores, bolsistas, corredores y viajeros de comercio, cantantes, bailarines, dementes precoces, perseguidos, nunca sacerdotes, pero dotados de corazones elegiacos, quincalleros millonarios, conspiradores, políticos corrompidos por los consejos de administración, policías de paisano, camareros en su día libre, periodistas y protestantes, extranjeros, asesinos, empleados del Ministerio de las

Colonias, chulos, corredores de apuestas y fantasmas. Si fuera un fantasma, éste sería el sitio al cual regresaría. Ofrecería mis zapatos para que les sacaran brillo y, como un espectro, me sentaría en uno de esos tronos del azar, como si fuera una estatua de la Obsesión. El Comendador, tal y como lo imagino, está en el salón de un limpiabotas y se acaba de sentar al lado de Don Juan, quien ya estaba allí absorto en sus quimeras. Estaba fumando. Y es que, hoy en día, Don Juan fuma. Se preparaba para una nueva aventura. Necesitaba tener los zapatos limpios. Se trataba de unos preciosos zapatos calados con un picado que muestra un interior color crema sobre el que hay unas palas en color negro y marrón, y un empeine de cuero blanco. Unos pies de arlequín. Con suelas de crepé y tacones de caucho laminado. Unos zapatos para el adulterio y la playa. Una suerte de cierre de seguridad con garantía de silencio. Don Juan le había cogido el gusto a estos zapatos color caramelo y crema tras ver una película hecha en Los Ángeles. Recorrió París entero para encontrarlos y, finalmente, fue en una tienda con restos de colección del barrio de Saint-Georges donde se tropezó con ese par de zapatos que un negro, en un momento de esplendor, había encargado antes de que el alguacil, la cocaína y la indolencia le obligaran a prescindir de ellos. Don Juan apenas si piensa en ello, mientras que el negro está a cien leguas de allí, en algún club nocturno de provincias, entre una silla de rejilla y un posavasos publicitando el licor Tommysette. Don Juan dormita y se balancea, con sus pies a la deriva por las embriagadoras corrientes de betún. Don Juan se deja llevar y se extravía en los motivos rosas de una camisa calada. Con desidia, oye la conversación del limpiabotas con el cliente que está a su lado. Es la cuarta vez que vuelve en el día; en total, serán cinco las veces que ha acudido al salón. Explica que la rue Grange-Batelière está especialmente polvorienta, que uno se ensucia terriblemente en la rue Réaumur. Otro loco más, y, sin embargo, conozco su voz. Al alzar la cabeza, Don Juan reconoce al Comendador. ¡Oh, destino, maniaco destino, aquí estás justo a mi lado! El Comendador luce un Cristo de Portugal, imitando la condecoración de la Legión de Honor. Mi querido señor, había dudado entre este limpiabotas, el del número 12 de este mismo pasaje (rue Chauchat) y el del pasaje Verdeau. Por lo demás, se trata de sucursales de la misma casa, Brondex. Al final, me he decidido por éste, y helo usted aquí, de modo que no me he equivocado. ¿Le importaría que me limpien los zapatos antes que a usted? Tengo una cita, y la colcha de la cama posee una serie de motivos que representan las estaciones y los trabajos de Hércules, incrustados en unos bordados ingleses a modo de ménsula. ¿Ve usted cómo, por precipitarme, he acabado aquí con los zapatos sucios? «Se le está apagando el puro», dice el Comendador, «permítame que le ofrezca uno mío». Momento precioso en el que Don Juan toma el puro que le tiende el espectro. Este espectáculo no podrá durar mucho más: abandono al limpiabotas y me voy a ver al vendedor de sellos.

¡Oh, filatelia, filatelia! Eres una diosa de lo más extraña, un hada con un adarme de locura, y eres tú quien coge de la mano al niño que sale del bosque encantado donde por fin se han dormido, uno al lado del otro, Pulgarcito, el Pájaro Azul,

Caperucita Roja y el Lobo; eres tú quien ilustra las obras de Julio Verne y quien, merced a sus mariposas de colores, transporta allende los mares de colores los corazones menos preparados para el viaje. Aquellos que, como yo, se hicieron una idea del Sudán al ver un rectángulito bordeado de carmín en el que, sobre un fondo fuliginoso, se abre camino un blanco abrigo con capucha a lomos de un dromedario; aquellos a quienes les resultaban familiares el emperador de Brasil prisionero de su cuadro ovalado, las jirafas de Nyasalandia, los cisnes australianos, Cristóbal Colón descubriendo América vestido de violeta, ¡todos ellos me comprenderán sin necesidad de más palabras! Sin embargo, esos monótonos reflejos que lucen en el escaparate del establecimiento que estamos contemplando ya no pertenecen a esas colecciones de premios diversos que solíamos conocer. Eduardo VII posee ya el aspecto de un monarca antiguo. Colosales aventuras han conmocionado a nuestros amigos de la infancia, aquellos sellos unidos a la historia universal mediante mil lazos de misterio. He aquí los recién llegados que tienen en cuenta ese reciente e incomprensible reparto del globo. He aquí los sellos de las derrotas, los sellos de las revoluciones. Desdibujados o nuevos, ¿y a mí qué más me dan? Jamás comprenderé nada del conjunto de la historia y la geografía. Suplementos, recargos, vuestros oscuros enigmas me aterrorizan: me ocultan un soberano desconocido, una masacre, incendios de palacios y la canción de una muchedumbre que se encamina hacia un trono con sus pancartas y reivindicaciones.

No hay sorpresas, el precio lo podemos ver tanto inscrito en la puerta como en el farolillo azul y blanco que pende justo encima de ella, y que se ilumina al atardecer. Quiero hablar con libertad de los gabinetes que separan el Certâ de la tienda filatélica. Ignoro la causa del descrédito en que han caído estos establecimientos. Los hombres tienden a imaginárselos como lugares vulgares y carentes de encanto nostálgico. Si desde la galería miráis hacia el lavabo entreabierto en donde esa encantadora mujer se está maquillando, comprenderéis la verdadera naturaleza de ese lugar concebido para que la belleza se recomponga tras una crisis natural y para cumplir con una necesidad no carente de grandeza. Siempre me ha fascinado el espectáculo del aseo personal de una mujer, en sus detalles infinitos. Hace mucho tiempo, en un gran café al que solía acudir a diario, el pretexto de aquellos estudios de medicina a los que vagamente me entregué de joven y algunos convenientes contactos me habían concedido el privilegio de instalarme en el lavabo de señoras. Y me encantaba quedarme allí, ocioso y complaciente con unas y otras, para ser testigo de las adorables transformaciones de aquellas mujeres que, a la vista de los desaliños obrados por la naturaleza, hacían uso de todas sus artes para restituir su poder de seducción. Las infinitas variaciones de sus portes, sus impresionantes maneras de comportarse, sus pudores e impudicias, e incluso las indecencias que se permitían en algunas ocasiones, a veces su dignidad, hasta su majestad, jamás me cansaba de merodear por aquel lugar de transición en el que se daba rienda suelta al sentimiento de la lujuria. De la diversidad de sus actitudes brotaba un curioso ardor. A menudo las viajeras de

este fugaz tren se encaprichaban las unas con las otras, produciéndose así acercamientos de manos y de labios. Un gesto de la boca alargado por la barra de labios, una nube de polvos cosméticos y vosotras, lilas artificiales, abriéndoos ante mi mirada.

Heme aquí en el umbral del Certâ, célebre café del cual no había terminado de hablar. Encima de la puerta, el lema inscrito en un escudo que luce varias banderas me da la bienvenida:

AMON NOS AUTES

Fue en este lugar donde, un mediodía de finales de 1919, André Breton y yo decidimos que, a partir de entonces, nos reuniríamos allí con nuestros amigos, por nuestro odio a Montparnasse y a Montmartre, así como por nuestro gusto por la ambigüedad de los pasajes y, sin lugar a dudas, seducidos por un desacostumbrado decorado con el que acabamos muy familiarizados, pues fue la sede principal de las sesiones de dadá; fue aquí donde esta temible asociación tramó una de aquellas irrisorias y legendarias manifestaciones que forjaron su grandeza y su podredumbre; era aquí donde se reunía por hastío, ociosidad, tedio; aquí donde se congregaba en medio de una de esas crisis violentas que la convulsionaban en ocasiones, cuando se acusaba de moderación a uno de sus miembros. No puedo evitar sentirme embargado por una suerte de sentimentalismo al hablar de este lugar.

Por lo demás, se trata de un delicioso lugar donde reinan una luz de dulzura, la calma y una paz fresca, tras la pantalla de amarillas cortinas móviles que llegan hasta el suelo y que, sucesivamente, ocultan y desvelan el pasaje a los ojos del consumidor sentado cerca de los ventanales conforme a los movimientos de su mano, nerviosa de tanto esperar, jugando a correr y descorrer su seda plisada. La decoración es allí marrón como la madera, la cual se prodiga por doquier. El fondo del café está ocupado por una enorme barra dominada por una serie de imponentes toneles dotados de grifos. A la derecha, al fondo, la puerta del teléfono y el lavabo. A la izquierda, un pequeño recoveco, del que hablaré más adelante, aparece hacia la mitad de la estancia. La característica esencial del mobiliario de la sala es que las mesas no son mesas, sino barriles. En el salón grande hay dos mesas: una pequeña y otra grande a las que se suman once toneles. Alrededor de los toneles se agrupan taburetes de rejilla y sillones de mimbre: unos veinticuatro de cada especie. Ahora bien, es preciso hacer una distinción, pues prácticamente cada silla de mimbre es distinta de su vecina. Todas ellas cómodas, eso sí, pero en diferentes grados. Yo prefiero las más bajas, aquellas que tienen la parte superior del respaldo de rejilla. En el Certâ uno se sienta a gusto, algo que merece ser subrayado. Cuando entramos, vemos a nuestra izquierda un biombo de madera y, a nuestra derecha, un perchero. Y detrás, un tonel y sus asientos. Contra el muro de la derecha, cuatro toneles y sus respectivos asientos. Después, hacia el lavabo, otro biombo de madera más. Entre éste y el radiador, el

mueble en donde se encuentran las guías de teléfonos, la mesa grande y sus asientos. Desde el final de la barra y hasta la entrada del recoveco de la mitad de la pared izquierda del que hablaba antes, encontramos tres toneles y sus respectivos asientos. En medio, dos toneles con sus asientos. A la entrada del recoveco, una mesita y un sillón. A continuación, entre el recoveco y la puerta del pasaje, al abrigo de ésta merced al biombo de madera, un último tonel con sus sillas. En cuanto al recoveco, hallamos en él tres mesas apretadas en fila con un único banco al fondo, en cuero de imitación, que ocupa todo lo largo de las mesas, unas sillas frente al banco y, en el extremo derecho, un radiadorcito móvil que se agradece mucho en invierno. Sumadle a esto unas plantas de hoja perenne al lado de la barra y, por encima de ella, varias repisas de botellas; la caja, en su extremo izquierdo, pegada a una puerta cerrada con una cortina que, por lo general, está corrida. Finalmente, bien en la caja, o bien sentada por momentos a la mesa del fondo, una amable y bonita señora cuya voz es tan dulce que, lo confieso, en tiempos a menudo telefoneaba a Louvre 54-49 por el mero placer de escucharla diciéndome: «No, señor, nadie ha preguntado por usted», o más bien: «No está aquí ninguno de los dadás, señor». Sin duda, aquí la palabra «dadá» se comprende con un matiz diferente respecto de otros lugares, y con mucha más sencillez. No designa ésta ni la anarquía, ni el «antiarte» ni nada de aquello que tanto atemorizaba a los periodistas^[2], los cuales prefirieron denominar este movimiento con el nombre de «caballito de niño». Ser dadá no es un deshonor, sencillamente se trata de un grupo de asiduos, jóvenes quizás algo ruidosos en ocasiones, pero simpáticos al fin y al cabo. Alguien dice «un dadá» igual que podría decir «un señor rubio». Una característica es tan válida como la otra. De hecho, dadá ha arraigado tanto en las costumbres de este local que un cóctel lleva aquí su nombre.

Quiero consagrar un largo párrafo, a modo de agradecimiento, a las bebidas de este café. En primer lugar, a su oportó. El oportó del Certâ puede tomarse caliente o frío, y existen diversos tipos que harán las delicias de los amantes de esta bebida. Pero el oportó tinto corriente, que vale dos francos con cincuenta céntimos, es tan recomendable que temo no hacerle justicia si hablo de los otros. Lamento mucho decir que cada vez resulta más difícil encontrar un buen oportó en París. Hay que ir al Certâ para beberse uno. El dueño me asegura que sólo tras un gran sacrificio consigue proporcionar semejante oportó a su clientela. Hay oportos cuyo sabor no es malo, pero que son en cierto sentido lábiles. El paladar no los retiene. Se evaporan. No dejan recuerdo alguno. No es éste el caso del oportó del Certâ: cabezón, consistente, con mucho cuerpo y, verdaderamente, *timbrado*. Y el oportó no es aquí la única especialidad. Existen pocos lugares en Francia que posean una gama tal de cervezas inglesas, que van del negro al rubio, pasando por el caoba y todas las variaciones de la amargura y la violencia. Os recomiendo, aunque la mayoría de mis amigos no compartan esta opinión —a excepción de Max Morise—, la fuerte cerveza rubia a dos francos cincuenta: es una bebida de lo más desconcertante. También os recomendaría la Mousse Moka, siempre ligera y muy bien ligada; y, para un uso

general, la Théatra Flip y el cóctel Théatra, ambos olvidados en la lista de precios del siguiente tablón:

“CERTA”

TARIF

DES CONSOMMATIONS

Martini Cocktail	} 3 ^{f.}	Porto Flipp	} 3 ^{f.} 50	
Perfect »		Brandy		
Rose »		Sherry		
Brandy »		} 4 ^{f.}	Egg Nogs	
Champagne »			Fizzes	
Gin »			Sours	
Grillon »			} 3 ^{f.} 50	Sangarees
St. James »		Pick me Up		
Derby »		Kiss me Quick		
Omnium »		} 4 ^{f.}	Pousse Café	5 ^{f.}
Max »	Pêlé-Mêle Mixture		2 ^{f.} 50	
Waller's »	Grillon Cup		3 ^{f.} 50	
Manhattan »	} 3 ^{f.} 50		John Collins Gin	
Oscar »			Brom	
Dada »			Clover Club	
Sherry Cobler	} 2 ^{f.} 50		Mousse Moka	
Champagne »			Florio	
Porto »				
Café Glacé	1 ^{f.} 50			

Whisky

Soda

— 5^{f.} —

Este tablón está situado en la salita, y sobre él figuraba en tiempos un cartel publicitario que anunciaba una bebida cuyo nombre se escapa a mi memoria, un cartel pintado por uno de los antiguos camareros al estilo de los cuadros mecánicos de Francis Picabia, pero ya desaparecido desde hace algún tiempo. Uno de los encantos de los cafés está en los cartelitos colgados por doquier, que son multitud en el Certâ, en los cuales se alaban las virtudes del Martini, el Bovril, el agua Source Carola o el W. M. Youngers Scotch Ale. En ocasiones, se suceden en cascada:

FLIPS. . 8 F. 50

ROYAL FLIP 4 f.

IMPERIAL FLIP 4 f.

Liqueurs 3 f.
Grandes Marques . 4 f.

PORTO CERTA . 2 F. 50
ROYAL 3 F. 50
IMPERIAL. . . 5 F.

Además, todas estas bebidas son excelentes, sin reproche. Y si os apetece un consomé, tomaos un Bovril: os lo servirán acompañado de una sal de apio que deberéis emplear sin miramientos; bueno, ya me contaréis. Que nadie me acuse de parcialidad con respecto al Certâ: por fin le voy a poner una pega. No me gusta demasiado la manera en que te sirven el café de filtro: para quitar el filtro, que es un tarro de metal, sin quemarse, es preciso servirse de las dos cucharillas cruzadas situadas en el asa, lo cual no está exento de dificultad. Lo peor es que el consumidor solitario no tiene ocasión de hacerlo. Después, ¿dónde poner el filtro, que continúa goteando —levemente pero sin cesar—, cuando lo único que tenemos a nuestra disposición es el platillo de cristal grabado en el cual estaba el azúcar? De hecho, si gustamos del café poco azucarado, el terrón seguirá allí; de manera que, bien ensuciaremos la mesa, bien echaremos a perder un terrón de azúcar. Esto es todo cuanto tengo que reprocharle al Certâ, a pesar de lo cual todo lo demás es perfecto. Jamás hace demasiado frío, la casa está bien caldeada; nunca demasiado calor: en verano es como una cueva, y los ventiladores funcionan bien. A excepción de los

sábados por la tarde, el lugar no está nunca abarrotado. La gente es allí amable, incluso indulgente. Y aunque desde hace cinco años no son pocos los camareros que he visto pasar por allí, casi todos eran la encarnación de la cortesía y la discreción, preparaban bien los cócteles, eran más o menos artistas y mostraban agudeza a la hora de hacer ciertos recados. El camarero de ahora, René, entronca con esta tradición. Dibuja esbozos de carteles humorísticos contra las expropiaciones, unos carteles tratados a la manera de las caricaturas panfletarias contra Inglaterra y contra los pantalones con botones en los laterales que tanto gustaban en la época del Directorio. Éste es también el momento de mencionar tanto lo reservado que es el dueño de esta casa como su tacto. Lo he visto salir de varios apuros tratando a consumidores malhumorados o de conducta difícil con una afabilidad que le honra. Merece una suerte mejor que la que le reserva una municipalidad inconsciente que piensa más en ampliar las calles de su ciudad que en preservar y fomentar en su seno una urbanidad excepcional y los dones de una cortesía que vemos desaparecer de los lugares públicos parisinos cada vez más. Espero que, una vez que los demoledores lo hayan ahuyentado de allí, el dueño del Certâ abra en otra parte un café o un bar del cual me complacería ser cliente^[3]. Es agradable y reconfortante sentir alrededor de sí, merced a la discreta inteligencia de un hombre tal, una atmósfera de cordialidad y dulzura como la que se mantiene en el Certâ.

Me gustaría que alguien como él nos sirviera de vivo ejemplo, igual que lo hicieron Vatel o Montagné. No acostumbramos a abordar con un espíritu crítico el papel de los dueños de un bar, cuando son personas que contribuyen de manera efectiva a la preservación de la verdadera civilización.

¡Y cuán sencillo resulta entregarse a la ensoñación en medio de esta paz envidiable! ¡Cómo se abre el camino a sí misma! Es aquí donde el surrealismo recobra su protagonismo. Te dan un tintero de cristal que se cierra con un tapón de champán, y no necesitas más para estar en vena. Imágenes, descendidas con el suave balanceo del confeti. Imágenes y más imágenes, por doquier imágenes. En el techo. En el mimbre de las sillas. En las pajitas de las bebidas. En la centralita del teléfono. En el aire esplendente. En los focos que iluminan la estancia. Nevad, imágenes, es Navidad. Extended vuestro manto de nieve sobre los toneles y los corazones crédulos. Nevad sobre los cabellos y las manos de la gente. Pero si, presa de la leve agitación de la espera —pues alguien está a punto de llegar y ya me he peinado tres veces pensando en ello—, levanto las cortinas de las ventanas, me vuelvo a ver entonces envuelto por el espectáculo del pasaje, con sus vaivenes, sus transeúntes. Extraño ir y venir de pensamientos que ignoro, manifiestos, sin embargo, a través del movimiento. ¿Qué pueden querer quienes vuelven sobre sus pasos? Semblantes, preocupados los unos y serenos los otros. Existen tantos andares como nubes en el firmamento. Con todo, hay algo inquietante: ¿qué significa esa mímica entre aquellos dos hombres de mediana edad? Se dan la vuelta y desaparecen para volver a aparecer allí mismo. De repente, brota en mí la sospecha, y mi mirada se posa de inmediato en

la tienda del vendedor de pañuelos.

Encajonada entre dos escaparates, la entrada principal de la tienda de pañuelos está en la galerie du Baromètre, pero también posee una entrada trasera con otro escaparate, dando ambos al pasadizo que recorre la parte trasera del Hotel Monte-Carlo. El establecimiento está separado de la parte central del restaurante Saulnier sólo por la negra abertura de una escalera que conduce a las plantas superiores, donde se encuentran, como vestigios de una agitación caída en el olvido, las oficinas de *L'Événement politique et littéraire*. La sombra baña todo el pasadizo, y la escasa luz que llega desde el café Biard apenas si ilumina el rincón donde los camareros de los alrededores del hotel apilan algunas sillas de refuerzo. ¿Por qué este anónimo angostillo alberga casi sin cesar a un transeúnte parado? ¿De qué manera la gente se torna allí soñadora, se abisma! Todo en sus semblantes revela que están ahí por casualidad, por pura casualidad. En el otro extremo del escaparate, cuyo contenido se ve oscurecido por unos visillos, la puerta está cerrada. Varios hombres, pese a su aspecto presuroso, encuentran el momento de pasar tres o cuatro veces por delante del hombre que está parado. ¡Aquí llega un policía!, pero se esconde, con el único fin de beberse un trago de la media pinta de cerveza rubia que, furtivamente, un amigo le ha traído del Petit Grillon. Pobres agentes de policía, con qué ojos devoráis el edén prohibido de los cafés. El agente se va. Los señores siguen pasando. Unos llevan bastones; otros, no. Unos lucen bigote; otros, no. En los escaparates de la galería, los pañuelos simétricamente expuestos forman triángulos suspendidos sobre unas enaguas de color oscuro que evitan que las miradas deambulen a sus anchas entre los objetos de la tienda. Extraña colección de pañuelos de batista roja, verde o azul. A decir verdad, no responden éstos a moda alguna, pero son de un mal gusto insoportable, con sus nimios motivos, sus bordaditos exentos de lujo, sus dobladillos negros. Parece imposible que nadie pudiera verse tentado por ellos. En cuanto a las enaguas... ¿de veras hay mujeres que llevan esas enaguas a rayas del color de la ciruela y sus diferentes tonalidades? Difícilmente podemos distinguir el interior de la tienda sin pegar la frente a su escaparate. Apenas llaman nuestra atención un costurero y una labor abandonada a medias en un asiento vacío. En ese preciso instante, vuelve a aparecer la vendedora al fondo, acompañando a un cliente al que yo no había advertido; pero, en cualquier caso, se trata de un hombre de edad, venerable, uno de aquellos a quienes usted, mi querido amigo, con su preciosa educación, le cedería su asiento en el metro. El caballero sale por el pasadizo. La puerta se queda abierta. El anciano me adelanta precipitadamente: ¡anda! Se ha comprado un pañuelo para la chaqueta. ¡Ah, no! Se trata de la cinta de Legión de Honor. La vendedora ha vuelto a sus labores. Se trata de una mujer madura cuyo porte entero irradia dignidad comercial. Una vez más, vuelven a molestarla. Creo que es el caballero solitario del pasadizo. Hablan un poco, ella le indica la parte trasera de la tienda y sólo lo sigue una vez que ha cerrado tras ella la puerta del pasadizo, que no tiene picaporte. En ese momento, un transeúnte que avanzaba hacia la puerta de la tienda se detiene, algo

desconcertado. Luego se pone a andar calle arriba y calle abajo a la espera de que le abran. Desde el Certâ a menudo he observado que la vendedora trata así a sus parroquianos. Sólo les permite entrar de uno en uno: el que entra se queda diez minutos, un cuarto de hora, con la puerta bloqueada, después sale y la puerta se queda abierta hasta la llegada de un nuevo visitante. ¿Coquetería, falta de firmeza? Cuando ya no somos tan jóvenes debemos sonarnos la nariz con frecuencia. La puerta nunca permanece entreabierta durante mucho tiempo; de modo que si queremos entrar, es menester esperar el momento oportuno. En ocasiones he visto a la vendedora hablando con una amiga, la cual suele colocarse en la parte más disimulada de la estancia, dándole conversación sin que podamos distinguir sus rasgos. Pero es tan sólo una amiga y, generalmente, la comerciante acostumbra a estar sola en el establecimiento a la espera de que se produzca alguna venta. Me sitúo en el umbral en cuanto éste se torna practicable. Me quito el sombrero y miro a la vendedora.

¡Alto ahí, desgraciado! Muchas son las iras que, semejantes a aquellos efectos sonoros producidos entre los bastidores de la Grand Opéra, están preparadas para tronar sobre tu cabeza. Con tus declaraciones y tu palabrería ya te has malquistado con los comerciantes de la galerie du Thermomètre y con buena parte de los de la galerie du Baromètre, te has enemistado con aquellos con quienes aún no has hablado pero que temen esa manía tuya de escribir. Toda esa buena gente está sumida en la consternación. Han leído, sin comprender bien, esas páginas que emborronas tan profusa e inexplicablemente, empecinándote en describir, con una intención que no puede ser sino burlesca, esos vericuetos ahora amilanados ante la amenaza de la piqueta que se cierne sobre ellos. Son incapaces de deslindar entre lo que pones de tu cosecha y la realidad. Están tan azorados como un niño ante un espejo deformante. Ándate con ojo, pues llorarán y se enrabiatarán. Jamás habrían podido creer que en una sociedad civilizada la gente tuviera derecho a llamar a cada cosa por su nombre. La palabra «pensión» les parece una garantía contra la expresión «casa de citas», etc. Helos aquí con los pelos de punta porque creen que, de repente, su reputación se ve menoscabada. Los estás perjudicando: ¿qué va a ser de sus derechos en la gran lucha contra la Inmobiliaria del Bulevar Haussmann? ¿Qué ocurriría si, por desgracia, la Justicia leyera este tejido de invenciones y realidades, qué pensaría? «He aquí gente poco digna de nuestro interés», esto es lo que pensaría. Y cada uno de tus epítetos podría rebajar en la misma proporción el montante de las indemnizaciones. Las ancianas señoras que venden bastones en la galerie du Thermomètre creyeron morir de vergüenza cuando leyeron tu descripción de su escaparate. ¡Una alemana en sus pipas de espuma de mar! Por mucho menos se han celebrado consejos de guerra. El otro día hubo una reunión de notables del pasaje: uno de ellos había traído consigo los números 16 y 17 de *La Revue Européenne*^[4], los cuales fueron objeto de un áspero debate. Se sospechó de la doblez y las misteriosas intrigas urdidas por un hombre de negocios del todo inocente que hasta entonces había servido a los intereses del pasaje. El pobre hombre te está buscando para disculparse. Ha ido al Certâ para

ver si estabas allí. Otras de tus víctimas han acudido al café implorando justicia. Querrían conocer a ese hombre, ese enemigo empedernido, ese personaje maquiavélico; ¿qué dirán cuando lo hagan? ¿Qué dirán las abejas a esa guía Baedeker de las colmenas? No es sin amargura como largamente te citan en uno de sus últimos números de *La Chaussée d'Antin*, puesto que, al parecer, has ejercido tu ironía a costa de este órgano de defensa del barrio, precisamente porque se ha ocupado de la causa de los peces chicos contra los tiburones. Es indudable que no te importan demasiado ni la viuda ni el huérfano. Pero tus revelaciones, de las que tú eres el único responsable, dejan estupefactos a estos señores: ¿de dónde has sacado esas cifras? Y, sobre todo, como escriben ellos: «¿Será posible?».

Buena gente que me escucháis, obtengo mis informaciones del cielo. Los secretos de cada uno de vosotros, como el de la lengua o el del amor, me son revelados cada noche, y hay noches que transcurren a plena luz del sol. Pasáis a mi lado, vuestras vestiduras al vuelo, vuestros libros de cuentas se abren por la página de vuestras ocultaciones y fraudes; al descubierto vuestros secretos más íntimos ¡y vuestro corazón! Ese corazón vuestro que es como una mariposa-esfinge al sol, ese corazón vuestro que es como un navío en un atolón, un corazón que es como una brújula desnortada por un trocito de plomo, como la colada secándose al viento, como el relinchar de los caballos, como el mijo arrojado a los pájaros, como ese periódico vespertino que hemos terminado de leer. Vuestro corazón es como la charada que todo el mundo conoce. Así que no temáis ni por mí ni por vuestra reputación y, ahora, si me lo permitís, me adentraré en la tienda de pañuelos.

La señora de la tienda gira hacia mí su cabeza, no carente de majestad. De anchurosas facciones, nariz borbónica, con una piel que, al pellizcarla, notamos ya desposeída de esa elasticidad propia de la juventud, ese abotargamiento del cuello que no es óbice para la delgadez del rostro, unas ralas pestañas rubias y un ojo enrojecido que confiere al conjunto un carácter nocturno, ni una pizca de colorete pero con el polvo de arroz necesario para que pensemos en una dama de compañía o una ama de llaves, su cabello... su cabello necesitaría un párrafo, con esa manera de no plegarse a la moda, de estar teñido discretamente, de no estar recogido en un moño alto —como lo llevan las cajeras— ni lucir sus puntas lisas —como las niñeras—, despacio, la vendedora deja su labor y se encamina hacia mí. Me recreo ahora con su vestimenta. La falda es amplia y algo más corta de cómo se confeccionan hoy en día, al estilo de las que se llevaban hacia 1917, de vuelo, redondeando su cintura. Toda su vestidura es de una media tinta chillona (figuráosla): una suerte de ciruela damascena tirando a rúbea, un tono que, semejante al del vinagre extraído del vino tinto, nos da una idea tan precisa de la vida como las lentejuelas de los feriantes nos la dan de los diamantes. Tira hacia un color de grosella agonizante, de cereza picoteada, se asemeja a esos lazos de las insignias de las palmas académicas que se vuelven de un púrpura más estridente con la claridad... ¡Ah, ya lo tengo! El vestido es un papel de tornasol teñido de rojo por la orina. Por la espalda, el escote de la blusa despeja

meramente la nuca, la cual muestra unos cabellos revueltos, mientras que la escotadura delantera apenas si descubre la especie de tenedor del que sobresalen, con cierta gracia, los tendones que convergen en su cuello. Pero la maravilla de las maravillas es la blusa, obra maestra del encaje en un estilo casi desaparecido. En nuestros días ya no se llevan jubones, cosa que lamento; pero ¿qué podemos decir del falso jubón, que no va suelto, como el verdadero, sino cosido al vestido con pespuntos visibles formando un dibujo? Imaginaos también que, por añadidura, toda la blusa está pacientemente guarnecida de lazos y pasamanería de un verde algo más vivo que el de la almendra y algo más apagado que el de la col. Por si fuera poco, el lazo forma un plisadito recto con motivos que, es inevitable, recuerdan a un caracol y a la decoración de las casas suburbanas. Para acabar de arreglarlo, la mujer de este retrato, digno del pincel de Gainsborough o de Winterhalter, por muy grácil que pudiera ser, apenas si despierta voluptuosidad alguna: su cuerpo se ha deformado impecablemente y, si no fuera porque en su manera de ser hay algo de la inquietud de la lechuza, una suerte de obstinada búsqueda en su mirada, esta persona, señor, podría ser su madre o su mujer de la limpieza.

Lo sé: uno de los principales reproches que me han hecho en el pasado —y que me hacen todavía— sigue siendo ese don para la observación que es preciso observar en mí mientras ese don está en marcha para constatar su existencia y guardarme rencor por ello mismo. A decir verdad, jamás me había creído un observador. Me gusta dejarme atravesar por los vientos y la lluvia: el azar es mi único experimento, así como mi única experiencia. No creo que el mundo me haya sido dado. La vendedora de pañuelos y aquel diminuto azucarero que os describiré si no sois sensatos son los límites internos de mi propio ser, las visiones ideales que tengo de mis leyes, de mis modos de pensar, y que me cuelguen si este pasaje no es sino un método para poder liberarme de ciertas imposiciones, una manera de acceder, más allá de mis fuerzas, a un terreno todavía prohibido. Impongámosle su verdadero nombre, y que el señor Oudin venga a colocar la placa:



El extranjero que lee mi parva guía alza la cabeza y piensa: aquí es. Luego, de manera mecánica, se dirige hacia el punto en donde lo he abandonado para que goce de mi letrero y, dirigiéndose cortésmente a la vendedora frambuesa y pistacho, le pregunta, tras un ingente esfuerzo de la imaginación, cuál es exactamente su tarifa. El precio a él le parece bastante módico, y la señora, igual que un fotógrafo, no permite

que nadie más se encargue de tan delicado asunto. Sin embargo, lo que abisma al visitante en un precipicio de conjeturas es que el precio no es único y que existen, además, tres clases, como en los trenes. Sueña con pedirle un «servicio completo», como hace en la peluquería, al mismo tiempo que se azora. Reflexiona acerca de la idea que se hacía del amor; en un abrir y cerrar de ojos visualiza toda su vida, su cándida infancia, su hermana y sus padres junto a la chimenea, una pintura sobre seda gris representando a Pablo y Virginia huyendo de la tormenta, un corazón atravesado por una flecha y dos o tres habitaciones amuebladas. Entonces, se resigna al simulacro menos caro. Pero ¿acaso he leído bien en sus ojos? Este saqueo de todo cuanto es digno de respeto en favor del ardor tan vivo que le invade en ese instante, esa vil búsqueda de lo efímero sin ilusión de duración, esa ausencia de pretexto que llega hasta el anonimato, el aislamiento del placer, todo ello le excita en extremo y tiene prisa por desaparecer en la sombra, en la que ya vislumbro el movimiento lánguido de unas manos. Extranjero, sigue tu deseo con determinación. Cuentas con mi aprobación, que ya es mucho, créeme. Se pone tenso. Se retuerce. ¡Oh, qué poco ha tardado éste!

¿Qué es aquel murmullo sentimental que se alza? ¿Acaso las butacas de patio se creerán que son los músicos? Hago apología de todas las querencias de los hombres, por ejemplo, la apología del gusto por lo efímero. Lo efímero es una divinidad polimorfa, igual que su nombre. Al estudio de sus sílabas, que resuenan como una leyenda habitada por ojos verdes y duendes, se ha consagrado mi amigo Robert Desnos, ese singular sabio moderno cuyos pliegues cerebrales están surcados por extraños navíos, descendiendo por la escalera de seda filológica en busca de esta palabra tan fértil en espejismos:

EFÍMERO.

F. M. R.

(Folía – muerte – reflejo)

En mí erro.

ES, SÍ, EROS.

Fi ama a ro.

¡Para toda la vida!

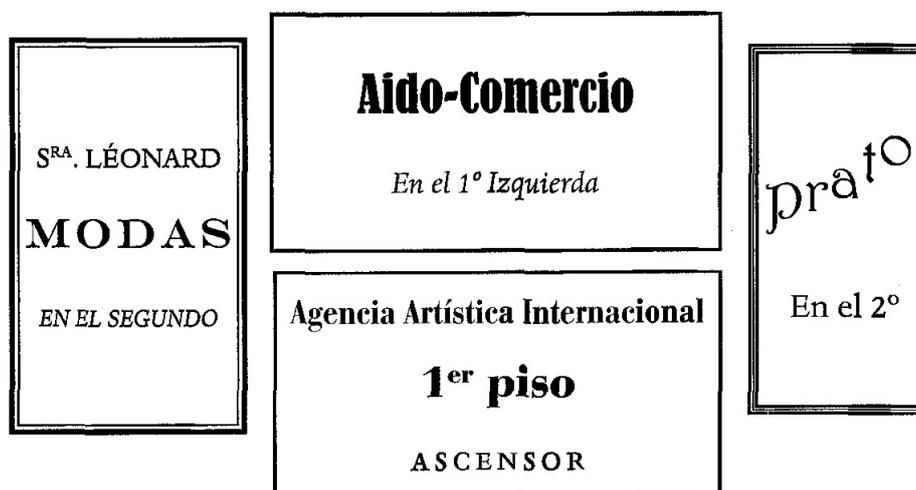
EFÍMERO.

EFÍMEROS.

Hay palabras que son espejos, lagos ópticos hacia los que las manos se extienden en vano. Sílabas proféticas: mi querido Desnos, tenga usted cuidado con aquellas féminas cuyo nombre sea Faënzette o Françoise, tenga cuidado con aquellas

alfamaradas, pues podrían devenir incendios, aquellas damas efímeramente amadas, esas *florencias*, aquellas *ferminas*, pues un mero floreo inflama primero sus pasiones y después su seno. Desnos, apártese de las *fanchettes*.

A vuestra izquierda, en un espacio hecho de baúles, maletas, cajitas, cajas, sombrereras, cajas para transportar cuberterías de plata y botellas de vino, maletas, portaabrigos, carteras, bolsos, cestas y todo el embrujo de los objetos para el viaje, Vodable, a quien ya nos hemos encontrado en la otra galería, ocupa, junto al Certâ, la planta baja del número 17, mientras que, a vuestra derecha, los números 16 y 14, pasada la tienda de pañuelos, están compartidos por un establecimiento pintado de negro, que es la sede social del *Journal des Chambres de Commerce*, y otro de vivos colores, la sombrerería Henriette, cuyos sombreros apenas si sobresalen por encima de la moderna cortinilla que recorre la parte inferior del escaparate. Cuídense los jóvenes que, hechizados por los misterios del lugar, se ponen de puntillas con la esperanza de ver surgir de allí cualquier novedosa y embriagadora inmoralidad: de repente, honestos sombrereros saldrán imprecando, para que el cielo atestigüe la pureza de sus corazones, y reprobando líricamente los vergoñosos comercios de los alrededores, recubriendo de un halo mítico la duda que se cierne sobre los gestos armoniosos del trabajo y la probidad. Diríase que los tres comercios están rematados con un frontón de *L'Événement politique et littéraire*. Avancemos, avancemos allanando el camino, despejándolo de sus enigmas o haciendo que broten de él según nos plazca o nos veamos atraídos por ellos: a la izquierda, el portal del 17 y su tenebrosa escalera están rodeados de carteles, entre los cuales me pierdo:



Diablo de las conjeturas, fiebre de fantasmagoría, pasa tus sulfurosos y nacarados dedos por tus cabellos de estopa y respóndeme: ¿quién es Prato y, en el primer piso, con ese paradójico ascensor, cuál es esa agencia que, debido a mi mente sistemática, no puedo sino concebir como una vasta organización para la trata de blancas? Daos la vuelta y, justo enfrente, veréis ese pequeño restaurante donde, en nuestro camino hacia las profundidades de la imaginación, encuentro los últimos vestigios del movimiento dadá. En una época en la que el Saulnier nos parecía demasiado caro,

envuelto en una atmósfera irrespirable y vulgar, saciábamos nuestros inoportunos apetitos con una cocina grasienta preparada con aceite de coco y acompañada de un decepcionante vino agrio. ¡Cuánta ensoñación y hastío producen estos lugares en los que comemos! El hombre que come en ellos tiene la sensación de estar comiéndose una mesa en lugar de un filete y se irrita debido a los demás comensales —toscos y ruidosos—, las jovencitas feas y tontas, el señor jactándose de su mediocre subconsciente y poniendo al descubierto, sin mucho entusiasmo, las tribulaciones de su lamentable existencia. Otro hombre mueve las patas mal escuadradas de su silla mientras dirige hacia el péndulo estropeado de un reloj toda su impaciencia y rencores. Dos salas: por un lado, una zona de bar hecha de zinc y provista de una puerta que da a una cocina de techo bajo completamente ahumada; por el otro, una sala de restaurante que se prolonga hasta el fondo mediante un recodo en el que sólo caben una mesa, un banco y tres sillas, y que constituye un diminuto patio cubierto destinado a alojar a seis clientes más. Los figurantes del Théâtre Moderne, sus amantes, sus perros y sus hijos son, junto a un puñado de viajeros de comercio, los asiduos de estos asientos. El conjunto —las paredes grasientas, la gente, la pitanza— se parece a la mancha producida por el goteo de una vela.

Pero ¿quién es ese viejo gordo y desagradable que, entre la armería y la peluquería, juega con un aro? Parece que soy el único asombrado. Extraño aro abigarrado con escenas encadenadas a la manera de las estaciones del vía crucis:

PRIMERA ESTACIÓN: el mar, tres conchas, un bosque y la región del Puy-de-Dôme.

SEGUNDA ESTACIÓN: una pepita.

TERCERA ESTACIÓN: la ola, el fuego, una planta de hoja perenne; una figura que representa el egoísmo, suerte de dios desnudo con rayas de tigre, sale de una caracola blandiendo una fórmula telegráfica en la que alguien ha escrito: «¡Soy yo, soy yo!», olvidando, eso sí, mencionar el nombre y la dirección del remitente.

CUARTA ESTACIÓN: una mujer escupiendo flores; en lontananza, el Amor, tocado con un matorral de espinos, se inclina sobre la fuente tranquila. Título: *Olvido*.

QUINTA ESTACIÓN: *la pepita*.

SEXTA ESTACIÓN: varias respiraciones en la puerta del silencio esperan al esclavo que no vuelve.

SÉPTIMA ESTACIÓN: al desgarrarse, el velo permite adivinar el deseo en forma de flamenco.

OCTAVA ESTACIÓN: el flamenco alza el vuelo.

NOVENA ESTACIÓN: el flamenco pierde sus plumas en pleno vuelo.

DÉCIMA ESTACIÓN: el viento.

UNDÉCIMA ESTACIÓN: la pepita al viento.

DUODÉCIMA ESTACIÓN: el egoísmo y el amor, esgrimiendo las armas de un país imaginario, enredan sus cabellos cuando el sol da las doce del mediodía sobre el Puy-de-Dôme.

El extraño viejo se aleja en dirección a los bulevares, golpeando con una varita mágica el círculo ilustrado. Le pregunto al peluquero que está en el umbral de su establecimiento si conoce esta terrorífica aparición:

—¡Me va a decir usted, señor, si lo conozco! —me dice el afable artista—. Es un asiduo de mi peluquería, un tal Sch..., que se pasa la vida jugando a eso que él llama «la rueda del futuro». Le ruego que tenga a bien entrar.

A Gélis-Gaubert, dueño de la peluquería que ocupa los números 19 y 21, lo han descrito en innumerables ocasiones. No hay en todo el pasaje, y casi diría que ni en todo París, un establecimiento que haya constituido para los periodistas un tema más placentero y sencillo dentro del género del reportaje pintoresco y sentimental. «El peluquero de los famosos»: cada tres meses hay alguien que lo descubre y le saca una foto, con sus magníficos bigotes semejantes a la arena, la pimienta y el algodón pólvora. A primera vista, por sus escaparates podemos saber que este peluquero pertenece a la vieja escuela y que ha inventado mil maneras de vivir a costa de su clientela. Pertenece a la época del afeitado de la barba a veinticinco céntimos, lo cual no le procuraba beneficio alguno: devolver la juventud y la frescura a los hombres, emplear su tiempo y sus perfumes, por no hablar del jabón y de todo cuanto un peluquero puede ofrecer, el polvo, aquella piedra que es como un lago helado... Y todo ello para no conseguir más que cinco o diez céntimos de propina. Más le habría valido convertirse en mendigo o, al menos, en ladrón o barrendero de calles. Así las cosas, un buen día el gremio se hartó de esta situación y empezó a ofrecer nuevos servicios: friegas más caras, masajes, tratamientos para cabellos frágiles, tratamientos con vapor y todas sus innúmeras variedades hicieron que la cuenta engordara y la propina alcanzara los tres francos. Cuando un peluquero de la vieja escuela, ya jubilado, acude a afeitarse al local de uno de esos colegas suyos que emplean los nuevos métodos, no cabe en sí de gozo cuando el ayudante anuncia en la caja el gasto que acaba de hacer a sus manos aquel a quien está liberando de sus paños y toallas, al tiempo que le pasa la brocha de pelo de jabalí. Y es que en el local de Gélis-Gaubert todo ha permanecido fiel a la antigua usanza. Hasta principios de este siglo debía de ser sencillo convencer hábilmente a los clientes de que compraran toda la gama de objetos que vemos en su escaparate, para que pudieran llevar una vida entregada al afeitado y el peinado, cuando la manía de este arte o la vocación irresistible se había apoderado de ti, en un momento en que eras demasiado joven como para darte cuenta de tu locura: neceseres y frascos, frascos para el viaje y para la vida sedentaria —los primeros, en sus estuches de madera; los segundos, irradiando sentimentalismo con su esmerilado y ornados en su base con una estrella que es aquello que, a juicio de los

verdaderos amantes de estos objetos, les concede valor—; los guantes, los peines plegables y los irrompibles, de celuloide y de pasta —combustibles cada cual en su grado—, de cuerno y de metal; las limas y todo cuanto hace de la manicura una suerte de magia blanca; los maquillajes y los filtros del espanto; los jabones verdes, rosas, amarillos o de ese negro translúcido propio de la melaza que recuerda las voluptuosidades de la canícula, cuando el sol las acompaña y en la tierra y las esteras de paja del suelo han desaparecido bajo unos pies crispados y exhaustos; y los cepillos de dientes, los dentífricos, las sales para la migraña y los vapores, los colirios, las cremas milagrosas. A uno y otro lado de la puerta, los dos escaparates presentan en su parte superior dos hileras simétricas de estanterías, la primera de las cuales contiene botellas de *velouté naturel*, mientras que la segunda contiene Glykis. Jamás he probado esta última especialidad de la casa, loción para la piel que debe su nombre de nereida a su hermoso color esmeralda. En cuanto a la otra, que es un líquido hidratante que se emplea después del afeitado, me la han puesto aquí, y he de decir que es una maravilla. Tomillo y lavanda, el olor natural de las montañas, y no el de aquellas arrogantes montañas que no albergan más que hielo y plantas venenosas, sino aquellas otras colmadas de resina y arándanos, donde vemos casas de campo adornadas melancólicamente con quesos azules; todo en el *velouté naturel* se asemeja a un paisaje matutino antes de que los árboles se hayan sacudido de encima su manto nocturno, un paisaje para las mejillas que, en medio de este táctil fresco, se abandonan al vértigo de los paseos en automóvil por el bosque, no olvidéis tocar la bocina: curva peligrosa. ¿Y cómo describir ese escaparate de esponjas que corona este establecimiento nacido al final del romanticismo, cuando se abucheaba la pieza teatral *Los burgraves* y se abandonaban los castillos encantados? Esponjas en botes, esponjas sueltas, de texturas más variables que el viento, más variables que la piel de las mujeres, tan sumamente finas como una toalla de nido de abeja, o porosas como las grutas sonoras de los mares donde los tritones, tocados con algas verdes, se desperezan sin cesar, esponjas henchidas de las penas del agua. Conocí a un hombre que amaba las esponjas. No acostumbro a emplear este verbo en su sentido más amplio. Como iba diciendo, ese hombre amaba las esponjas. Las tenía de todos los tamaños, de todos los calibres. Rosas, azafranadas, purpúreas. Algunas de ellas eran tan suaves que no podía evitar morderlas. Sumido en el mayor de los delirios, en ocasiones destrozaba las más hermosas para acabar llorando por sus esplendores dispersos. Otras las lamía. Algunas no osaba siquiera tocarlas, pues eran las reinas, las más distinguidas. A otras sencillamente se las tiraba. Tengo un amigo que, en sueños, también hacía el amor con las esponjas, pero se limitaba a cogerlas y apretarlas con sus manos: ya veis lo fácil que es.

El interior de la tienda se compone de una primera sala donde se venden artículos de perfumería, que es donde está la caja, y una segunda dividida por dos hileras de tocadores. La claridad que entra por la lucerna revela un amplio espacio: un sentimiento de grandeza, que ya casi hemos perdido con el alza de los valores de

arrendamiento, sigue reinando en el lugar, haciéndonos sentir como si viviéramos en un palacio. Una parte entera de esta inmensa sala está consagrada a la espera de los clientes, aun cuando éstos no suelen sumar más de dos. Pueden quedarse junto a aquellos a quienes están afeitando o alejarse de ellos, pueden elegir su rincón para leer o simplemente pasar el rato, o pasear a lo largo y ancho. Una escalera les distrae con su voluta. Por último, decoran sus paredes un sinfín de recuerdos, pues por aquí pasaron todos aquellos a quienes, durante medio siglo, una falsa gloria, o quizás una verdadera, condujo hasta los alrededores del bulevar, donde la fama, acompañada de sus toques de trompeta, se adquiere y se pierde con suma facilidad: Grévin, Meilhac, Granval, el propio Morny y los Goncourt, cientos de caras que uno querría abofetear, cientos de tipos grotescos y ambiciosos, cientos de cupletistas, cientos de bailarines, cientos de escritores, cientos de parásitos, con sus barbas, sus bigotes, sus patillas y sus melenas, todos ellos prodigando en la sala sus fotografías y sus firmas. Y hay gente que sólo será eterna para estas paredes. Sin embargo, algunos de ellos, los que eran pobres, pagaban al peluquero a su manera: así fue como, si no recuerdo mal, uno de ellos ofreció un cuadro de Horace Vernet y cómo un tal Gustave Courbet, quien profesara ideas anarquistas y partiera un día rumbo a El Cairo, saldó su cuenta con un cuadro de su cosecha, el cual está ahí abajo, a la derecha.

Arrigoni, un restaurante italiano, está situado a continuación de Gélis-Gaubert, donde ocupa los números 23, 25, 27 y 29. Ya sabemos lo que son los restaurantes italianos de este barrio en el que tanto abundan: en éste, en concreto, se come bastante bien, pese a que sus precios son relativamente elevados y aun cuando el personal de servicio es algo estirado para el nivel de la comida que sirve. En la armería que está enfrente, el extranjero que llega a París con la cabeza colmada de ideas de un mundo galante y ligero, el extranjero que busca Montmartre y que a menudo ha gozado poseyéndose a sí mismo ante una fotografía del Moulin-de-la-Galette, encontrará quizás un extraño alimento, preferible a los *ravioli* y la *minestrone*, un alimento que jamás se le habría pasado por su voraz y lánguida imaginación: fusiles con sus culatas. Imaginad que podrá contemplar aquí una pieza única: ¡una carabina de cañón estriado provista de un proyectil que es un arpón para cazar ballenas! ¿No se dejará seducir por esos espejuelos, por esas trampas para lobos? Igual que yo, se preguntará qué es ese insólito aparato rematado con un disco de goma, e igual que yo no encontrará la respuesta. Sentirá deseos de tocar los perdigones colocados en los compartimentos numerados, estando reservados los de menor número para los perdigones de mayor calibre. En un blanco colocado con alfileres sobre una vieja guía telefónica, admirará la siguiente inscripción explicativa, acompañada de la bala nueva por un lado, y por el otro, de la deformada, así como del agujero que ésta es susceptible de hacer:

Esta bala
disparada sobre una guía de teléfonos

atraviesa más de 1000 páginas.
Se deforma de tal manera
que todo animal alcanzado por ella
se queda en el sitio.

Puede ser disparada
con un fusil de doble cargador,
con cualquier pólvora,
incluso la pólvora T.

DEFORMACIÓN DE UNA BALA DISPARADA CONTRA UNA GUÍA TELEFÓNICA

Finalmente, ¿qué le parecerá este fascinante recorte publicitario en el que aparece un perro saludando a otro con la siguiente inscripción?

¡BUENOS DÍAS, QUERIDO AMIGO!
¿Ya ha cogido sus galletas
MOLASSINE?

Acompañado, además, de los siguientes comentarios:

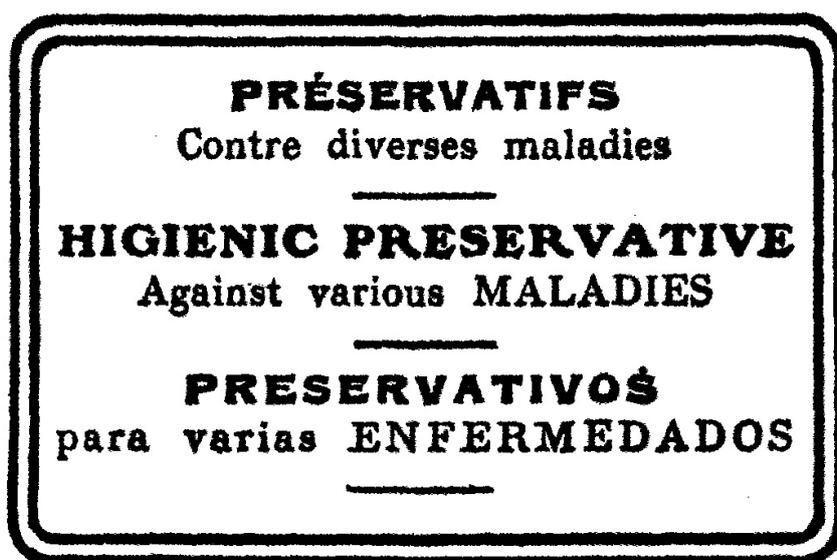
MOLASSINE { **dogs &**
puppy } **biscuits**

Después de la armería, viene el proveedor de champán de S. A. R. el duque de Orleans. Posee cuatro escaparates, los cuales inspeccionaremos desde los bulevares hacia el interior del pasaje: el primero de ellos alberga Chianti, Lacrima Christi y Malvoisie; el segundo, Chianti, Lacrima Christi y Asti; el tercero contiene unos radiadores eléctricos de cobre rojo. El cuarto, al otro lado de la puerta, no aloja más que champán con los escudos de armas de los reyes de Francia. En el escaparate de los radiadores, están los planos y dibujos de varias villas simadas en Domfront-en-Champagne (Sarthe), a tres minutos de la estación en la línea principal entre París y Mans. Finalmente, un cartel anuncia al amante del vino lo siguiente:

UNA RAREZA: CALVADOS 1893
Embotellado
TRAS DIECIOCHO AÑOS EN BARRICA

Hemos llegado a la esquina del segundo pasadizo que comunica las dos galerías, el que desemboca al final de la galerie du Thermomètre.

Esta esquina, así como el extremo de la galería, al otro lado del pasadizo, está ocupada por un ortopedista y especialista en vendajes al que no bastan sus dos locales para su heteróclito negocio. Pegado al vendedor de champán, mirad cómo despliega sus hermosas manos de madera, las unas, articuladas, las otras, de una única pieza; además de bastones, muletas, ventosas y barras mentoladas contra la migraña. ¿Y podría alguien explicarme este crimen pasional: dos manos cortadas en un bidet? Vendas para hernias de todos los tipos, simples o dobles, con sus mullidas compresas sujetas con una trabilla metálica; vendas para las hernias de los adultos y vendas para las hernias de los niños. En el establecimiento del fondo del pasadizo, encontramos todos estos elementos junto a otros tantos: medias elásticas, medias para las varices, calzoncillos y bragas, jeringas, peras de succión, fajas para las señoras, rosas, rojas, blancas, de goma, de seda, de dril; irrigadores, clipsopompas, jeringas de clister, fumigadores, cánulas, jeringuillas, bolsas de agua caliente, calentacamás, lavaojos, probetas y otras vasijas de vidrio graduado, tubos de ensayo, etc., y un anuncio del Conservatorio Renée Maubel. Un cartel trilingüe anuncia lo siguiente:



Un curioso orgullo, un lujo exagerado nos es revelado de repente: he aquí las vendas herniarias para los domingos. El arte interviene a la altura del disco compresor: se trata de motivos ornamentales, entre los que incluso se encuentra la cabeza de un gladiador dorado y plateado sobre un fondo de cuero rojo. A buen seguro, el herniado no podrá resistirse al placer de enseñar, de vez en cuando, esta joya tan íntima como bárbara. Un diminuto esqueleto dorado, constituido únicamente por piezas con las que la industria humana puede sustituir la obra divina sin destruir la economía de Dios, cuelga en medio de este bazar de curiosidades: está casi entero este gnomo metálico y brillante, este esquema de nosotros mismos. Y, a ambos lados de éste, ¡qué magnífica versión moderna de los dioses antiguos se nos brinda! Dos estatuillas pintadas, de piel rosada y cabellos y pelos negros, representan a Apolo y

Vulcano, luciendo —cuando no en el brazo, en la pierna; y cuando no en la cabeza, en la tripa— vendas y piezas articuladas que reproducen los gestos clásicos del Belvedere y el Etna. Hemos llegado así al punto extremo en el que, orgulloso de sus ilusiones, vanidoso como su sonrisa, el hombre de pecho granate ya no reconoce los límites de sus sentidos ni de su alma, de manera que retoca los dioses, los sustituye con su propia persona, erige, al final de un nebuloso pasaje, en el punto exacto donde convergen las corrientes de aire, allí donde la huida se ve favorecida por la sombra y la arquitectura, paradójicos templos consagrados a sus errores y enigmas. Aquí el hombre se deleita en una suerte de onicofagia intelectual: se alimenta de una comida arsenical que es su misma sustancia y su propio veneno. Dejemos que eche un último vistazo a ese pasadizo exiguamente iluminado por la mugrienta ventana que separa al especialista en vendas del limpiabotas, justo enfrente de las dos escaleras, una de las cuales conduce al bar del Théâtre Moderne; una última ojeada a la cocina del Arrigoni, que justo da a la esquina del pasaje; y después, amo y esclavo de sus vértigos, dejémoslo que lleve consigo estos vértigos hasta el número 27 triplicado, cuya puerta, situada entre la cocina del restaurante y la entrada del teatro, está ornada con un lacónico reclamo:

MASAJE
en el 2º piso

Escalera sombría, eres tú la que conduces al florecimiento del mundo. En el segundo piso, a la izquierda, leemos esto:

SRA. JEHANE
MASAJE

La puerta se abre tras llamar al timbre. La madama, rubia y arrugada, nos apremia para que entremos. Son diez francos y la voluntad para la ancianita. Una vez atravesado ese vestíbulo donde dos son multitud, a vuestra derecha escucharéis un murmullo; pero es por la izquierda por donde os conducen, a través de un pasillo estrecho y oscuro —cuidado con el escalón—, hasta la puerta de la habitación: ya estáis dentro. ¡Vamos, señoras! No vienen más que dos de ellas, están vestidas; elegís a la menos alta, una rubia con el pelo corto y rizado, que exhibe un diente de oro a uno de los lados de su boca. Las demás se evaporan. Os da un sumario beso y dice: «Espera, me quito el chascás y vuelvo». Y desaparece. El cuarto está sucio, pero ¿qué mas da? El deseo que os ha arrastrado hasta aquí es imperioso. La cama, ancha y baja, es prácticamente el único mueble de la estancia, donde algunas sillas,

tambaleantes, polvorientas y guarnecidas con flecos envejecidos, pueden todavía servir como auxiliares para las partes no interesadas en el asunto. Un tapete de terciopelo cubre una chimenea de lo más ramplona. Una cortina cuelga detrás del sofá, que está situado entre la ventana y la chimenea. Entre la ventana y la cama, una puerta en desuso que no cierra bien y por cuyas rendijas se filtra la luz exterior. Vulgares estatuillas pasadas de moda y algunos cuadros, dos de los cuales se imponen sobre los demás: el que está colgado encima de la cama y el del fondo del cuarto. Se trata de dos grabados, en resumidas cuentas, bastante castos; sin duda, dos antiquísimos suplementos del ilustrado *Le Soleil du Dimanche*. Parecen haber sido realizados por la misma mano. Uno representa a una pareja situada a la derecha en un prado; él y ella engalanados con románticos ropajes al estilo de Romeo y Julieta. Ambos parecen estar dominados por una natural languidez. Y es que el prado entero, habitual terreno donde las mariposas nos brindan el espectáculo de sus iridiscentes bailes, está hoy tomado por amorcillos alados que, en el mayor de los desórdenes, flotan en el aire, mientras otros dan volteretas en la hierba y los más maliciosos se cuelgan de las calzas del joven, muy circunspecto él, o susurran algo a los oídos de su amada. El segundo grabado, al igual que el anterior de color negro, representa una alcoba cuyo cortinaje está desastradamente raído y donde duerme una hermosa joven, ajena, pues hace calor, al hecho de que su sábana se ha deslizado, dejando aflorar un púdico seno que pronto quedará al descubierto por completo. Está soñando. Y son los mismos amorcillos los que la visitan, cual nube de polen, retozando entre las cortinas, en el suelo de la habitación y hasta en la adorable sombra de su alborotada mata de pelo. Mi irracional instinto me dice que el secreto que guarda la contención de estos grabados los torna preferibles para decorar semejante lugar a esas licenciosas imágenes que solemos encontrar en los hogares de la gente de más alta alcurnia. Una suerte de espíritu *poético*. Pero ¿dónde me he cruzado yo con esta poesía? En el momento en que voy a pronunciar su nombre, penetro una verdad fundamental: hoy es la sombra de Théodore Banville la que reina en París sobre la más vil de las prostituciones. Envidiable suerte para un poeta, después de todo, la de haber legado así su alma a los pequeños lupanares clandestinos. Ha valido la pena lograr que los niños en el colegio se aprendan de memoria un poema en el que el laurel habla en primera persona. La puerta se abre y, con sus medias como único ropaje, aquella a quien he elegido avanza hacia mí, melindrosa. Estoy desnudo y ella se ríe, pues ve que me gusta. «Ven, querido, te voy a lavar. Sólo tengo agua fría, ¿me disculpas? Aquí es así». El encanto de unos dedos impuros purificando mi sexo; sus senos son pequeños y alegres; su boca ya me es familiar. Placentera vulgaridad, el prepucio se tensa con sus cuidados, y a ti estos preparativos te provocan un regocijo infantil.

Con mucha frecuencia me acusan de exaltar la prostitución, e incluso, puesto que algunos días se me conceden poderes sobre el mundo entero, de ser cómplice de sus vezos, lo cual tampoco les impide sospechar de la idea que, *en lo más íntimo de mi ser*, podría yo hacerme acerca del amor. ¿Y qué pasa? ¿Acaso no es palmario que

siento por esta pasión un gusto y un respeto tan inconmensurables —únicos, añadiría con voz queda— que ninguna repugnancia me puede apartar de sus más humildes y menos dignos altares? ¿Acaso no se está subestimando la naturaleza del amor al creerla incompatible con este envilecimiento, esta absoluta negación de la aventura, la cual, a pesar de todo, sólo a mí me pertenece —yo, ese hombre que se arroja al agua renunciando a toda mascarada—; una aventura que embriaga con su aroma a quien ama de veras? Denuncio aquí una mentira, una hipocresía que ni siquiera aquellos cuya alma se ha visto conquistada por una mujer deberían jamás respaldar: ¿acaso vuestras relaciones, vuestras aventuras, tan estúpidas y banales, esas cuyo curso no osaría interrumpir ni aun cuando un vértigo más profundo se adueñara de vuestra zozobra; acaso estas miserables argucias, con sus virtuosas necedades, el pudor y la idea de eternidad, no son sino lo que yo encuentro en un burdel cuando, tras haber deambulado por las calles con una preocupación creciente, por fin abro la puerta de mi libertad? Que los felices me lancen la primera piedra: ellos no necesitan la atmósfera en la que yo rejuvenezco, preso como estoy de unas tribulaciones que, sin cesar, han ido aniquilando mi existencia con el recuerdo de antiguos hábitos, y cuya huella, con cada una de sus pisadas, sigue estando impresa en mi corazón. ¿Qué me importa que un hombre, orgulloso de haber logrado acostumbrarse a un único cuerpo, pueda considerar como una especie de masturbación el placer que, en ocasiones, encuentro aquí cuando, por ejemplo, tras haber estado varios días sin dinero, y una vez recibida mi paga, una suerte de sentimiento de solidaridad con el pueblo se apodera de mí para, brutalmente, empujarme a los brazos de estas mujeres? Mis masturbaciones valen lo mismo que las suyas. Y hay un encanto que, si bien indefinible, se puede experimentar: me parecería estar hablando en chino si tuviera que explicaros lo que me conduce hasta aquí cuando no lo habéis experimentado, o cuando para vosotros esto es como ir a un *music-hall* un tanto especial después de haber bebido con los amigos para —conforme a una leyenda del Palais-Royal— correr una juerga. Todavía hoy atravieso estos umbrales con una emoción semejante a la que sentía en mi época de estudiante, con una capacidad singular para la excitación. Comoquiera que no soy dado al humor subido de tono, a la hora de ir a un burdel, sólo concibo una manera de hacerlo: sin compañía y con la mayor gravedad. Persigo allí un inmenso deseo abstracto que en ocasiones irradian las pocas figuras que jamás he amado. Se despliega una suerte de fervor. Ni por un solo instante pienso en el aspecto social de estos lugares: la expresión «casa de tolerancia» no puede ser pronunciada con seriedad. Antes al contrario, es en estos refugios donde me he librado de una convención: en plena anarquía, igual que decimos a pleno sol. Oasis. Nada me sirve ya de este lenguaje, estos conocimientos y esta educación mediante los cuales me instruyeron para la vida en el seno de la sociedad. Espejismo o espejo, un vasto encantamiento luce en medio de esta sombra y se apoya en las chambranas de la desolación imitando la pose clásica de la muerte que acaba de dejar caer su sudario. ¡Oh, imagen mía de hueso, aquí me tienes! Que al fin todo se

descomponga en este palacio de ilusiones y silencio. La mujer abraza mis deseos, se anticipa a ellos y, despersonalizando de súbito mis instintos, señala mi rabo con naturalidad y me pide, con la misma naturalidad, lo que a *ella* le gusta.

Llaman a la puerta. Entra otro visitante, mas yo no derrocho una sola palabra mientras le conducen hacia una habitación cercana. Bromas picantes, alusiones a lo que viene a hacer aquí: no cabe duda de que es un asiduo. Y la misma voz que repite: «Vamos, señoras». Igual que la luz que entra por debajo de la puerta, los suspiros atraviesan las paredes de cartón. Mientras me vuelvo a vestir, mi compañera, alzando las cortinas por encima del sofá, escruta la cavidad que éste oculta. Se turba: «¡Oh! No es más que un armario!». Esta frase es suficiente para despertar mis sospechas. En fin, me habrán estado espiando: viejas historias de *voyeurs* me vienen a las mientes. No haré nada por averiguar la verdad.

El 29 bis es el Théâtre Moderne. Por esta estrecha escalera que rodea una taquilla acristalada, accedemos a la parte más baja del primer piso, cuya salida al pasadizo ya hemos visto, mientras que, a la misma altura, esa escalera nos conduce al despacho del director, situado a la derecha del guardarropa, más allá de una suerte de recibidor al fondo del cual se encuentran los aseos, que no son más que unos cuchitriles miserables y sucios. En vista de que si se entra al bar es menester consumir, la mayoría de los espectadores lo contemplan desconsoladamente desde la entrada. El lugar es de color naranja, donde se baila al son del piano. Está dotado de un rinconcito para beber. Vemos allí a las damas del escenario y a sus hombres. Flota en el aire la esperanza descabellada de encontrarse con un americano o un viejo que se deje desplumar y las rescate de allí. Diríase que nos hallamos en una provincia alemana: una destartalada imitación, pero sin decoración expresionista, del Scala de Berlín. Unos escalones más arriba, entramos en la sala.

¿Alguna vez el Théâtre Moderne conoció una época de esplendor y grandeza? A la vista de que los días de máxima afluencia acuden allí treinta espectadores, uno piensa en la suerte de estos teatrillos, de los cuales la gente no se cansa de decir que son verdaderos tesoros. Chicos de quince años, algunos hombres robustos y otros a quienes la casualidad ha llevado hasta allí se precipitan hacia las butacas más alejadas del escenario, que son las menos caras, mientras que las verdaderas joyas de ese tesoro, profesionales y actrices entre dos escenas, se diseminan por las butacas de veinticinco francos. En ocasiones, un comerciante de vacuno o un portugués, aun corriendo el riesgo de sufrir una apoplejía, se dan el capricho de una entrada en primera fila para poder contemplar de cerca las pieles femeninas. Se han representado aquí obras de mérito desigual: *L'École des garçonnnes*, *Ce coquin de printemps*, así como una especie de obra maestra, *Fleur de péché*, que sigue siendo el modelo del género erótico, lírico por momentos, y que nos gustaría que fuera el objeto de las meditaciones de todos aquellos estetas que se desviven por crear obras de vanguardia. Este teatro, cuya única finalidad y medio es el propio amor, es, sin duda, el único que nos presenta una dramaturgia sin trucajes y verdaderamente moderna. No hará falta

esperar mucho para que los esnobs hastiados del *music-hall* y de los circos se abalancen como una plaga de langostas sobre estos desdeñados teatros, en los que la necesidad de dar de comer a unas cuantas chicas y a sus chulos, además de a dos o tres mantenidos enjutos, ha creado un arte tan fundamental como el de los misterios cristianos de la Edad Media; un arte que posee sus convenciones y sus audacias, sus reglas y sus contrastes. El tema más explotado en sus obras sigue el siguiente modelo: en un serrallo, una francesa criada por un sultán se halla sumida en un profundo hastío, a la espera de que aparezca por allí para divertirla un aviador que haya tenido que aterrizar a la fuerza o un embajador; el visitante ve contrariado su amor por la ridícula pasión que despierta en la cocinera o en la sultana madre, mas todo ello rematado con un final feliz. Cualquier pretexto, ya sea una fiesta en el harén o un álbum fotográfico hojeado al son de una canción, basta para justificar el desfile de cinco o seis mujeres desnudas que simbolizan las diferentes partes del mundo o las razas del Imperio otomano. No falta aquí ninguno de los grandes recursos de la comedia antigua: el malentendido, el disfraz, el despecho e incluso el tema del doble. El propio espíritu del teatro primitivo queda en él salvaguardado por una comunión natural entre la sala y la escena debida, bien al deseo o a la provocación de las mujeres, bien a esas conversaciones que se entablan en razón de las toscas risas del auditorio, sus comentarios, las broncas de las bailarinas al público grosero y las citas acordadas al amparo de la oscuridad; unas conversaciones que, en definitiva, brindan un encanto espontáneo a un texto monótono que se recita unas veces a grito pelado, otras balbuceado o en voz baja, o que simplemente se lee deprisa y corriendo, sin disimulos. Unos pocos caracteres constantes forman la base, bastante restringida, de esta fauna dramática: una especie de arpía, un picaro tonto, un príncipe afeminado, un héroe salido de *La Vie Parisienne*, una fauna exótica que posee una idea trágica del amor, una mujer parisina con una práctica y una filosofía amorosas conforme al más puro estilo de los bulevares, algunas mujeres desnudas, una o dos sirvientas o mensajeras. La única moral es la del amor; y el amor, la única preocupación: los problemas sociales sólo podrían aflorar en él en tanto en cuanto constituyeran una excusa para la exhibición carnal. La troupe no está bien pagada, de manera que se toma ciertas libertades en sus papeles; vive de las aventuras. Es también áspera, como una verdadera compañía de *artistas*, e intolerante con las bromas o los abucheos. En los entreactos, los defensores naturales de las intérpretes llevan aparte a los aficionados a las bromas pesadas: «¿Qué te ha hecho a ti esta criatura?». No hacen sino defender su propio alimento.

Mi paseo llega a su fin en esta Alhambra de putas, al pie de estas fuentes, de estas confusiones morales que están marcadas a la vez por la zarpa del león y los colmillos de sus chulos. El gesto a la antigua de la esclava que se acuerda de la rue Aubry-le-Boucher mientras interpreta su papel: «¡Salve, mi ama!» y el coro canta:

Éste es el mes de Venus

éste es el mes más hermoso

(sacrilegio de falsas perlas y taparrabos guarnecidos de lentejuelas), este gesto congela el encaje árabe de piedras rosas en el que ni el rostro humano ni los suspiros encuentran el espejo o el eco que tanto anhelan. La mente cae en la trampa de estas redes que la arrastran sin remedio al desenlace de su sino, ese laberinto sin minotauro donde reaparece, transfigurada como la Virgen, el Error, con sus dedos metálicos, mi melodiosa amante, mi patética sombra. La red que envuelve su cabellera realiza una magnífica pesca de cuchillos y estrellas. Las supersticiones alzan el vuelo a la manera de los vencejos para volver a caer en forma de piedras lanzadas poderosamente contra semblantes inciertos, a lo largo de los caminos mal alumbrados de la noche. ¿Qué ha sido de mi pobre certeza, de aquella que tanto me importaba, en este vasto vértigo en el que la conciencia es un mero rellano de los abismos? No soy más que un momento de la eterna caída. Jamás volveré a hacer pie.

Es el mundo moderno el que abraza mi forma de ser. Se está gestando una gran crisis, un inmenso desconcierto empieza a adquirir forma. Lo bello, lo justo, lo verdadero, lo real... Éstas y otras tantas palabras se están haciendo añicos en este cabal instante. Sus contrarias, una vez aceptadas, pronto se confunden con ellas mismas. Una única materia mental al fin reducida en el crisol del universo, donde tan sólo existen los hechos ideales. Lo que, como un relámpago, me viene a la cabeza es mi propio ser. Y desaparece. No podría pasar nada por alto, pues soy el paso de la sombra a la luz, del mismo modo en que soy el ocaso y la aurora. Soy un límite, una línea. Que todas las cosas se mezclen al viento, esto es cuanto tengo que decir. Y lo que me envuelve es una ola: la onda perceptible de un tremor.

EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA EN BUTTES-CHAUMONT

EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA EN BUTTES-CHAUMONT

Ausschauende Idee

I

En aquella época tan maravillosa como sórdida, casi siempre prefería consagrarme a las preocupaciones del tiempo antes que a las ocupaciones de mi corazón, vivía al azar, me entregaba a la búsqueda del azar, la única divinidad que había sabido conservar su prestigio. Nadie había instruido diligencias contra él, incluso había quienes le otorgaban un inmenso y absurdo encanto, llegando a confiarle el cuidado de sus más ínfimas decisiones; de manera que me abandoné a él. Los días pasaban en esta especie de bacará giratorio. Una idea de mi propio ser era todo cuanto albergaba en la cabeza. Una idea que, con la misma suavidad que naciera, apartaba de sí los ramajes. Una palabra olvidada, una canción. Una idea que sentimos ligada a todo nuestro ser y, como una forma que, linterna en mano, va en busca de otra en mitad de la noche —miradla cómo viene y va—, tomamos el menor pliegue en la tierra por un hombre, un arbusto o una luciérnaga. En medio de aquella calma y aquella zozobra que se sucedían alternativamente y eran, a la sazón, todo mi cielo, pensaba yo — como otros piensan del sueño— que las religiones son crisis de personalidad, los mitos de los verdaderos sueños. En un grueso libro alemán había leído la historia de estos ensueños, de estos seductores errores. Yo creía que habían sido derrotados, creía ver que, poco a poco, habían perdido su poder efectivo sobre el mundo que me rodeaba, el cual me parecía estar preso de obsesiones totalmente nuevas y diferentes. A costas con mi precaria verdad, no reconocía yo los dioses en la calle, sin saber que toda verdad sólo me esperaría allí donde antes me hubiera conducido mi error. No había comprendido que el mito es, por encima de todo, una realidad y una necesidad del alma; que es el camino de la conciencia, su cinta mecánica. Aceptaba, sin espíritu crítico, la creencia común de que el mito es, al menos por un instante, una figura del lenguaje, un medio de expresión: frente a éste prefería yo con locura el pensamiento abstracto, cosa por la que me felicitaba. Hombre enfermo de lógica, desconfiaba de las alucinaciones deificadas.

Y, sin embargo, ¿qué era aquella necesidad que me animaba, aquella querencia que sentía, aquel desvío de la distracción que el entusiasmo me procuraba? Sentía la profunda fuerza que algunos lugares, algunos espectáculos ejercían sobre mí, sin que,

no obstante, pudiera descubrir el principio de tal encantamiento. Había objetos cotidianos que, a mi juicio y de manera incuestionable, participaban en el misterio y me sumían en él. Me gustaba este arrobó, el cual sabía poner en práctica pero cuyo método ignoraba. Lo busqué en el empirismo. Sin embargo, mis esperanzas de encontrarlo allí se veían a menudo truncadas. Poco a poco, comenzó a aflorar en mí el deseo de conocer el lazo que unía todos aquellos placeres anónimos. Estaba convencido de que la esencia de aquellos placeres era toda una metafísica, de que implicaba una suerte de gusto apasionado por la revelación. Un objeto se transfiguraba bajo mi mirada, sin que por ello éste adoptara un aspecto alegórico ni un carácter simbólico; aquel objeto no era tanto la manifestación de una idea como la propia idea. Aquel objeto se prolongaba así profundamente en la masa del mundo. Abrigaba la viva esperanza de poder tocar una de las cerraduras del universo, ¡si tan sólo se deslizara el pestillo! Asimismo, me parecía que el tiempo no era ajeno al embrujo del que yo era presa. Conforme el tiempo se prolongaba en la misma dirección en la que yo avanzaba a diario, el influjo que estos elementos dispares ejercían en mi imaginación aumentaba día a día. Comencé a comprender que la naturaleza de su reino era consecuencia de su novedad y que sobre el futuro de ese reino brillaba una estrella mortal. Así pues, se mostraban a mis ojos como tiranos transitorios y, en cierto sentido, como los agentes del azar en lo concerniente a mi sensibilidad. Una vez que hube sucumbido al vértigo de lo moderno, alcancé por fin la lucidez.

Modernidad. Esta palabra se funde en la boca antes incluso de ser pronunciada. Sucede lo mismo con todo el vocabulario relativo a la vida, el cual no expresa un estado, sino el cambio. Tuve que convencerme de la insuficiencia del pensamiento puro para explicar aquello que me poseía. ¿Cómo pude haber deducido el sentido del misterio de la posibilidad lógica? Con todo, tal era el camino que seguía que no podía dejar de lado el consultar su mapa y, en sus meandros, mil veces sorprendido, comenzaba a adivinar una suerte de presencia a la que todo me movía a llamar divina. Lo que me llamaba la atención del razonamiento que me conducía hasta allí era que éste no tenía su origen sino en ese pensamiento figurativo que, como ya he comentado antes, tanto desdeñaba. Recuerdo una escalofriante figura de cera en una peluquería, con sus brazos cruzados sobre el pecho y el cabello desgreñado bañando su ondulado permanente en el agua de una copa de cristal. Me viene a la memoria una tienda de pieles. Recuerdo la mímica extraña del electroscopio de hojas doradas. ¡Oh, sombreros de copa, durante una semana habéis tenido para mí el negro aspecto de un signo de interrogación! En el umbral de la emoción sensible, cualquier nadería podía inducirme a pensar que en mi restrictiva y concreta idea de cada cosa hay más certeza que en la intuición absoluta que de ella tenía. La cosa duró poco. Luego, a partir de ese momento, empecé a descubrir, sin esfuerzo alguno, el rostro de lo infinito en aquellas formas concretas que me acompañaban en mi camino por las avenidas terrestres.

Invitado así por mí mismo a integrar lo infinito en las apariencias finitas del universo, empecé a adquirir la costumbre de recurrir a una suerte de tremor, el cual me aseguraba precisión en esta ambigua operación. Llegué a considerar este estremecimiento como una prueba efectiva, y su naturaleza me atormentaba. Con otras palabras, ya he dicho que consideraba su naturaleza metafísica. La relación íntima que, en mil circunstancias, yo descubría así entre la actividad figurativa y la actividad metafísica de mi mente, que se manifestaban de concierto ante mi conciencia, me indujo a reconsiderar las creaciones míticas que antaño yo había condenado de tan sumaria manera. No pudo pasar demasiado tiempo antes de que comprendiera que la esencia de mi pensamiento, la propia evolución de mi pensamiento era un mecanismo en todo punto análogo a la génesis mítica y que, ciertamente, no me habría sorprendido si, de pronto, mi mente se hubiera fabricado un dios, por efímero e inconsciente que éste pudiera ser. Me pareció que el hombre está colmado de dioses como una esponja en mitad del cielo. Esos dioses viven, alcanzan su cenit y mueren, dejando a otros dioses sus perfumados altares. Son los principios mismos de toda transformación de todo. Son la necesidad del movimiento. Así pues, me paseaba embriagado en medio de miles de concreciones divinas. Me puse a concebir una mitología en movimiento. Sería más exacto llamarla «mitología moderna». Fue con este nombre con el que la imaginé.

II

Muchos son los embelesos de la leyenda moderna y, seguramente, siempre haya alguien dispuesto a poner en evidencia su infantilismo, como el del Olimpo o la eucaristía. No prestaré oídos ni al escepticismo ni al temor de la vulgaridad. Lo que, por encima de todo, me interesa son los signos externos de un culto, la representación figurativa de sus divinidades, de manera que dejo a los expertos sus agudas interpretaciones de las más bellas historias; historias que el hombre ha sabido vincular al cielo. Atravesaré estos vastos campos sembrados de estrellas.

Cuando recorro los campos no veo sino oratorios desiertos, las cruces del calvario abatidas. El peregrinar de la humanidad ha abandonado aquellas estaciones, las cuales exigían una velocidad distinta del paso humano actual. Aquellas vírgenes... los pliegues de sus vestidos implicaban un proceso de reflexión en nada compatible con el principio de aceleración que gobierna hoy el tránsito. Entonces, ¿ante quién se detendrá el pensamiento contemporáneo a lo largo de esos caminos cercados por nuevos peligros, ante quién rebajará la velocidad adquirida y el sentimiento de su fatalidad? He aquí los grandes dioses rojos, los grandes dioses amarillos, los grandes dioses verdes clavados al borde de las pistas de la especulación, a lo largo de las cuales el espíritu va de un sentimiento a otro, de una idea a su consecuencia en su carrera por culminar. Una extraña estatuaría preside el nacimiento de estos

simulacros. Antes los hombres casi nunca se habían deleitado en un aspecto tan bárbaro del destino y de la fuerza. Los escultores sin nombre que erigieron estos fantasmas metálicos ignoraban estar plegándose a una tradición tan viva como la que trazaba las iglesias con planta de cruz. Estos ídolos comparten entre sí un parentesco inquietante. Abigarrados con palabras inglesas y otras de reciente creación, con un solo brazo largo y flexible, una cabeza luminosa sin rostro, un pie único y una rueda numerada en el vientre, los surtidores de gasolina en ocasiones tienen el aire de las divinidades de Egipto o el de esos poblados antropófagos que sólo aman la guerra. ¡Oh, Texaco Motor Oil, Eco, Shell, grandes inscripciones del potencial humano! Dentro de poco nos santiguaremos ante vuestras fontanas, y los más jóvenes entre nosotros perecerán por haber contemplado a sus ninfas en la nafta.

Ahora que hemos tumbado el relámpago a nuestros pies como si de un gato se tratara y que, intrépidos como el águila, hemos contado en su rostro las rúbeas máculas del sol, ¿quién será el depositario de nuestra latría? Otras fuerzas ciegas han nacido en nosotros, otros temores mayores, y así es como nos postraremos ante nuestras hijas, las máquinas, ante las diversas ideas que, confiadamente, hemos fabricado una mañana. Quienes entre nosotros preveían esta mágica dominación, quienes sentían que no extraía ella su principio del principio de utilidad, creyeron reconocer en ello las bases de un nuevo sentimiento estético.

Cándidos, confundían lo bello y lo divino. Pero he aquí que las razones profundas que subyacen a este sentimiento plástico y que florecieron en Europa a principios del siglo xx comienzan a manifestarse en plenitud y a desenmarañarse. El hombre ha delegado su actividad en las máquinas. Por ellas ha perdido su facultad de pensar. Y son ellas, las máquinas, las que piensan. En la evolución de este pensamiento han superado la función prevista para ellas. Han inventado, por ejemplo, los inconcebibles efectos de la velocidad, los cuales modifican hasta tal punto a quien los experimenta que sería difícil, de hecho sería arbitrario, decir que esa persona es la misma que vivió en un mundo de lentitud. Lo que entonces se apodera del hombre ante ese pensamiento derivado de su propio pensamiento, aquello que se le escapa y que crece, aquello a lo que nada detendrá jamás, ni siquiera esa voluntad suya que él consideraba creadora, aquello no es otra cosa sino el terror pánico, un terror cuyas trampas creía haber burlado, presuntuosa criatura que se jactaba de pasearse sin él en medio de la negrura. Una vez más, en el origen de este terror encontraréis el antagonismo del hombre que se contempla, que se contempla a sí mismo en el proceso de su existencia y de su pensamiento en continuo proceso de cambio. Naturaleza trágica de toda mitología. Hay una tragedia en esencia moderna: una especie de enorme volante que gira sin estar dirigido por la mano.

Todo cuanto en el hombre hay de más extraordinario, de vagabundo y de extraviado seguramente podría resumirse en estas dos sílabas: *jardín*. Ni siquiera cuando comenzara a engalanarse con diamantes o a soplar instrumentos de cobre, jamás se le ocurrió proposición tan extraña ni idea tan desconcertante como cuando inventó los jardines. Una imagen de solaz yace en la hierba, al pie de los árboles. Parece como si el hombre, inmerso en un espejismo de surtidores de agua y de senderos de grava, redescubriera ese paraíso legendario que no ha olvidado nunca por completo. Jardines, por vuestras curvas, por vuestro abandono, por la pendiente de vuestros senos, por la languidez de vuestros meandros, sois el aspecto femenino del espíritu, a menudo estúpidos y malos, mas no por ello cesáis de ser pura embriaguez, pura ilusión. Cercado por vuestros setos de boneteros y entre vuestras guirnaldas de boj, el hombre se transforma para retornar a un lenguaje de caricias, a una puerilidad de regadera. Él mismo, al agitar sus húmedos cabellos, es la regadera del sol. Es el rastrillo y la pala. Es el trozo de una piedra. Jardines, os parecéis a los manguitos de nutria, a los pañuelos de encaje, a los bombones de licor. En ocasiones, os aferráis con vuestros labios a los balcones; los tejados los cubrís como animales y maulláis en lo más profundo de los patios interiores. He dormido en vuestras piraguas: mi brazo extendido, las diminutas hormigas huyendo por la tierra. Las flores formaban celajes en el cielo. El banco verde añoraba el Nilo, donde ante él, en su huida, unos enormes echarpes blancos hollaban el suelo ardiente. He jugado en vuestro césped y, de un puntapié, he lanzado mi corazón entre el cielo y el infierno. Ante vuestros arriates he agitado mi pañuelo como un emigrante a punto de zarpar. El barco se aleja ya. Entre las jarcias del jardín, los deseos más simples, los encantos de la tarde se secan con mi camisa. En su testamento, el sol nos deja una maceta de geranios.

Esta noche, los jardines erigen sus enormes y penumbrosas plantas, que parecen campamentos nómadas en el corazón de una ciudad. Unos cuchichean y otros fuman en silencio sus pipas, mientras que otros no caben en sí de amor. Los hay que acarician las blancas murallas, los hay que se acodan en la necedad de las cercas en tanto que las mariposas nocturnas revolotean entre sus capuchinas. Hay un jardín que es un adivino que te echa la buenaventura; otro es un vendedor de alfombras. Conozco las profesiones de todos: cantante callejero, pesador de oro, ladrón de praderas, saqueador, piloto en el mar de los Sargazos, tú, marino de aguas dulces, tú, tragador de fuego, y tú, tú y tú, vosotros, vendedores ambulantes de besos, charlatanes y astrólogos, con vuestras manos llenas de falsos presentes, imágenes de la locura humana, jardines de musgo y de mica. Todos reflejan las vastas tierras sentimentales por donde deambulan los salvajes sueños de los urbanitas. Todo cuanto en la memoria de los adultos subsiste de la atmósfera de los bosques encantados, todo vestigio de su fe en los milagros, todo cuanto respira en su aliento del perfume de los cuentos de hadas, todo ello se revela bajo la deplorable y demente apariencia de esos paisajes mediocrementemente inventados, sacando a la luz al hombre y su disparatado

tesoro de abalorios intelectuales, sus supersticiones, sus delirios. El hombre se acuclilla aquí, en medio de todas las piedras redondas que ha podido hallar y las cuenta. Y sonrío: está contento. Ha hermoñado asimismo los árboles con bolas de cristal; ha vertido agua en el hueco de un peñasco. ¿Qué dirán las mujeres de todo esto? Se muerde las uñas y se ríe. Cuando se eche una siesta en la hamaca, experimentará, al mismo tiempo, el sueño de la muerte y la paz de los cementerios. Basta que un pájaro cante para que le asomen las lágrimas a los ojos. Se emociona y se balancea en medio de esta cretina representación de la felicidad. Seis y tres de vergeles, doble blanco de terrazas, ¿está jugando al dominó o está siguiendo una liturgia primitiva? Se ríe plácidamente junto a las fucsias.

Quienes se han pasado la vida viajando, quienes han encontrado el amor y conocido sus regiones, quienes se han abrasado la barba en el Sur o congelado sus cabellos en el Norte, aquellos en cuya piel han obrado todos los soles y los vientos, aquellos que fueron una mascada en la boca del océano, entre sus arrecifes y salivas, los sirvientes del humo, los piojos de la vela, los hijos del tornado cuando, al final de su larga pesadilla, regresan, con un loro al hombro, sus pies prediciendo los temblores de tierra, no tienen sino un único anhelo: tener un jardín. Entonces, en las periferias mentales donde relegamos a aquellos viejos monstruos atormentados por las perfidias del mar, las palmeras enanas, los alhelíes y los bordes de una concha evocan para ellos el infinito. Y la mujer que viene de los confines del placer, la que fue una silueta, un labio mordido, la que tocaba a hombres desconocidos y permanecía, bajo un farol, en la inmensa penumbra argentada de las ciudades, allí donde dan vueltas los perros, los cuchillos y las romanzas, la mujer que adquiriría la forma del deseo, una vez que ha abandonado por fin el abanico de caricias, como premio a sus sollozos y sus comedias, no pide más que un fondo de vegetación sobre el que perfilar el absurdo resto de sus días. Para todos estos oscuros corazones que me rodean, la eternidad comienza una tarde en un jardín. Largaos, viejos locos hacinados en vuestros parterres, atados a vuestras flores, en plena barbarie. Largaos, mis semejantes. Vosotros, ¿mis semejantes? La sola idea de que así sea hace que mis mejillas sangren de vergüenza. Que el toldo del cielo os cubra por siempre jamás, que disimule ante mi mirada vuestra tranquila borrachera, vuestras resedas, vuestros sillones de mimbre claro. Que el pájaro carpintero del tiempo que golpetea vuestras sienes perfore vuestros tímpanos con una cascada de picotazos. Los tejados rojos se desploman para dar ejemplo a vuestra sangre. ¡Oh, dóciles corderos, si todavía no habéis renunciado a toda dignidad humana, ha llegado ya el momento de vuestra muerte, puesto que tanto os deleitáis cuidando vuestros jardines!

IV

Con frecuencia han llamado mi atención las diversas rarezas del estilo de vida de los

hombres. El hecho de que reproduzcan sobre lienzos aquello que captan sus ojos y, especialmente, el mar, las montañas, los ríos. O que viajen. O que les gusten los jardines. Presentía que tan dispares pasiones debían de poder ser expresadas con unas pocas palabras, de manera que las busqué; es más, las encontré: el vago sentimiento que les embarga cuando están ocupados en estas actividades, algo análogo a esa inquietud que me invade cuando los veo en acción, y que ellos denominan el «sentimiento de la naturaleza». Aun cuando jamás me había preguntado a mí mismo si tenía o no este sentimiento, a este respecto interrogué a varias personas célebres por tenerlo y por descollar en él. Enseguida advertí que de la naturaleza no poseían sino un conocimiento vulgar que apenas me satisfacía y que sólo estaban especializados en el propio sentimiento, ignorando por completo su objeto. Por tanto, comencé, a solas, a examinar la idea de naturaleza.

Habiendo meditado un poco acerca de ella, tras haberla confrontado, mal que bien, con las ideas más corrientes que me hacía del universo, hube de reconocer que la idea de naturaleza no había sido comprendida en sentido amplio, el filosófico, sino en un sentido estrictamente estético, el que sólo atañe a aquellos objetos de los que el hombre está ausente; una antigua acepción de una palabra que nos llega de aquella época en que la obra humana era tildada de fea, era repudiada por su padre y opuesta por él a una obra divina distinta y de la cual no se sentía formar parte. Así pues, en un principio, me pareció que ésta no debía de interpretar papel alguno en esa concepción mítica del mundo moderno a la que me adhería. Sin embargo, el análisis de los mitos nuevos pronto me obligó a retomar este asunto. Aun cuando unos nuevos hayan sustituido a los antiguos mitos de la naturaleza, aquéllos no pueden oponerse a ellos, pues los nuevos extraen su fuerza y su magia de la misma fuente que los antiguos, en razón de lo cual, e igual que los antiguos, los nuevos son también mitos, motivo éste por el que aquello que me maravilla de ellos es su prolongación en toda la naturaleza; y es precisamente el reconocimiento de esta prolongación lo que los torna sagrados y les concede este poder sobre mí. Reconocí ante mí mismo no encontrar un atisbo de razón en este sentido partitivo de la palabra «naturaleza». Yo no la empleaba sino para expresar, en una sola palabra, el mundo exterior. Y esto se adaptaba mejor a la representación de aquel mundo exterior que me había formado, aquel constructo de mi mente a modo de límite de esa mente; un límite que, de manera equivocada, creo descubrir mediante un mecanismo que es justo el de la conciencia. El mundo penetra en mi conciencia poco a poco y de manera intermitente, lo cual en absoluto quiere decir que el mundo me haya sido dado, que sea algo externo a mí. *Soy yo quien me lo he dado a mí mismo* a partir de un punto de partida que he elegido para él, igual que el matemático elige su postulado inicial. De mí nace su necesidad. Así pues, la naturaleza es por completo mi máquina: mi ignorancia respecto a ella, el solo hecho de que pudiera ignorarla, es un simple acto de inconsciencia, igual que el matemático, quien pese a saber a la perfección que puede alcanzar su ciencia desconoce sus consecuencias. De esta manera, la experiencia sensible se me presenta como el

mecanismo de la conciencia, mientras que enseguida veremos en qué se ha convertido la naturaleza: la naturaleza es mi inconsciente. Para expresarme en términos corrientes, diré que se trata de algo que mis sentidos me confían pero que sigue perteneciendo y formando parte de la naturaleza. Sin embargo, sólo de manera muy discontinua, me doy cuenta de ese lazo que une los datos aportados por mis sentidos —algunos de esos datos— con la propia naturaleza, con el inconsciente. Esta exquisita conciencia de la existencia de un tránsito es el tremor del que hablaba^[5]. El objeto que nos brinda la oportunidad para ese estremecimiento es el mito, en el sentido que le otorgo a esta palabra.

Tras haber alcanzado estas iluminaciones acerca de la naturaleza, de los mitos y de sus lazos, sufrí una suerte de fiebre que me empujó a buscar esos mitos. Los suscitaba. Me deleitaba en sentirme rodeado por ellos. Vivía en una naturaleza mítica que se iba multiplicando. En medio de todo aquello, me preguntaba qué es el sentimiento de la naturaleza. La primera idea que nos viene a la cabeza está todavía unida a ese sentido erróneo de la palabra «naturaleza» que he abandonado. Esta idea^[6] está en estrecha conexión con el monoteísmo cristiano y los demás teísmos de él derivados. Implica, como ya he dicho, la oposición entre la obra divina y la obra humana. Es en las épocas en las que los paganismos ceden su protagonismo a lo maravilloso cristiano cuando observamos cómo ese sentimiento, con sus imperiosas características, irrumpe en el arte. Pero ahora que el cristianismo está a su vez en retroceso con respecto al lugar que ocupaba en la fe humana, nada sostiene ya el sentimiento vulgar de la naturaleza, el cual ha quedado denigrado. Es menester que ceda su lugar a un movimiento que esté en íntima relación con el pensamiento filosófico del siglo, pues creo poder afirmar que ese sentimiento de la naturaleza ha quedado en todo punto desvirtuado. El sentimiento de la naturaleza: comprendámoslo, de una vez por todas, conforme a su sentido general y nuevo, aquel que le otorga la verdadera acepción de la palabra «naturaleza», que es, como ya hemos visto, el sentido del mundo externo, mientras que para mí es el sentido del inconsciente. Es preciso que nos pongamos de acuerdo en lo que a esta última expresión se refiere.

A decir verdad, no podemos imaginar la existencia de un verdadero sentido del inconsciente si nos limitamos a su concepción general. A lo sumo, lograríamos tener de él un conocimiento abstracto, o más bien una intuición lógica. Mas si consideramos que lo consciente no extrae sus elementos sino del inconsciente, nos vemos obligados a convenir en que lo consciente está contenido en lo inconsciente. Se trata entonces de un sentido o dirección que va desde lo consciente al inconsciente, un sentido cuyo punto de partida es figurativo en tanto que su prolongación es lógica^[7], invadiendo así nuestro espíritu entero, un sentido al que justificadamente podremos denominar «sentido del inconsciente». Si nos remitimos a mi definición del mito, comprobaremos que este sentido en todo punto se confunde con el sentido mítico; es más: de hecho, es el propio sentido mítico. Y su descripción

nos explica su poder y sus efectos.

Así pues, el de «sentimiento de la naturaleza» no es sino otro nombre del sentido mítico. Al principio de todo esto, deseoso de señalar la profunda ignorancia en la que había estado sumido y de la que me había repuesto, expresé la misma idea, pero en negativo: «No había comprendido que el mito es el camino de la conciencia, su cinta mecánica». He de añadir que el mito es la única voz de la conciencia —me refiero a lo que está más allá del dominio de la intuición lógica—, y que si esta verdad repugna a nuestra propia conciencia se debe a que ésta jamás se piensa a sí misma, a que no es capaz de imaginarse a sí misma en sus formas cambiantes, sino que se imagina fija, de alguna manera estática y, en consecuencia, externa al inconsciente, independiente. Que esta orgullosa conciencia recoja velas: no es ella más que una modalidad y si sobrevive, se debe a que en cada punto luce la marca de la muerte. Ella es el fénix del espíritu, condenado al fuego eterno.

Llegado a este punto de mis reflexiones, me vino al pensamiento considerar el rodeo que había dado para llegar hasta aquí. Noté un cierto aire fortuito mezclado con la necesidad. Lo que me había llevado de un sitio para otro, lo que me había empujado a otros tantos, todas aquellas verificaciones acerca de mí mismo eran fruto de encuentros, de circunstancias que parecían por completo ajenas al propio asunto del debate: citas fallidas, leves decepciones, viajes. Estaba sentado en un vagón, o en un lugar donde había gente bailando y cualquier nadería volvía a poner en marcha una idea que ya se había abierto paso en mitad del oscuro silencio. En otra ocasión, de manera lo suficientemente ligera como para que me olvidara de los detalles, tuve la impresión de haber desatendido uno de los temas más caprichosos de mi ensoñación. Se trataba de la antigua idea de la naturaleza. Me dije que, después de todo y dejando a un lado el lenguaje, podríamos preguntarnos si no existía un sentimiento mítico concreto, eficaz aún hoy, restringido a aquello que antaño fuera la naturaleza. ¿Existen mitos naturales modernos? Así se formuló la pregunta. Me pareció que, sin embargo, siempre se podía prever que sólo una suerte de retórica podría distinguir esos mitos, y de manera muy artificial, de los otros mitos y que, en caso de que existiera, este sentimiento moderno de la naturaleza no era explicable sino merced a la noción que había adquirido del sentido mítico general. Durante algún tiempo me consagré a nimias nociones que no me iluminaron acerca de casi nada. Después me di por vencido y, durante seis meses, me dediqué a otros menesteres hasta que, un día, de regreso a casa, encontré, sentado en una silla y fijando en mí su mirada, al tedio, ataviado con su aterrador uniforme.

V

Dulce mujer de los vientos, tú que haces palidecer las luces, tú, cuyos puros cabellos llegan ilegalmente hasta mis ojos surcando un camino jalonado por cometas, una vez

más Alcíone, encantadora Alcíone de sedosas pestañas, permíteme renovar el mito de Mødler. Que el aguijón metafórico de la pesantez, rubia arborescencia de los abismos del cielo, atraviese tu seno una vez más, que te penetre, desnudez de amianto, que te inyecte de nuevo el veneno del deliquio. Así, de vez en cuando, en el corazón del carrusel, la mano que atesora las atracciones planetarias suelta el nudo que ata los globos del sol. Las líneas de fuerza caen en el centro de las pléyades y, bajo esta lluvia, Alcíone sonrío. El fulgor de sus dientes ilumina la tierra durante un segundo. En ese cabal instante es cuando sueño y veo en el aire el espectro absurdo de mi suerte.

Ese espectro es el tedio, ese hermosísimo joven boquiabierto que se pasea con un cazamariposas para atrapar peces rojos. En su bolsillo guarda un podómetro y unas tijeras para las uñas, naipes y toda suerte de juegos basados en ilusiones ópticas. En voz alta lee los anuncios y los letreros. Se sabe de memoria los periódicos. Relata historias que a nadie hacen reír. Roza sus ojos con una mano tenebrosa. «¿Verdad?», dicen los franceses cada dos por tres. Pero la terrible coletilla con la que él acompasa su palabras es: «¿Para qué?». No hay interruptor eléctrico que no pulse. No hay casa que no visite, como tampoco hay umbral que no atraviese ni libro que no compre. ¿Para qué? Todo ello sin curiosidad ni placer, porque, después de todo, es preciso hacer algo y, después de todo, ya que estamos, lo hacemos. ¿Y qué era ese todo que se hincha en la voz que lo pronuncia?

Nada

Nada que, verdaderamente, mereciera que nos mordiéramos así los dedos tras un engaño. Escuchad la canción del tedio al son de un célebre aire, la canción célebre al son de un aire tedioso.

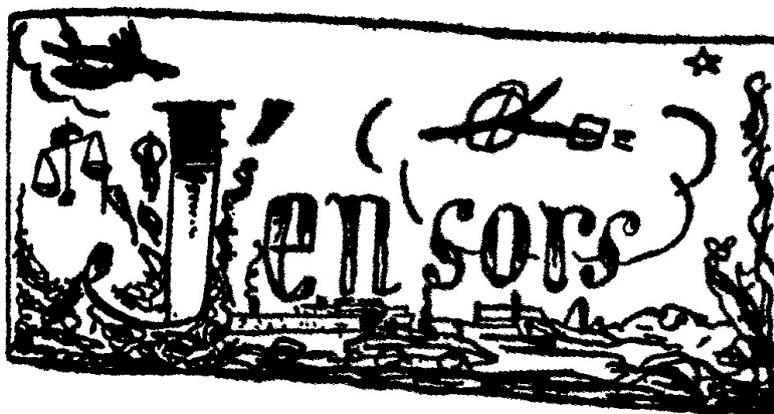
Para Para Para qué
Para qué Para qué
Para Para Para qué
Para Para qué qué qué

Ad libitum:

Pa Pa Pa - Pa Pa Para qué.

El tedio observa a la gente que pasa por la calle. Abandonándose a su suerte, entra

en un café: una vez que lo ha hecho, el asunto acabado, sale y a otra cosa, la que sea. Entra en casa de una chica: el asunto acabado, sale y a otra cosa. Perturba una vida: el asunto acabado, sale de esa vida y a otra cosa. Parece que mata bien el tiempo. Podría incluso matarse, acabar consigo mismo:



Acabo conmigo, salgo, me quito de en medio: éste es el segundo verso de la canción.

Así, aquel día, el tedio estaba sentado a mi mesa como si buenamente se sintiera en su casa. Se había arremangado la camisa cuando comenzó a leerme unos breves relatos que había escrito:

«La epilepsia había conocido, en un árbol de hélice, a un cestero que deliraba en su casa. Ella le ofreció colibríes. En poco tiempo aprendió a ser la dueña de su pereza, que era cuanto ella deseaba. En tanto que duró el dinero, mientras lo engullía bajo el sol, las ramitas de mimbre amenazaban con tornarse contrabandistas, como su padre. El guarda rural de noches oscuras no se habría contentado con el pan y el agua sin la verde hierba y la varita. Mas el sueño de las ruedas de la carreta le asaltaba una y otra vez con una precisión matemática toda vez que la persiana golpeaba a aquel niño maleducado, único heredero de la casa Vientos y Cía., comisión exportación».

El tedio se detuvo, me miró y siguió leyendo:

«Madera disfrazada, eso es la hipocresía que, guarnecida de lentejuelas, sirve de traje a aquellas jóvenes que están en la cuerda floja y se suicidan al alba con puñales en sus sonrisas y catástrofes en sus dedos. Bajo las piedras hallarás de nuevo los soles dañados por el uso de los estupefacientes que me han entregado unos enormes escorpiones, de los cuales tan sólo puedo ver sus patas, pero cuya sombra total me revela su presencia sobre mi cabeza, allí donde mis cabellos se trenzan con las preocupaciones relativas a la idea de la muerte. Hoy, lunes, la muerte es una nadadora cuyo sexo puedo ver moviéndose en la plata merced a la claridad del magnesio.

»Bajo su traje de baño estrellado el placer ha trazado una nervadura semejante al dibujo rameado de un niño balbuciente. Al tocarla, el agua se torna fósforo. Esta noche, la muerte se llama Lucie. Sigo su estela, allí donde los leves fulgores de las casas perdidas en los campos se alternan con las hogueras de la Inquisición y los fuegos de los naufragos. En mi ayuda viene la noche, la cual se despliega siguiendo

una elipse cuyo eje se desplaza a medida que mi espíritu logra comprender su ley, pareciéndose así, de manera sorprendente, a un vestido que cae de un cuerpo columbrado por casualidad a los pies de las farolas. ¡Que se sirvan las piedras en bandejas de caricias; y los asesinatos, en los vagones del metro! Como decía, penetro en el seno de esa camelia que conozco desde hace tantos años, la imposibilidad de volver a hallarme por la mañana sentado a la mesa en la que ofrecí mi plegaria al sueño. Ya aparecen por el Levante imponentes leones emitiendo una increíble melodía con sus rugidos. Ya se abren las ventanas de la aventura, y es en este cabal momento cuando comienza la cruzada del beso y de los pájaros. Se aproxima una bandada de silencios. Parece aclamar a alguien en un espejo. Es la huelga de hambre, con sus espléndidos manguitos, y la sombra del confesor me entra por un ojo para salir por el otro. Que me caiga una maldición, sacerdote, si no eres otra cosa que la tentación del peligro.

»Te ríes como una loca y las barreras se derrumban. Cartón, cartón, modistillas. En todo momento las casas de costura azotan nuestra cabeza con estas plagas. ¿Se trata de verdaderas libélulas? Soy víctima de su despliegue. Tras el diluvio de pensamientos, las manos que estuvieran juntas se dispersan por los tejados y, al pie de los pararrayos, encuentran a la misteriosa pareja que se acaba de unir bajo un plátano por la necesidad de huir vestida de oficial de policía».

De repente, el tedio se levantó y me echó de mi habitación. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de visitar a mi amigo André Breton.

VI

En 1924, cuando el hombre, al borde del agotamiento de sus recursos y tras haber examinado a fondo su curiosidad y esas diversiones algo simples que había heredado de sus padres, trataba de distraerse mediante algo que estuviera en relación con los acontecimientos que estaba viviendo, no le quedaba más remedio que restituir a la vida ese color trágico que estaba tan de moda aquel año, en el que las catástrofes fueron la moneda corriente de aquellos días. De ahí aquella ola de sinceridad heroica y el éxito de aquellos jueguecitos que le brindaban la oportunidad de manifestarse: el juego de conceder sobresalientes por las cualidades y suspensos por los defectos de cada cual; el juego de la verdad forzosa; el juego de las preferencias, todos los cuales entrañaban dramas, al tiempo que ayudaban a devolver a aquellos pensamientos que se habían tornado inoperantes en la vida en sociedad tanto la eficacia como la capacidad ofensiva primordial en la que hallan su origen las rupturas, los celos, las sospechas y las ruinas del amor y la amistad. Siempre he observado que estas ocupaciones supuestamente inocentes dejaban una duradera huella en quienes a ellas se consagraban y que, después de todo, aquellas personas encontraban su verdadero placer, a pesar de que lo negaran, en esos estragos y en sus imprevisibles

repercusiones. Flotaba en el aire un cierto gusto por el desastre que, con su luz, bañaba y coloreaba la vida: toda *la Modernidad* de los tiempos que corren, esta función de la duración, adquiriría a la sazón un acento que pronto se tornaría curioso y, en cierto sentido, inexplicable.

A los postres de una cena en casa de André Breton, encontré, bajo unos cuadros que fijaban en sus paredes la magia de lo pasajero, a varias personas que habían pasado toda la tarde en aquel lugar de convergencias entregadas a los juegos que he mencionado hace un momento. Se encontraban sumidos en el estupor que invade a los jugadores cuando ya no tienen ganas de proseguir y lo único que desean es considerar el conocimiento que pueden extraer de aquel ejercicio una vez terminado. La asfixiante atmósfera que flotaba sobre sus cabezas daba la sensación de que nada podría nacer de aquella combinación de hombres y mujeres que estaban terminando de comer junto a un perrito. Fue entonces cuando André Breton decidió salir a dar una vuelta con Marcel Noll y conmigo. Noll participaba del abatimiento general, el cual se veía acrecentado por diversas coincidencias que, producidas en las últimas horas, lo desconcertaban. Los tres nos sentíamos debilitados en la húmeda claridad de un ocaso primaveral, en las cuestas de Montmartre, donde diversas tentaciones nos hacían guiños sin que por ello lograsen adquirir sobre nosotros ese poder que tanto nos habría gustado reconocerles. Ni siquiera el encantamiento de las luces que surgían de las banales puertas del placer conseguía retenernos en aquellas calles por las que nos deslizábamos acompañados de la bruma ligera que flotaba en el aire y de las brumas de nuestro espíritu. Este barrio hecho de lentejuelas en el que los comerciantes de pacotilla se aprovechan del extravío de un pueblo sentimental, este barrio que posee en su mirada el tenue claror del *kohl*, donde era demasiado temprano para los clubes nocturnos y demasiado tarde para el cine, nos dejaba escabullirnos por sus tenebrosas mallas rumbo a la place Saint-Georges, que, en vano para nosotros, nos permitía sortear la rue Laferrière, con su hemiciclo de besos. En el extremo de la rue Notre-Dame-de-Lorette, prácticamente a la altura del oculista que exhibe en su escaparate un diminuto y multicolor busto de mujer peinada al estilo de 1907, al que ha provisto de unos anteojos y al cual, en tono familiar, acostumbramos a llamar «La Belleza futura», recuperamos en el fondo de nuestro desánimo el incierto uso de la palabra. André Breton no quería seguir caminando. Marcel Noll proponía ir a Montparnasse, mientras que a mí no se me ocurría nada mejor que ir a beber algo. Esta especie de crepúsculo de la decisión se arrastró con nosotros hasta el cruce de Châteaudun, que es el lugar preferido por los accidentes parisinos. A la sazón, tomar un taxi nos pareció más sencillo que tomar cualquier resolución. Noll, todavía asediado por las coincidencias que se acababan de producir, estaba dando, por si acaso, la dirección del Lion de Belfort, porque aquel cabal día Robert Desnos debería encontrarse allí y porque a aquella cabal hora alguien más... cuando André Breton propuso ir al Buttes-Chaumont, aun a sabiendas de que, seguramente, el parque estaría cerrado.

Algunas palabras entrañan imágenes que van más allá la representación física. El Buttes-Chaumont hizo que germinara en nosotros un espejismo, uno provisto de todo lo tangible de esta suerte de fenómenos, un espejismo del que los tres tuvimos una percepción común. Toda nuestra negrura se disipó ante una inmensa y cándida esperanza. Por fin íbamos a destruir el tedio, ante nosotros se abría una caza milagrosa, un terreno para la experimentación en el que resultaba imposible que no nos asaltaran mil sorpresas y, ¿quién sabe?, tal vez una revelación que transformaría nuestras vidas y destinos. Es característico de esta época el hecho de que tres jóvenes se fabriquen semejante imagen de un lugar. Le conceden primacía a lo novelesco sobre cualquier otro encanto del parque, el cual, durante media hora, será para ellos Mesopotamia. Este gigantesco oasis enclavado en un barrio popular, una zona tóbida sobre la que reina una célebre atmósfera asesina, esta área loca surgida de la imaginación de un arquitecto que se debate entre las ideas de Jean-Jacques Rousseau y las condiciones económicas de la existencia parisina es, para estos tres paseantes, una probeta de la química humana donde los precipitados tienen la palabra y unos ojos de extraño color. Si bien se exaltan imaginando que el parque permanecerá abierto durante la noche, no es que esperen de él que sea un retiro de soledad, sino más bien un retiro que encierre un mundo de aventuras, un retiro al que el singular deseo de penetrar esta sombra ha elegido y reunido conforme a una afinidad oculta y en sumo grado misteriosa. Su solo temor era acabar en la trampa de una cita fijada de antemano por alguien del grupo que solían frecuentar en las noches del Bois de Boulogne, lo cual no conllevaría para ellos misterio alguno. Lo que ellos buscan no es a los amantes del placer: buscan «curiosos», palabra que pronunciada por ellos se refiere a quienes ejercitan de forma activa la inteligencia. Buscan y, de estas arboledas que se pierden en la lumbre del riesgo, esperan a una mujer que no esté allí por casualidad, una mujer de inquebrantable voluntad, una mujer con un sentido tan generoso de la vida, una mujer tan verdaderamente dispuesta a todo que por ella valga la pena, al fin, sacudir de forma violenta el universo. En este punto los tres amigos se dan cuenta de que no van armados.

Estas preocupaciones no eran nuevas para nosotros: formaban parte de una enorme quimera derivada de la imposibilidad moderna de sustraerse a las leyes, las cuales establecen una invasora moral universal que ya no compensa a los individuos. Compartíamos un tema constante: un feudo de libertad en el que todo les estaría permitido a aquellos experimentadores animados por el nuevo espíritu que los unía, un ámbito que inventábamos a escala de la vida contemporánea, con sus grandes ciudades, sus fábricas, sus parcelas dedicadas a la cultura, y que situábamos al margen de todo, donde, según nos parecía, la libertad y el secreto tendrían mayores posibilidades de florecimiento, es decir, en esos equívocos barrios alrededor de París que son el marco de las más inquietantes escenas de las novelas folletinescas y el cine serial franceses, y en donde se revela un especial sentido de lo trágico. Aun sin llegar a visualizar aquel lugar, lo que sí que nos prefigurábamos eran sus vías de acceso, los

caminos desiertos jalonados por casitas cerradas, los enormes carteles anunciando LUCILINE y un coche abandonado no lejos de un puente ferroviario. Semejante ficción puede parecer infantil a cuantos no son capaces de ver el reverso de diversas existencias. No nos llevemos a engaño: la imaginación siempre cobra sus deudas y se alza ya como el temible comienzo de algo en curso de ser realizado, mito éste que estaba destinado a ejercer una irresistible influencia en algunas de las personas que presidieron su nacimiento. Ociosos, nos pusimos a pensar que acaso hubiera en París, al sur del distrito diecinueve, un laboratorio que, al socaire de la noche, respondiese a nuestras más delirantes invenciones. Una vez que el taxi que nos transportaba con la maquinaria de nuestros sueños hubo atravesado los distritos nueve y diez, a lo largo de la interminable rue La Fayette en dirección sudoeste y nordeste, por fin alcanzó el distrito diecinueve en ese punto que antaño llevara el nombre de Alemania y ahora el de Jean Jaurès, donde, en un ángulo de unos ciento cincuenta grados, fluyendo hacia el sudeste, el canal Saint-Martin confluye con el del Ourcq en la desembocadura del Bassin de La Villette, a los pies de los imponentes edificios de la aduana, en la esquina formada por los bulevares exteriores y el metro que va por la superficie, que irrisoriamente enlaza los extremos de Nation y Dauphine, delante de la Compañía de Coches Utilitarios, el café de la Rotonde y el café de la Mandoline, a dos pasos de la rue Louis-Blanc, donde el periódico anarquista *Le Libertaire* tiene su sede, al norte del feudo de la sífilis y al sur de la empresa de pompas fúnebres, entre los almacenes generalistas de La Villette y los talleres de material rodante de la compañía ferroviaria del norte. Después, a la derecha, en dirección sudeste, el taxi coge la avenue Secrétan, la cual, plantada de árboles, más allá del cine y de la compañía general de trenes ómnibus, se adentra en una zona de escuelas y dispensarios que constituye el triunfo de una organización laica. A esas horas estaba desierta y rendida al espacio, desplegando un vasto paisaje de edificaciones fantasma las unas y otras útiles donde, alzándose entre paredes de ladrillo y yeso, la piedra adquiría un aire bravucón frente a las barracas que, con sus alturas desiguales, encerraban la diversidad de las ideas filantrópicas del vecindario. A la altura de la rue de Meaux no vimos la línea de puntos rojos que traza el límite entre el barrio de La Villette y el del Combat. Ya habíamos pasado la estación de metro Bolivar, donde, mediante una escalera en espiral, desemboca la rue Bolivar, la cual comienza en un pastizal de nuevos inmuebles. Ahí comienza la rue Secrétan, que llega hasta un gigantesco almacén de adoquines, a escasa distancia de la escuela de formación profesional Jacquard. Así es como en las inmediaciones del parque donde anida el inconsciente de la ciudad, los grandes factores de la vida urbana adquieren formas amenazadoras y surgen, en mitad de aquellos eriales y del interior de las chabolas de traperos y horticultores, provistos de la mayor majestad convencional y el gesto petrificado de las estatuas. A aquellas horas de la noche y a la velocidad del vehículo, habría resultado difícil constatar el inusual número de ópticas que encontramos en la rue Secrétan, desde la rue Bolivar a la rue Manin, donde finalmente se detuvo el taxi,

frente al chalet que alberga Edouard, Bodas y Banquetes, que combina en su friso de madera tallada el estilo de la Selva Negra con el del Bas-Meudon.

Bien podemos imaginarnos el estado de ánimo de los tres compañeros en el cabal instante en que advierten que la puerta del Buttes está abierta. Uno de ellos, Noll, jamás ha estado en aquel lugar al que lo han traído tras una jornada de supersticiones, zozobra y tedio, presa de un brusco sobresalto imaginativo que sus amigos refuerzan con sus comentarios acerca del jardín, pues en sus memorias están grabados el gran Puente de los Suicidas, donde, hasta que fue provisto de rejas, incluso se suicidaba la gente que no tenía intención de hacerlo; el mirador por la noche —parece imposible que se pueda ir al mirador de noche—, el mirador y el lago, así como la inverosímil diversidad que brindan estos vallejuelos y aguas vivas contruidos por el hombre. Son las nueve y veinticinco, y una bruma espesa ha descendido sobre toda la ciudad. Las altas farolas de gas comprimido que alumbran el parque forman grandes estelas sulfurosas en esta doble noche en la que los troncos de los árboles crecen. Algunos niños con gorras salen del Buttes y se alejan sin cantar. Entramos en el parque con un sentimiento de conquista y embriagados por aquella libertad total que nos hace estar receptivos a cuanto el azar nos depare.

VII

Visto desde lo alto, el parque de Buttes-Chaumont parece tener la forma de un gorro de dormir cuyo eje sensiblemente va de oeste a este para unir el punto en que la rue Priestley afluye en la rue Manin con ese otro punto en que la rue de Hautpoul desemboca en la rue de Crimée, constituyendo la base rectilínea la propia rue de Crimée, que va de norte a sur, ligeramente perpendicular hacia el sudeste, de la rue Manin a la rue du Général-Brunot. De los dos lados curvilíneos de esta figura, el septentrional convexo, que corre en dirección noroeste, está formado por la rue Manin, mientras que el meridional cóncavo va en dirección sudeste por la rue Botzaris. Además, la punta —el ángulo opuesto a la base que está formado por la confluencia de esos dos lados— se orienta hacia el sur y ligeramente hacia el este, formando un cuerno que hace que el parque se extienda, por un lado, hacia el sur desde la rue Martin —en su tramo entre la rue Priestley y la rue Secrétan— hasta su confluencia con la rue Bolivar, y más allá de la rue des Dunes; mientras que, por el otro lado, el cuerno se extiende a lo largo de la rue Botzaris en el tramo que va desde la rue Fessart hasta la rue Bolivar. La base de esta prolongación está constituida por las avenidas del parque que conectan la puerta de la rue Secrétan con la de la rue Fessart. El relieve del parque, así como las avenidas que éste entraña, están organizados conforme a tres esquemas: uno, al oeste, forma la extensión descrita; el segundo, en el centro, alrededor del lago que ocupa la parte central; el tercero, al este, alrededor de la línea ferroviaria de circunvalación que atraviesa el parque desde la

esquina de la rue de Crimée con la rue Manin hasta la rue Botzaris, a la altura del depósito del agua, siguiendo una recta perpendicular al tramo correspondiente de la rue Botzaris. Las puertas del parque están distribuidas al norte y al sur del siguiente modo: al norte, la primera de ellas en la place Armand-Carrel; la segunda, en el extremo de la avenue Secrétan; la tercera, en la esquina entre la rue de Crimée y la rue Manin; en tanto que, al sur, la primera está en el ángulo formado por Bolivar y Botzaris, la segunda a la altura de la rue Fessart, la tercera un poco al oeste del depósito Botzaris y la última en las inmediaciones del punto sudeste del cuerno que hay frente a la rue de La Villette. En la rue de Crimée no existe puerta alguna.

El sector occidental, cuyos límites acabamos de describir, forma una única colina rodeada por seis macizos, sin contar los largos macizos limítrofes a las calles Botzaris, Bolivar y Manin. Esta colina, situada al este del cuerno, domina de manera inmediata la entrada de la rue Fessart. Se accede a ella por un camino en espiral que es menester volver a tomar para el descenso. Hacia el Este limita con el camino que va de la rue Fessart a la rue Secrétan, el cual bordea los tres primeros macizos que ya he mencionado, emplazados al norte de la colina, en tanto que los otros tres lo están al sur y al oeste con respecto a ella.

El segundo sector, el central, es de dimensiones muy superiores a las del occidental y presenta en su centro un lago visiblemente cuadrilátero cuya base meridional corre paralela a la rue Botzaris, mientras que la septentrional, curvilínea, se dirige en perpendicular desde el sudeste al noroeste para formar con la rue Manin un ángulo obtuso abierto al sudoeste, de tal suerte que el lado occidental del lago es más pequeño que el oriental. Se alza en el lago una isla triangular cuya orilla septentrional corre paralela a la margen septentrional del lago, mientras que las otras dos orillas confluyen en la parte central de la margen sur del lago. Está unida a la tierra por dos puentes: uno más corto al sur; el otro, mucho más largo, en su ángulo oeste. La isla constituye una colina coronada por un mirador. Dos colinas limitan el lago por el sur: si la situada al este alberga las grutas en su orilla septentrional, la del oeste domina la puerta central de la rue Botzaris. Entre el cuerno y esta última colina, otra más encierra por el lado oeste el circo cuyo núcleo es el lago. La ondulación formada por estas dos últimas colinas, tras una ligera caída a la altura del ángulo occidental del lago, vuelve a ascender —eso sí, sin alcanzar su altura previa— para constituir hacia el nordeste un relieve que ya no merece el nombre de colina: un repecho cuya vertiente oriental limita el lago por el noroeste, dotando al parque del lugar donde se emplaza su café. Luego, a la entrada de la place Armand-Carrel, de nuevo cae la pendiente para volver a elevarse formando una media luna a lo largo de la orilla septentrional del lago y confundirse así con el relieve del tercero de los sectores.

Este último sector da cobijo tanto a una colina que ocupa el cuerno sudeste del parque como a otra situada al nordeste del lago con sus cobertizos, y, entre estos dos sistemas de elevaciones, alberga una ondulación orientada a lo largo de la vía

ferroviaria de circunvalación al aire libre sobre los dos tercios norte de su recorrido y que penetra en un túnel al sur: a esa altura, el centro de la ondulación se eleva para formar un pliegue que comunica las dos colinas del sector.

En su conjunto, el parque Buttes-Chaumont cubre veinticinco hectáreas de terreno: su construcción se encargó en la segunda mitad del siglo XIX y debe su diseño a Barillet Deschamps y a Adolphe Alphand, director del Comité de Parques y Jardines de la Villa de París. Se extiende sobre una cuarta parte de la superficie del barrio del Combat y está enclavado a modo de cuña en este barrio de este a oeste, en el centro de la línea de la rue de Crimée que lo separa del barrio de Amérique.

VIII

Entre todas las fuerzas de la naturaleza hay una cuyo poder se ha reconocido desde tiempos inmemoriales. No obstante, todavía hoy sigue siendo un misterio. Por lo demás, está ligada al hombre de la forma más íntima: la noche. Esta gran ilusión negra sigue tanto la moda como las variaciones de sus esclavos. La noche de nuestras ciudades ya no se asemeja a ese ulular de los perros de las tinieblas latinas, ni a los murciélagos de la Edad Media ni a esa imagen de los dolores que es la noche del Renacimiento. Es un inmenso monstruo de chapa metálica atravesado por mil cuchillos. La sangre de la noche moderna es una luz cantante. Tatuajes: los senos de la noche lucen movientes tatuajes. Sus bigudíes son chispas, y allí donde acaban muriendo las nubes de humo, los hombres montan a horcajadas sobre astros fugitivos. La noche tiene silbatos y lagos de centellas. Pende del litoral terrestre como una fruta; y del áureo puño de las ciudades, como un cuarto de vaca. Este palpitante cadáver se ha soltado su mata de pelo extendiéndola sobre el mundo, y el vacilante fantasma de las libertades se refugia en este último haz de luz agotando, al borde de las calles iluminadas por el sentido social, su descabellado deseo de aire libre y de peligro. Así pues, en los jardines públicos, lo más opaco de la oscuridad se confunde con una suerte de desesperado beso que se dan el amor y la revuelta.

La noche brinda a estos absurdos lugares un sentido que ellos ignoran. Al contrario de lo que acostumbramos a creer, no fue en razón de una mera fastuosidad por lo que Luis XIV mandara construir Versalles, sino por amor, algo que tampoco está falto de majestad, con sus escondites esculpidos de fronda, los corredores de las grutas y esa demente población de estatuas. Hoy en día, la pompa ha sido sustituida por la higiene en la mente de los habitantes de las ciudades, y es en nombre de ésta en virtud de lo cual, en su inconsciente, habilitan estos retiros de espesura que cándidamente tienen por refugios contra la tuberculosis. Y luego, cae la noche y los parques se levantan. Igual que ese hombre dormido en un tren —balanceándose, la mano colgando; un cuerpo entero olvidándose pronto de la velocidad del vagón que cederá a la inmovilidad del sueño—, de repente, la moralidad urbana vacila bajo los

árboles. Una especie de languidez que lleva la impronta y la gracia de lo incognoscible franquea los puentecitos rústicos, algunos de los cuales no son de madera real. Es en ese momento cuando las gentes creen buscar el placer. En aquellos pliegues del terreno en que todo supone una tentación, esas gentes se convierten en los juguetes de la noche, en los marinos de ese velamen hecho jirones; y es en ese cabal instante cuando una parva porción de su ser comienza a naufragar. El intenso clamor de la imaginación les hace olvidar el silencio. Vemos el cisne deslizándose sobre estas aguas de florituras, por el tobillo desnudo de las cascadas. *Et caetera*. Comienza aquí una región de eclipse. ¡El retín de las cadenas que caen al dar el primer paso hacia el sombrío corazón del jardín!

Hay un momento en que todo el mundo es demasiado débil para su amor, hay un momento en que se asemeja a una baya muy madura, un momento en que está colmado de sí mismo. El deseo y el vértigo aumentan conforme van recorriendo las sendas cómplices que los reunirán, y es en el instante en que se encuentran y se funden cuando, de un brinco, con la mirada sobresaltada, logro aprehenderme más allá de mis fuerzas, más allá de las circunstancias, que ya no son los aspectos lucientes de las cosas, sino mi vida, la vida en sí y el instinto de supervivencia, el pensamiento de que soy un ser continuo, más allá de cuanto emprendo, de mi memoria, logro aprehenderme, alcanzo la comprensión del sentimiento concreto de la existencia, que está todo él envuelto en muerte. Heme aquí en el esplendor del destino. El aire es silvestre y enciende la pasión en los ojos. Es preciso que cuanto acontezca se transforme en mi locura. Aun en contra de la razón, sé que mi locura triunfará con un poder irrefrenable que está más allá de lo humano. Sombra o torbellino, da lo mismo: la noche no rinde sus navíos.

El hombre preso de la trampa de las estrellas. Se creía un animal dado. Se creía cautivo de las vicisitudes y los días. Con sus sentidos, su inteligencia, sus quimeras, jamás se tomó tiempo para reflexionar, excepto con el fin de coordinar y llevar a cabo las ideas que había tenido, unas ideas que creía albergar en su cabeza, de un extremo a otro, desde la memoria al presente, como un pájaro anidado en el cuenco de las manos. Esperaba de sí mismo sus propias conclusiones, su coherencia. Organizaba su ser alrededor de episodios vinculados a su suerte. Se confrontó a sí mismo, se siguió a sí mismo; él era su propia sombra, el declive de su propia hipótesis. Observaba con una lucidez embriagadora el trazado de las fuerzas que lo dominaban. Y las contaba. Sobre todo, se lisonjeaba por sus perspectivas de tranquilidad. Ahora bien, una noche, finalmente, la noche posó en él su mirada: la noche, que se mira en los jardines como si éstos fueran espejos y que se multiplica por la cruz de sus árboles; la noche, que vuelve a hallar aquí su leyenda y su rostro de antaño.

Pero la población de transeúntes y paseantes de estas grandes ciudades infinitas, por las que se mueve y se muere, no puede elegir su nostalgia. Todo lo que se le ofrece no es más que esos mosaicos de flores y prados —es decir, unas arbitrarias reducciones de la naturaleza— que constituyen los dos tipos habituales de paraíso. Y

son estos últimos los que prefiere, pues los vapores del Romanticismo todavía embriagan su espíritu. Se entrega a esta ilusión, presto a recitar en Buttes-Chaumont «El lago», de Lamartine, que musicado suena de forma tan armoniosa. Una vez que se consagra a ello, su zozobra ya no se debe al rumor de los torrentes: la vía del tren de circunvalación está ahí, y el jadeo de las calles ciñe su horizonte. Enormes lámparas frías se alzan sobre la maquinaria moderna, que también cede, abarcando asimismo las rocas, las plantas vivaces y los arroyos domeñados. Y el hombre, en este mundo de confusión, vuelve a encontrar, con pavor, la monstruosa huella de su cuerpo y su rostro demacrado. A cada paso, se tropieza consigo mismo. He aquí el palacio que necesitas, gran mecanismo pensante, para saber al fin quién eres.

IX

Apenas si habíamos avanzado impregnados del perfume del gran ciclamen nocturno cuando, al abandonar el camino principal en pos de los más sombríos senderos, descubrimos, en los huecos de la fronda negra, diversas figuras acopladas en sus troncos sagrados, sobre los bancos, como agujeros en la inmensa soledad humana. ¡Oh, parejas!, en vuestro silencio, de pronto, se perfila un enorme pájaro. Lentas mímicas, manos apretadas, posturas divinas: por vuestras maneras, por la diversidad de vuestras maneras me veo preso de un condenatorio gusto, un condenado gusto por la sorpresa. Quienes están inmóviles, quienes ya no se miran, quienes se pierden, aquellos unidos por un único puente —por ejemplo, los hombros—, aquellos que se funden con el otro de la cabeza a los pies, quienes se escuchan, quienes se han disipado en el aire del paisaje, los amantes distantes, los tímidos, los impacientes, quienes se creen invisibles en los abismos de un beso sin fin, quienes se levantan de repente y caminan, quienes se estremecen, quienes de golpe descubren el sentimiento de la existencia, refugiados en ese placer que todo aplazará, los voluptuosos que evitan la voluptuosidad, las parejas de estos parques saben prolongar el placer más allá de lo humano. Paseémonos por este decorado de deseos, este decorado colmado de delitos mentales y espasmos imaginarios. Acaso por la traición de un gesto o un suspiro comprenderemos los lazos que unen a estos tangibles fantasmas con la conmovedora existencia de los temblorosos matorrales y con la grava azul que cruje bajo nuestros pies. ¿Quién me revelará el secreto de los aros de hierro que jalonan los caminos de hierba, el secreto de estos corazones sometidos a todo un protocolo de vegetación y a la abrumadora ley de un país inventado? Avancemos, amigos míos, hacia esta noche habitada.

He aquí el amor, el hierático amor que ciñe con su seto nuestro caminar. En busca del placer, o de alguna otra desvergüenza inconmensurable, ahí está toda la desesperación humana, doblegándose a ese rito imaginario en un templo de arbustos donde todo —el riguroso frío y las miradas de terceros— se alía contra el culto que

allí se celebra. Pero mi presencia, nuestra presencia, hace que yo mismo sea un objeto de ese culto: diríase que estamos viendo unos candelabros de plata labrada paseándose en medio de los altares donde esta misa secreta está siendo oficiada por heréticos sacerdotes sometidos a extraños y variables cánones, en sus capillas de besos. ¡Oh, imperceptibles desplazamientos de los cuerpos, significáis, a cada paso, una enorme resolución filosófica de las tinieblas; suaves traslaciones, nada de la intencionalidad de vuestro nacimiento se ha perdido! Es la hora del tremor, el cual de manera formidable se asemeja a un trazo de tinta negra. Estamos encantados de ser los tinteros.

MARCEL NOLL:

¡Qué largo camino hemos recorrido desde el bosque primitivo! Primero hollé la hierba con mis pies desnudos en dirección al río. Fue una huella y una de mis primeras ideas acerca de la memoria. Luego, al persistir mi rastro, el espectro de los senderos se despertó en mi inteligencia. En voz baja, me dijo cómo reunirme con una enamorada. Me condujo hacia esos lugares de ensoñación, donde la costumbre, por fin, modelaba mi corazón. ¡La alameda!, mis primeros esclavos, con sus relucientes espaldas plegadas sobre sus taparrabos de paja, me abrieron un camino y tornaron el árbol y la piedra en mis cómplices. ¡La alameda!, todavía no era más que una útil senda, un claro de bosque para mi alma de salvaje, y aquella serpiente creció y enlazó ciudades, pero no fue la alameda, de nombre nostálgico, aquel paseo arbolado que surgió únicamente en la mente magnífica y pura de un loco —que debía de ser un monarca muy joven, desapasionado— durante el débil resplandor de un siglo que tocaba a su fin. ¡La alameda!, desde el momento en que me adentro en ella, distingo toda su perspectiva y la esmerada salida de esta gran asociación de ideas plantada, de un extremo a otro, de árboles de diversas especies elegidas y podados de distintas maneras. Su ancho es proporcional al uso previsto; su longitud, a la melancolía del jardinero paisajista. Ella abraza las formas de las extensiones de hierba, acaricia el pálido semblante del paseante. «No multipliquéis las alamedas», recomiendan los tratados técnicos. Lo que yo digo es: ¿qué importan, ¡oh, jardineros!, vuestras leyes, vuestra sabiduría? Teméis que si un jardín está muy dividido, entonces parecerá más pequeño. Por lo que veo, la clientela de los alrededores de París os ha echado a perder. Habéis olvidado el gusto por la grandeza. Que el sinuoso concepto de la alameda vuelva a adueñarse de vosotros y os conduzca a verdaderas locuras laberínticas, que podamos leer en esa tierra en la que nos extraviarnos la expresión cómica y desesperada de vuestro desasosiego. Del mismo modo que la vela se moldea con el viento eternamente cambiante, moldead las alamedas conforme a ese jardín en el que vuestras manos se abandonan a la libertad. Y si las inscripciones filosóficas grabadas en la piedra de los monumentos parecen necesarias al doble dédalo de los matorrales y de la meditación solitaria, adelante con las inscripciones

filosóficas, por aquella piedra caprichosamente musgosa, aquella losa separada del pavimento por el pie de un fantasma: no temáis la sonrisa odiosa de aquellos que son incapaces de concebir los jardines como si fueran poemas. Adelante con la fastuosidad ridícula de vuestras cascadas, con el híbrido placer de las pequeñas arboledas tenebrosas. Que vuestra mano suspenda una liana desde aquel preciso lugar al que ascienden las miradas. ¡Oh, Krafft, alemán hidrocéfalo y triste! En vísperas de los tiempos modernos, mientras en lontananza escuchábamos el sonido de los leñadores cortando cabezas, en tu país, que a la sazón era presa de aquella división juzgada de mal gusto en la distribución de parterres por los arquitectos de nuestra época —Duchêne, Martinet, Edouard André, Vacherot...—, Krafft, genial soñador, lanzabas una demente mirada a tu fragmentado país y, seguramente, fue ante esos dominós de fronteras cuando inventaste aquellos tortuosos diseños que cada vez están menos en boga entre los jóvenes, quienes, en estos malditos tiempos que corren, los encuentran cada vez más aburridos. Y, sin embargo, fuiste el único que supo otorgar a los jardines su carácter ideal: hiciste que fueran atractivos a la vez que burlescos. Abrían sus puertas tanto al olvido como a la memoria. Con tus dedos mágicos, los arqueabas a imagen y semejanza de tu delirio y jamás recurriste a esos colores de los que extraen su negocio hoy en día los jardineros sin imaginación: te bastaban pequeñas variaciones del verde al marrón y al gris perla en el ramaje para limitar el fondo fugitivo del sueño, hacia donde la esperanza de los visitantes trataba de evadirse mediante enjambres de miradas. No tenías a tu servicio ni el vigoroso pelargonio, ni el pesado crisantemo ni la resplandeciente salvia, apenas si contabas con la esparceta española y la aguileña; la primula y el pensamiento iluminaban un poco tus parterres metafísicos, tus lindes de suspiros y lamentos. A ti te saludo, escultor de planetas; preséntale mis respetos a la señora Krafft.

Noll se calla. El camino serpentea por la ladera de una colina en cuya cima luce una farola. Siguiendo los planos de la noche y el parque, acompañemos a los tres amigos, que avanzan invadidos por un sentimiento fugitivo de lo extraordinario de las cosas y por un deseo que emana de la propia esencia del mundo.

X

Llegan a la plataforma que domina la noche, en donde una farola de gas lanza una ráfaga de violenta luz violeta. En esta cima del espíritu, los bancos, dispuestos en semicírculo alrededor de la grava, están vacíos. Parece que no pueden avanzar más: «Desde hace diez mil años...», ¡claro! Nuestros jóvenes buscan una salida, mas por doquier se tropiezan con los alambres que puso un tal La Bruyère, y, bajo la bruma enganchada a sus pies, hay una pradera que desciende. Finalmente, uno de ellos reconoce el comienzo de un camino, y nosotros asistimos a uno de esos acostumbrados puntos de partida en la historia de la ciencia cuando una hipótesis con

cintura de avispa es abandonada por un voluble profesor de química o de biología comparada sobre, según dicen, la cresta inaccesible a la que, por pura provocación, cuando no por orgullo, se había encaramado con el fin de no caer en descrédito ante sus contemporáneos. Entonces, sin preocuparse por aquella desesperada criatura que agita el pañuelo, el académico, tras haberse retorcido, rizado o engominado el bigote, con aire desenvuelto, emprende su camino por una pista completamente nueva y se pone a recordar aquellas deliciosas noches, las angustias que compartían y las comunicaciones impacientemente esperadas en sociedades científicas de segunda categoría, los artículos aduladores en revistas científicas o literarias de dudosa calidad donde Horacio, el poeta latino, es citado cada dos por tres cuando el autor, que restituye al tema que está tratando las proporciones justas, quiere demostrar a la vez que el encanto y la cultura de su espíritu..., ¿qué estaba diciendo?, ¡ah, sí!, que cuando quiere demostrar que a él no se las dan... *desinit in piscem*. Me la copiaréis.

El designio que me empuja a contar esta aventura con todo lujo de detalles, por ejemplo, quién anda delante, si André Breton lleva hoy o no su bastón —un precioso bastón, por lo demás, que los camareros del café aprecian como es debido, comprado en un anticuario de la rue Saint-Sulpice, que también vende objetos de peltre; un bastón de dudosa procedencia, africano para unos, asiático para otros, incluso para algunos se debe al exótico e intelectual genio de Gauguin, el hombre del coral y el agua verde, un bastón hermo­seado con relieves obscenos, hombres, mujeres y animales a patadas, babosas que trepan a las vulvas, posturas de fácil comprensión y, en la parte inferior, el cómico y aterrador espectáculo de un negro barbudo que está empalmado—, decía que el designio que me empuja a contar este paseo sonámbulo por lo más profundo de la indulgencia *edílica*, donde, en una sesión plenaria, el consejo municipal ha decidido que nuestras revueltillas nocturnas y la insociabilidad de nuestros corazones no nos conducirían a la cárcel, ese designio me parece, de repente, de lo más misterioso. Extraño, muy extraño, y puedo adivinar lo que sucederá a continuación.

Cuando, a plena luz del día, en una ciudad de provincias, de pronto, un perro en las calles desiertas, sentado sobre sus patas traseras, echa para atrás sus orejas y alza, en dirección al sol, su hocico ladrador para aullar indefinidamente a la muerte, entonces, el empleado de la sombrerería, donde también se venden coronas mortuorias, se alegra de encontrar en la monotonía de su vida miserable una razón plausible para ponerse en jarras en el umbral de la puerta de la tienda. Si aquel perro aúlla a la muerte es porque hay alguien que, con minuciosidad, está falleciendo esta mañana; también podríamos dudar de la sinceridad canina; pero el perro, ese gran signo mítico, hasta el momento jamás ha dado lugar a que desconfiemos de sus cínicas previsiones. Entonces, el empleado de esta doble tienda donde se provee, contra las intemperies y la ingratitud, a los vivos y a los muertos de esta próspera cabeza de distrito, se pone a calcular los ciudadanos que han pasado de una categoría a otra de su clientela. Va probando un poco la realidad de la muerte de cada uno,

conque...

¡Ah, te he pillado! Ahí está ese *conque* que esperaba tan frenéticamente tu necesidad de lógica, amigo mío, el *conque* satisfactorio, el *conque* pacificador. Ese largo párrafo al final arrastraba consigo su profunda inquietud, y las tinieblas de Buttes-Chaumont flotaban en algún lugar de tu corazón. El *conque* ahuyenta estas opresivas sombras, es un barrendero gigantesco cuyos cabellos se pierden entre las estrellas y cuyos pies penetran por los tragaluces en los sótanos de los hogares humanos. El *conque* escandaliza a los poetas en sus camas de plumas. El *conque* se pasea de puerta en puerta, comprobando los cerrojos y la seguridad de las habitaciones aisladas. El *conque* pertenece a la sociedad de vigilantes urbanos. Y eso, por no hablar de la bicicleta del *conque*.

... Conque siento la fuerza de mis pensamientos, conque me pregunto lo que ha muerto en mí, lo que todavía es eficaz y, tras detenerme un instante en el umbral de mi mente merced a un clamor siniestro, me paseo por cada una de mis moradas mentales a través de mi escritura, en busca de un cadáver y de un entierro;

... o bien, conque hago de perro y ladro al muerto, el empleado es el lector, y anuncio, mediante este absurdo relato, rebuscado y falaz, las desgracias de la nueva humanidad, provoco el advenimiento de catástrofes por su mera enunciación criminal, y dejad de leer ya este texto maldito;

... o bien, conque dispuesto a pasar de los sombreros a las coronas, el hombre queda advertido de las revoluciones de su sino por una voz animal que, al inicio, parece estar dirigiéndose a las nubes, que habla, por ejemplo, del sortilegio al que nos somete un parque urbano, donde se mezclan los lívidos símbolos del amor y la niebla;

... o bien, conque os remolco con mi bichero de palabras, sin albergar otra cosa en mi corazón y mi espíritu que no sea un desmedido gusto por el engaño y la desesperación.

XI

El camino llega a su fin en una columna de bronce que mide la temperatura, la hora y la presión atmosférica, y que se erige frente a un vasto cráter al que son lanzadas, como los dados del silencio, las colinas disimuladas por la noche. En lontananza, magníficos resplandores revelan el mirador y las sonrisas de las tinieblas, un reflejo de agua durmiente y el canto de un pájaro en la profundidad. Pero en el borde de esta copa, en este filo de sombra, más allá de la fronda china, bajo una farola ataviada con su traje de baile lanzando sus frías joyas sobre la pradera, calzada con los colores de lo irreal, escarcha eléctrica y verde níveo, un proscenio delante del foso nos brinda el espectáculo de un número fantasmal. En la primera línea de hierba, un hombre desnudo corre inmóvil hacia el abismo. Su gran indiferencia ante la brisa nocturna hace que nos parezca de bronce. Y es en este momento cuando captamos cómo, a

través de qué misterio, el hombre siempre ha ligado sus representaciones divinas a la imagen del cuerpo humano. Y hoy, si en justa compensación este escéptico agostado como una mano de esqueleto, este pobre diablo sólo digno de burla, este masturbador del espíritu sólo se ve a sí mismo cuando, con la arcilla, el mármol o los metales, reproduce sus rasgos genéricos, el fenómeno al final se da la vuelta: quería mostrar a Dios al mundo, mas lo único que conseguía erigir era un hombre; ahora, en vano se cree dotado de poder para realizar un simulacro de sí mismo; pero, en cuanto sus manos modelan un cuerpo o un rostro, lo que de inmediato surge de ellas es un dios. Entonces probó con la fealdad para no hacer surgir de la tierra a esas inquietantes divinidades cuyo número va en aumento. Y ¿qué será de la humanidad el día, no lejano, en que la población de estatuas sea tan abundante en ciudades y campos que apenas si podremos circular por las calles plagadas de pedestales o atravesar esos campos de poses? Una perspectiva asfixiante. Entonces, en este cementerio de la imaginación, el hombre conocerá el poder divino, que es a la vez un imprudente engendrador de entidades y la desgraciada víctima de la desproporción del sueño. La humanidad perecerá a manos de la *estatuomanía*. El Dios de los judíos, que temía la competencia, sabía bien lo que hacía al prohibir las imágenes talladas. Grandes símbolos personales que ejercen su poder concreto sobre el mundo, las estatuas engullirán vuestros cabellos, paseantes. ¡Oh, vigor de una noche esculpida en bronce, negro precipicio de ojos muertos y hundidos que levemente sobresale por encima de la tierra, descrédito de la razón por los espectros, abatimiento de la voluntad ante esos pies soldados a su roca!

Ya he dicho que, deseoso de frenar estos progresos de lo divino en el espacio, esta invasión de lo inmaterial en la materia, con una conciencia intermitente de su destino y de sus actos, el hombre se había propuesto no esculpir más que la fealdad con sus huecas caderas. La estética de Eugène Manuel le pareció asimismo el remedio para esta sobrenatural génesis. Por más que nos acerquemos a lo cotidiano, el acercamiento jamás será suficiente, un poeta del siglo pasado ya dijo algunas palabras al respecto. Inútil: en sus batas de franela, sus sencillas chaquetas americanas, sus sonrientes bonhomías, los simulacros de los tiempos modernos extraen incluso de lo anodino de este atavío una fuerza mágica desconocida en Éfeso o en Angkor. Y todo esto es tan cierto que religiones secretas acaban estableciéndose en honor de nuevos ídolos. Así se explica que un rito imprecatorio haya comenzado a observarse ante el monumento a Gambetta, sito en la cour du Carrousel; que una secta, de la cual Paul Éluard es uno de sus más acérrimos defensores, venga ante *París durante la guerra* para rendir los periódicos tributos de un culto amoroso. Una tarde, al volver a casa, ¡cuál no fue mi sorpresa a la vista de un largo cortejo vestido de blanco que venía a sacrificar palomas ante el monumento del globo de Ternes, por no hablar de los convulsionarios de la estatua de Estrasburgo!

¿Os acordáis, si es que tenéis edad para ello, de ese cadáver ya descompuesto que, cada año, llevaban en un automóvil, envuelto en su capa, a la plaza de la Concordia?

Así, al yuxtaponer la verdeante imagen de Déroulède a la majestuosa forma de piedra, se estaba insultando a la vida mediante esta irrisoria forma humana. Por añadidura, tenemos las procesiones fálicas de Trafalgar Square, donde Nelson, el manco, es testigo de la histeria de un pueblo; la *Juana de Arco* de Frémiet, el *Aun así*, de Antonin Mercié, por no hablar de las estatuas deportivas, ni de la de Léon Serpolet en la place Saint-Ferdinand, ni el monumento dedicado a Panhard y Levassor en la Porte-Maillot ni tampoco de la magnífica apoteosis de Chappe a los pies de un andamio telegráfico ni de la cadena rota de Étienne Dolet, en la place Maubert. Otra estatua maléfica: la *Lisel de la oca*, en Estrasburgo; o el hermafrodita de Montargis, que se erige ante un enorme cartel titulado *La pata de oca*; o el *Genio marítimo*, en Toulon; ¡y el *Vercingétorix* en Gien! La magia erige así sus signos negros en mitad de las calles, y el paseante de alma inocente los contempla, felicitándose a sí mismo por la habilidad del escultor y hablando de la magnífica expresión de la emoción artística.

XII

DISCURSO DE LA ESTATUA

¡Los tiroteos! Llevo cincuenta años esperando los tiroteos. Ya es hora de frenar con perdigones a esos hombres que se deslizan, rientes y móviles, por ese paisaje en el que yo estaré congelada por siempre jamás. Fútiles movimientos de muchedumbres y niños. Las madres felices, con su equipaje de punto. ¡Oh, Malthus, obispo de gran corazón, serán mis hermanas las estatuas quienes por fin harán realidad tus quimeras! Nada más vernos, las mujeres abortan, en tanto que nosotras ayudamos con nuestros pulidos miembros a la lenta imaginación de los tímidos, que se excitan a la sombra extraña de nuestros cuerpos sobrehumanos. Es entonces cuando en lo más profundo de los parques y avenidas se forma una honda nostalgia en la que participamos y que funde lo inanimado con lo más sutil de la vida; es entonces cuando se alza el viento de los placeres sublimes, en el que la idea por fin se libera y encuentra en sí el alimento de su propio ser.

¡La idea del hombre! Sobre los campos devastados por las entrecruzadas pisadas que los huellan, la idea del hombre aparece, a un tamaño mayor que el suyo natural, en el gesto ejemplar de un corredor o un rey. Es a los pies de esta idea donde vive el hombre, con los ojos alzados, sin lograr identificarse con ella. Es a los pies de esta idea donde el hombre se tortura y se desgarrar, víctima de un gran delirio abstracto llamado «psicología». Palabra de estatua: no hay, en los cien mil rincones del espacio, una sola actividad, ni siquiera la filarmónica ni el billar Nicolas, que me parezca tan ridícula como la psicología. La sacudida asegurada, lo inevitable de esta ciencia... me reiría de ello si el bronce hiciera pliegues en sentido transversal. Con todo, una tarde, el hombre inventó la psicología. Hacía un viento endiablado, y el muy gallina de nuestro amigo temblaba. Vio su sombra, que se alzaba hasta los cielos

a la menor ráfaga. Quiso encontrar la explicación a un fenómeno tan aterrador, así como también al hecho de que las nubes descargaran en su cabellera, que un relámpago atravesara su armadura, que cuando sus mujeres estaban de parto siempre soñaran con frutos rojos, que a los postigos del bosque les castañetearan los dientes en las tinieblas. Una a una, fueron naciendo las psicologías. Estaba la psicología de las afinidades materiales o química; la psicología de las fuerzas o física; la psicología de Dios o religión; la psicología de la carne o medicina; la psicología de lo desconocido o metafísica; la psicología del mar o arte náutico. Metido en estos jardines, contentándose con poco, el hombre, frente a cualquier abismo, aprendía a conocer los umbrales del propio abismo y a olvidarse tanto de éste como de los tormentos de lo infinito. Irreductible positivismo humano: vosotros, con la cabellera flotando ligera a vuestro alrededor, no os preguntáis acerca de lo que vuestros fantasmales testigos, desde lo alto de sus pedestales inscritos con nombres célebres, piensan de vuestras trampas, positivas o no.

Nosotras, que hablamos al cielo, nosotras, cubiertas de rosada, bailarinas minerales temidas por la noche, nosotras, domadoras de brisas, encantadoras de pájaros, guardianas del silencio, bajo el adorable lustre del espíritu que alumbramos nuestras irremediables poses, que son los principios divinos de nuestra libertad concreta, nosotras, emanaciones específicas de un gran aliento, negaciones del tiempo inundado por el sol, nosotras, ídolos sin Dios ni ley, vagabundas de la metafísica, dominamos, con toda la atlética altura del pensamiento, el informe hervidero de las regiones del insomnio. Dad vueltas en vuestros jergones, maniacos soñadores, el parque es fresco y puro. Las brumas ya acuden a nuestras sienes. Sin prestaros ya atención, estúpidas bestezuelas, contactamos con la estrella marcando los números de su extensión azur. Y he aquí que un meteórico tremor completa un panorama azul sin trenes y sin esperanzas. ¿Quién está al habla? Soy la divinidad adivinada. Soy el reino de lo absoluto. ¿Cómo van las criaturas angélicas? Muy bien, gracias. El ala: es el ala lo que aparece en la amplitud de su concepto, extendida sobre el reino de las estatuas. El ala, como una bandera americana ondeando al viento. El ala, con su naturaleza lírica, la suavidad de su plumaje, su blancura a priori y la favorecedora disposición de sus plumas, el ala, que constituye un firmamento floreado.

Lo que yo, el bronce, sé de un dios, lo que conozco de un dios presentido es el ala y, dado que, al parecer, imploramos, es el ala lo que imploramos desde el pedestal sobre el que nos erigimos petrificadas, aquel embarcadero sin barco desde el que tendemos nuestras manos hacia lo inaccesible. Y yo canto al dios-ala el ritual de los simulacros:

Ala, en todo semejante al amor
Ala sobre las ciudadelas
Ala que sopla las candelas

Ala que bates las olas del mar,
ala tormenta llegada a la linde
ala vuelo del alba adorada

Ala, ¡oh!, pífanos que colman la noche
ala antes de la nieve blasfema
ala que no es nada sino ella misma

Las estatuas, con las manos juntas, entrelazados los dedos, le envían un salve de silencio, rogando que los árboles durmientes no la enganchen, ala nuestra que estás en la tierra como en el cielo, eres lo inmaterial, que con gesto reflexivo concibes la materia y te reflejas a partir de ella y de su negación en su afirmación liberada, etc.

Esta oración, repetida nueve veces cada noche cuando el topo, revolviendo los excrementos de sus galerías, revela el brillo de sus ojos ciegos entre los murajes en los que un enamorado ha perdido las uñas de su bienamada, hará que lluevan las bendiciones del Ala sobre los propietarios de las estatuas, los italianos que venden los yesos, los gerentes de los museos de cera, los empresarios de los monumentos funerarios, los suscriptores de los mausoleos patrióticos, los niños que en la escuela modelan figuritas, los modelistas, los amasadores de miga de pan, los neozelandeses que crean, agrupando guijarros, fantásticos pájaros que cubren la ladera pelada de una montaña, los apóstoles estilitas, los monarcas que amurallan sus ejércitos, coleccionistas de esqueletos, escapatistas de grandes almacenes, los héroes engendradores de efigies, los consejeros municipales seducidos por un arte teatral inerte, los fetichistas de la vía pública y los desgraciados amantes de las momias.

XIII

Hemos perdido un poco de vista el itinerario de los tres amigos: después de entrar en el parque por la puerta de la rue Secrétan, dejando a su derecha el camino directo hacia la puerta de la rue Fessart y el cuerno sudoeste, han rodeado y trepado a la colina más alta para llegar al lugar donde se erige la columna desde la cual dominan el cráter del lago, el mirador y el paisaje lejano de las casas arracimadas de la rue Manin, las cuales desaparecen de su vista bajo un manto de niebla. Desvían su atención de este volcán de apariencias y, desdeñosos de la parlanchina estatua —un Acteón que con el dedo señala a sus perros el foso lacustre—, descifran, con gran profusión de cerillas, las inscripciones de la columna cuadrangular que decora esta rotonda filosofal.

Esta columna está rematada por una veleta que nos permite distinguir las caras del

monumento conforme a los puntos cardinales. La cara norte, que da al lago, lleva al frente la fecha

14
JULIO
1883

sobre un termómetro centígrado realizado por J. Thurneysen, en París, que nos informa de que la temperatura alcanzó 40° C durante el verano de 1868. Bajo ese termómetro, sobre la columna propiamente dicha, leemos lo siguiente:

GUARDERÍAS

RUE DE CRIMÉE, 144 (30 PLAZAS)

JARDINES DE INFANCIA Y ESCUELAS

MUNICIPALES:

RUE BARBANÈGRE, 7 (J. I. Y E. M.)

RUE BOLIVAR, 67 Y 69 (J. I. Y E. M.)

RUE D'ALLEMAGNE, 87 (J. I. E. M.)

RUE DE TANGER, 41 (J. I. Y E. M.)

RUE DES BOIS, 2 (J. I. Y E. M.)

RUE JOMARD, 5 (J. I.)

RUE DE PALESTINE, 1 (J. I.)

RUE DE MEAUX, 65 (E. M.)

RUE FESSART, 2 (E. M.)

PLACE DE BITCHE (E. M.)

ESCUELA MUNICIPAL DE OFICIOS:

BOULEVARD DE LA VILLETTE, 60

En la cara norte del pedestal, podemos descifrar estas sugerentes explicaciones que revelan la existencia de una población aparte, que debe de ser aquella que frecuenta las salas de cine; una población aplicada y mal remunerada, ávida de la felicidad de los domingos y embriagada por los conocimientos adquiridos en las escuelas nocturnas:

DISTRITO 19°

POR LA BENÉVOLA AUTORIZACIÓN

DE LA ADMINISTRACIÓN MUNICIPAL
ESTE OBELISCO INDICADOR
FUE ERIGIDO EL 14 DE JULIO DE 1883,
POR EL INVENTOR
EUG. PAYART, VIAJANTE DE COMERCIO,
CON LA AYUDA DE:
SRS. A. BOUILLANT, FUNDIDOR DE METALES,
DUMESNIL, CEMENTERO,
COLLIN, RELOJERO,
HNOS. RICHARD, FABRICANTES DE BARÓMETROS,
DELAFOLIE, BASTIDE, CASTOUL SENIOR & CÍA.,
FABRICANTES DE APARATOS DE GAS

BOUILLANT FUNDIDOR DE METALES Y CONSTRUCTOR PARÍS

La cara oeste de la columna lleva, en su parte superior, las iniciales laureadas de la República, superpuestas a una estrella, las cuales coronan un barómetro redondo, cuya esfera nos informa de la dirección de la sociedad anónima de los Établissements Jules Ricard: 25, rue de Mélingue, París. Los corazones cándidos podrán hacer aquí otros hallazgos: si 73 significa tormenta en el lenguaje de la rosa de los vientos; 74 quiere decir lluvia abundante; 75, lluvia o viento; 76, inestable; 77, buen tiempo; 78, estable; 79, muy seco; 80, barómetro. No podremos dejar de observar que tormenta y muy seco son las únicas inscripciones con los pies en dirección al cuadro, mientras que el resto de menciones y nombres mágicos están sometidos a una fuerza centrípeta. Finalmente, uno se alarmará ante la sucesión ininterrumpida de cifras que hace que, en función de si contamos en el sentido de las agujas de un reloj o en el inverso, leamos, bien 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 73, 74, etc., o bien 80, 79, 78, 77, 76, 75, 74, 73, 80, 79, etc., de manera que trataremos de imaginar el curioso fenómeno meteorológico que acompaña al brusco paso de 73 a 80 y al contrario. Debajo del barómetro, una nueva inscripción:

EL DISTRITO 19°

COMPRENDE LOS BARRIOS

DE LA VILLETTE (73)		D'AMÉRIQUE (75)
DU P ^T DE FLANDRE (74)		DU COMBAT (76)

POBLACIÓN: 117.885 HAB.

SUPERFICIE: 566 HA

CASAS: 3.162

LONGITUD TOTAL DE LAS CALLES,
MUELLES, BULEVARES, ETC.

52 KM 383 M

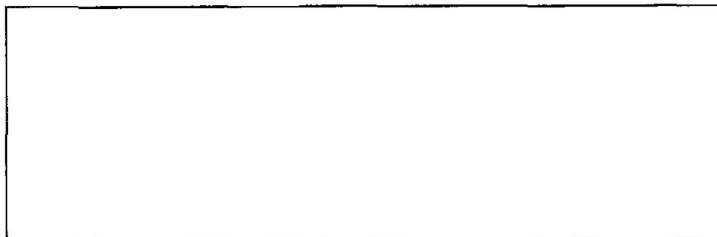
EL DISTRITO 19° LIMITA CON LOS
DISTRITOS 18°, 10° Y 20°.

PUERTAS DE PRÉS S^T GERVAIS Y DE PANTIN,
LAS PUERTAS DE FLANDRE Y AUBERVILLIERS,
LAS LÍNEAS DEL ESTE, LOS CANALES
DEL OURCQ Y S^T DENIS
LO COMUNICAN CON
EL EXTERIOR DE PARÍS.

Y sobre el pedestal de la cara oeste:

QUARTIER DU COMBAT

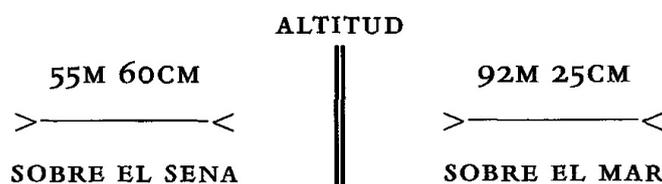
PLANO DEL DISTRITO 19°



PUNTO GEOGRÁFICO

48° 52' 40'' LATITUD NORTE

0° 2' 45'' LONGITUD ESTE



¡Oh, desgraciado Eug. Payart! Inventor y viajante de comercio, tu generosidad o no ha sido comprendida o bien ha sido malinterpretada. Te pareció que brindarnos el bronce, los aparatos y la idea sería suficiente. Que el municipio, pensabas, al menos se estire y nos dé un plano del distrito décimo noveno y, como veremos en la cara oriental, un plano de París. Pues no, el espíritu de tacañería de los hombres es tal que tu monumento quedará inacabado para siempre, con sus dos enormes lagunas ávidas de geografía local y de un gesto de generosidad por parte de un municipio tan excéntrico. Observaremos también que los barrios de este distrito llevan, por una conmovedora fatalidad, los números del barómetro que simbolizan la tormenta, la lluvia abundante, la lluvia o el viento, el tiempo inestable. Sin embargo, unir estos números al significado común de los nombres de los barrios sería ir demasiado lejos, pues si Combat unido a TIEMPO INESTABLE puede hacer oscilar la aguja de nuestra brújula mental, sólo franquearíamos las imprecisas fronteras de la imbecilidad si conectáramos Amérique con la LLUVIA O VIENTO; el pont de Flandre con la LLUVIA ABUNDANTE y La Villette con la TORMENTA. Esto es obvio.

La cara oriental está provista de una esfera de vidrio vacía que quizás en su origen albergara un reloj, seguramente así fue. Si os portáis bien, lo volverán a poner. Sobre la esfera vemos las armas de la ciudad de París, y, debajo, estas palabras mágicas:

EDIFICIOS DESTINADOS A LOS DIFERENTES CULTOS:

IGLESIA DE S^T JACQUES Y S^T CHRISTOPHE

IGLESIA DE S^T JEAN-BAPTISTE

TEMPLO PROTESTANTE RUE MEINADIER

TEMPLO PROTESTANTE RUE BOLIVAR

ESTABLECIMIENTOS MUNICIPALES:
MATADEROS GENERALES
MERCADO DE GANADO
MERCADO DE FORRAJE
MERCADO DE CABALLOS
MERCADO PÚBLICO, RUE SECRETAN
SERVICIO MUNICIPAL DE POMPAS FÚNEBRES

JARDINES Y PASEOS PÚBLICOS:
PARQUE BUTTES-CHAUMONT
PLACE DES FÊTES

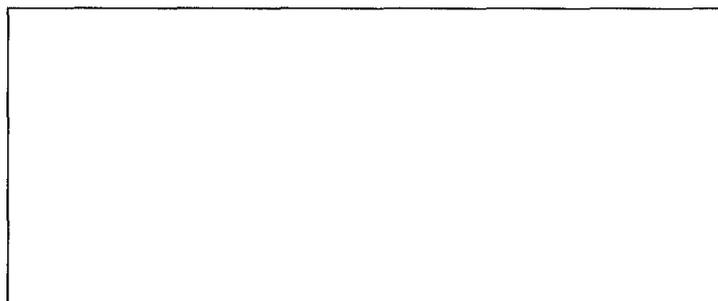
CASAS DE SOCORRO:
RUE DE MEAUX, 56; RUE JOMARD, I
RUE DELOUVAIN, 7

ALBERGUES NOCTURNOS:
RUE DE CRIMÉE, 166

Detengámonos para respirar, modernos *champolliones*. ¿No creéis que el diseño misterioso que guió la mano del grabador, el que guió el espíritu del autor debió de corresponder a algún equivalente de la incomprensibilidad y la dificultad del desciframiento de las sombras cuneiformes a través de las cuales, sin embargo, uno de vuestros semejantes supo encontrar al final su camino? Paciencia. Es en el pedestal del lado oriental donde leemos lo siguiente:

PARQUE BUTTES-CHAUMONT

PLANO DE PARÍS:



AYUNTAMIENTO DE PARIS A 3 KM 500 S.O.

PORTE d'AUTEUIL A 10 KM 500 S.O.
PORTE DE VINCENNES A 4 KM 300 S.S.E.
PORTE DE LA CHAPELLE A 2 KM 700 N.O.
PORTE DE GENTILLY A 7 KM 300 S.S.O.

Finalmente, en la cara sur:

DISTRITO 19^o
BUTTES-CHAUMONT

AYUNTAMIENTOS	}	PLACE
JUZGADOS DE PAZ		ARMAND
		CARREL

COMISARÍAS DE POLICÍA

RUE DE TANGER, 22 (VILLETTE 73 Q)
RUE DE NANTES, 19 (P^T DE FLANDRE 74)
RUE D'ALLEMAGNE, 132 (AMÉRIQUE 75)
RUE PRADIER, 21 (COMBAT)

OFICINAS DE RECAUDACIÓN:

RUE DE FLANDRE, 31 (73 Y 74)
RUE RÉBEVAL, 72 (75 Y 76)

BOMBEROS

RUE CURIAL, 6		RUE DE L'OURCQ, 89
RUE DU PRÉ		RUE RÉBEVAL, 8
AV ^E LAUMIÈRE (AYUNTAMIENTO)		AUX ABATTOIRS, 6 ^T

CORREOS Y TELÉGRAFOS:

RUE DE CRIMÉE, 74 ☒ †
RUE D'ALLEMAGNE, 3 ☒ †
RUE D'ALLEMAGNE, 139 ☒ †
RUE D'ALLEMAGNE, 211 ☒ †
RUE DES PYRÉNÉES, 397 (DIST. 20°) ☒ †

FERROCARRILES LÍNEAS DE CIRCUNVALACIÓN:

ESTACIONES: { BELLEVILLE-VILLETTE
PONT-DE-FLANDRE

LÍNEAS DEL ESTE:
ESTACIÓN: EST-CEINTURE

14 DE JULIO DE 1883

OUSTRY, PREFECTO DEL DISTRITO DEL SENA
ALPHAND, JEFE DE OBRAS

ALLAIN-TARGÉ, DIPUTADO DEL DISTRITO 19°

MUREAU,	ALCALDE
GARCIN, MILOT, MALLET P.,	TENIENTES DE ALCALDE
BAILLE L. E.,	SECRETARIO
CATTIAUX, GUICHARD,	
REYGEAL, ROYER,	
CONSEJEROS MUNICIPALES	

De pronto, Noll no puede creer lo que ven sus ojos: en lo alto de un afloramiento, sobre una vertiginosa hiedra trepadora, como un ave acuática sobre una alcándara, un espectro blanco, el vacío absoluto entre sus piernas, aparece más abajo, sobre el formidable arco que conecta la pradera cuesta abajo con el mirador, la pradera arrodillada ante una taza de café negro. Entonces, André Breton toma la palabra: «Desde aquí podéis ver el puente», nos dijo, «el famoso Puente de los Suicidas...».

De entre todos los lugares sagrados que, como los nudos de la reflexión humana, adoptan una forma enteramente concreta para expresar los aspectos específicos de algunas grandes ideas sobrenaturales, me imagino que un pagano, me refiero a ese hombre que sabe sentir la novedad misteriosa de un ídolo, preferirá aquellos lugares destinados a la Muerte Violenta, esa divinidad que empuña el hacha junto al hacho. Pero aquel que hoy se pregunta qué es, con exactitud, un lugar sagrado, aquel que se atormenta con lo fugitivo de semejante noción, se extraña de que la dejemos pasar. Con todo, no podría carecer de importancia el hecho de que un concepto tan singular se haya formado en las primeras capas de la conciencia humana. Ningún sistema filosófico puede desdeñar un concepto; antes al contrario, es preciso, y es tanto su deber como su destino, que legitime y asimile los conceptos constitutivos de los sistemas del pasado para otorgarles el sentido y la acepción que jamás antes tuvieron. Un sistema es un diccionario: no hay palabra alguna que esté prohibida en él.

Las formas de una idea: para que conciba sus formas intrínsecas, permitidme que divague acerca de esta preciosa expresión. Las formas de una idea: ¿qué tímida representación me impide considerarlas como la realidad del ser en la riqueza de sus circunstancias, con su atavío hecho de accidentes y singulares joyas? Considero las ideas de la misma manera en que otros consideran las personas, en el sentido general de esta palabra, la cual es endiabladamente mística. Y, por ejemplo, la esencia de la persona, lo personal de la persona es un elemento repetido sin fin, con el que, al menos, nos encontraremos en su forma más ínfima en toda aparición de la persona, por más lejana e inesperada que sea: si el hombre se aplica en las matemáticas, lo que me parece que hay en su manera de aplicarse es una concesión hecha a su madre por alguna historia, y en este paseo, una mañana, entre los altos setos había un pájaro, un trozo de tela roja. Al pasar pongo los cimientos de una moral. Así pues, hay algo en la idea que es a la idea lo que al hombre es lo accidental; lo accidental, no lo que no es esencial, sino lo accidental de la esencia. De este modo, aun careciendo de toda imagen, puedo decir: veo la boca de una idea, sus labios. Es ésta la dulce apariencia que vigilo mientras escribo, perseguido por la idea del beso; y esa mujer a la que esperaba no ha venido, somos víctimas de una noche algente en la que todo se funde, en la que el espíritu se deja traslucir en los reflejos del cristal y la plata. La mujer que está a mi lado: en lo más hondo de mi ser comprendo que hay una mujer, que *esta* mujer habita cada idea sobre la que en vano reflexiono, que en cada idea hay algo que es, cabalmente, esta mujer, y que sus gestos son los gestos del espíritu, lo cual me devuelve a los lugares sagrados.

La mayoría de las veces se trata de marcos legendarios: un asomo de alma elevada se ha adherido a estas murallas, a estas alturas. Están realmente transmutados por este memorable murciélago. Realmente. Aquí no puede acontecer sino algo grande. La tierra es negra, y si empleo el adjetivo «negro», es a modo de ejemplo, para referirme a la profunda noche que impregna lo impersonal en este umbral de todos los misterios. Cada partícula del espacio, en definitiva, aporta sentido, como la

sílaba de una palabra desmontada. Cada átomo suspende aquí un poco de su creencia humana, aquí precipitada. Cada hálito. Y el silencio es un manto que se despliega. Mirad esos pliegues llenos de estrellas. Con sus gráciles dedos, lo divino roza suavemente lo ilusorio; exhala su delicado aliento sobre el escaparate del abismo. Cablegrafía a los corazones inquietos su mágico mensaje: paciencia, misterio en marcha, y, traicionado, se revela a sí mismo ante las suaves lucencias. Lo divino se refugia en el fondo de una caricia: todo el aire del paisaje está mezclado con la idea, todo el aire de la idea tiembla con la menor brisa. Es un bucle de pelo moreno con el que jugaríais a placer, enrollándolo y desenrollándolo hasta que, al final, llegara el fin del mundo; es el bucle ideal de un río donde la idea se resume, la noción concreta brotando de las aguas puras desprovistas de juncos.

Mujer, ocupas el lugar de toda forma. Apenas si había comenzado a olvidar este abandono e incluso esa negra indolencia de la que gustas, cuando hete aquí de nuevo, y todo muere a tu paso. A tu paso por el cielo me envuelve una sombra. A tu paso hacia la noche pierdo perdidamente el recuerdo del día. Encantadora sustituta, eres el símbolo de un mundo maravilloso, del mundo natural y eres tú la que renace cuando cierro los ojos. Eres la pared y su agujero. Eres el horizonte y la presencia. La escalera y los barrotes de hierro. El eclipse total. La luz. El milagro: pues ¿acaso podéis pensar en algo que no sea el propio milagro cuando éste se presenta ante vosotros con su vestido nocturno? Así pues, el universo poco a poco se desvanece, se funde, en tanto que de sus profundidades se alza un adorable fantasma, se eleva una formidable mujer por fin perfilada que aparece por doquier sin que nada pueda separarme de ella y bajo el firme aspecto de un mundo agonizante. ¡Oh, deseo, crepúsculo de las formas!, a la luz de este ocaso de la vida, me agarro, como un prisionero a la reja que lo separa de la libertad, yo, esclavo del amor, el número condenado... seguido de una cifra demasiado alta como para que la boca la pueda conocer. La formidable mujer no cesa de crecer. Ahora el mundo es su retrato, y cuanto no han absorbido todavía las parcelas que, ligadas entre sí, forman su cuerpo, aquello que aún no se ha incorporado a su deleite es algo a lo que mi delirio apenas si puede resistirse. Y las líneas difuminadas de esta confusa realidad huidiza se reducen a lo accesorio del retrato. Montañas, jamás seréis otra cosa que el fondo de esta mujer, y yo, si estoy ahí en ese fondo es tan sólo para que ella tenga una frente donde posar su mano. Está creciendo. La apariencia del cielo ya se ha alterado en razón de esa maga creciente. Su revuelta mata de pelo hace que los cometas caigan sobre los cálices. Pero sus manos... todo cuanto toco participa de sus manos. Heme aquí, no soy más que una gota de lluvia en su piel, la rosada. Mar, ¿amas de veras los cadáveres putrescentes de tus ahogados?, ¿amas la suavidad de sus laxos miembros?, ¿amas ese amor suyo que renuncia al abismo, su increíble pureza y sus cabellos flotantes? Entonces, que ella, mi océano, me ame. Fluye, fluye a través de las palmas de mis manos, agua, que te asemejas a las lágrimas, infinita mujer en la que estoy inmerso. Atraviesa mi cielo, mi silencio, mis velos. Que mis pájaros se pierdan en tus

ojos. Mata, mata: aquí tienes mis bosques, mi corazón, mis cabalgatas. Mis desiertos. Mis mitologías. Mis calamidades. La desgracia. Y en este zodiaco en el que me perpetúo, devasta, por fin, bello monstruo, una carne de claridades.

La mujer ha tomado asiento en la arena imponderable donde todo cuanto es polvo, polvo de mariposa, eflorescencia y reflejos se convierte en los efluvios de su carne y en el encantamiento de su transitar. Con mi mirada he seguido la estela infinita de un navío, así que dime tan sólo una cosa, Simbad, ¿qué piensas de ese imán que desimantó los clavos del casco de tu barco en mitad del océano? Por lo que a mí respecta, ¡que me abandonen esos extraños cuerpos que me retienen, que me abandonen mis dedos, mis huesos, mis palabras y su cemento, que me deshaga en el magnetismo azul del amor! Lo femenino habita el fuego, la fuerza y el enflaquecimiento; está en el fondo de las mareas, en la defoliación de los árboles, en los artificios del sol, en los que, como un viajero sin guía ni caballo, hago que mi fatiga vague por una fantasía sin final. Palente tierra de nieve y sombra, jamás saldré de tus divinos meandros. De este modo, al volver a encontrarme con las felices curvas de tus caderas o la embrujadora sinuosidad de tus brazos en los más diversos lugares a los que me conducen toda la angustia de la existencia y esta inmensa esperanza que me prende, no puedo hablar de otra cosa sino de ti; y no te confundas si disimulo: todas y cada una de mis palabras son para ti, son tu apariencia. Mis imágenes han tomado su barniz de tus uñas; mi lenguaje demente se ha postrado a tu voz. ¿Acaso continuaré ahora con la falaz descripción de ese parque en que una noche han penetrado tres amigos? ¿Para qué? Planeas sobre este parque, sobre sus paseantes, sobre el pensamiento. Poseído estoy por tu vestigio y tu perfume. Desposeído estoy de mí mismo, del desarrollo de mi ser y de todo cuanto no es la posesión de mí por ti. Tú, el influjo celeste sobre mi fango informe. Todo me resulta divino, puesto que todo se te asemeja, y, más allá de los límites de mi razón y mi corazón, sé lo que es un lugar sagrado por cuanto conozco aquello que, a mi juicio, lo torna sagrado. Soy el verdadero idólatra, para quien los templos han proliferado tanto como las enfermedades. A partir de ahora, no habrá un lugar que no sea para mí un lugar de culto, un altar. Regreso ahora a ese arco que se tiende hacia una isla donde antaño se buscaba mi muerte con fervor.

Es ésta la verdadera meca del suicidio, este puente al que accedemos a través de una suave pendiente. La posibilidad de arrojarnos desde él queda, a la postre, aniquilada por una verjita. Mediante esta prudencial elevación se ha querido prohibir una práctica que se ha tornado epidémica en este lugar. Y mirad la docilidad del devenir humano: ya nadie se arroja desde este parapeto, por lo demás fácilmente franqueable, ni por la izquierda, desde donde uno caería sobre un camino blanco, ni por la derecha, por donde el acariciante brazo del lago que rodea la isla recibiría al suicida al final de su vértigo, cuya uniforme aceleración sería directamente proporcional al cuadrado de su masa y la potencia infinita de su deseo. Me vuelve a acometer esta idea. Ningunas, ningunas ganas de hablar del suicidio ni de nada. ¿Qué

esperáis de mí todos vosotros? Ahí están mirándome los muy estúpidos. Soy un hombre de carne y hueso, mirad y tocad el perfecto ejercicio de cada uno de mis miembros, de mis músculos... ¡Ah, ah! Ya veo lo que pasa: estos señores me tomaban por una máquina. ¿Darles el gusto? ¡Ni hablar! Largaos con vuestro puente bajo el brazo, con el pesar por estas lentejuelas con las que os habría gustado verme ribeteando sus arcos hechos de rayos de la luna, unas lentejuelas que habríais seguido con vuestra atónita mirada. ¡Bah, bah, bah! Sólo he de imaginarme lo que estáis pensando para saber que no pasa nada; vosotros, seres insignificantes ahora postrados a mis pies, y yo, en mi grandeza, tocado con mi corona celestial, blandiendo un caleidoscopio del revés, los náufragos en el bolsillo, una brizna de pradera entre los dientes, todo el universo, ese vasto universo por el que corren los ponis sin bridas, las columnas de humo que se deleitan en olvidar la línea recta, ¡y las miradas!, esas miradas que aun sin tener razón para hacer altos en el camino se detienen aquí y allá: mira, he ahí una escena en la que un estúpido oficial, con un altavoz de cartón en la boca, ordena maniobrar al barco; más allá, dos picapedreros en una encrucijada en la montaña me hacen reír con sus viseras; luego, por encima de los centinelas congelados los mensajes de los ruseñores se cruzan con una carrera de ratas blancas, que van a toda velocidad, mientras que, sobre el alféizar de una ventana, una carta comercial que no es precisamente una carta comercial, sino un mero pretexto — hablando en plata, una carta de amor— se vuela, vuela, vuela. ¡Ah! He visto el lento paso de los ladrones en el tejado. La singular tela de sus chaquetas me llama la atención por su parecido con los arriates hechos con plantas de hoja perenne. ¡Oh, hálito azul de los ventiladores!

¿Quién anda ahí? ¿Quién me llama? Querida. No me rebelo, acudo a ti. Aquí están mis labios. Entonces, se oculta. Y después de eso... Aquí estoy yo, por supuesto, no es difícil. Maldito, maldito. Deja que me desplome, pégame, húndeme. Soy tu criatura, tu victoria, mejor dicho, mi derrota. Esto se ha acabado. Exiges que hable, y te hago caso. Pero lo que quieres, lo que te gusta, esa serpiente sonora es una frase en la que las palabras ávidas de todo tu ser tengan una feliz inflexión y el peso de un beso. ¿Qué importan las limaduras prodigadas en esta balanza y el sentido desesperado que adopta cada palabra al saltar del corazón a los labios; qué más dará lo que digo si los sonidos mudados en ágiles manos tocan, al fin, tu cuerpo vestido con un salto de cama? No es preciso que me prohíbas nada: ya ves, me rindo. Mi pensamiento entero te pertenece, sol. Desciende sobre mí desde las colinas. Flota en el aire un sortilegio infantil por ti obrado, como si tus dedos vagaran entre mis cabellos. En verdad, solo estoy en esta gruta de sal gema, en la que los mineros empuñan sus antorchas detrás de los pendientes transparentes de la oscuridad mientras pasan tirando de sus níveos carros. Solo estoy bajo estos árboles podados con esmero, donde, en medio de una cerúlea estuosidad, los mulos, por costumbre, accionan las norias. Solo estoy en este vehículo de reparto adornado con la fiel reproducción de un cartel ya pasado de moda de una tienda de lencería. Solo estoy al

borde de un cañón hecho por la mano del hombre en un jardín del sudoeste, en el que escuchamos la risa clara de las mujeres cubiertas de esmeraldas. Solo estoy, no importa dónde, bajo una luz artificial, desatento a lo que me retiene, más allá de las parvas oscilaciones isocromáticas de mi amor, pero con la fuerza de este amor que reverbera en lo que sirve de lecho rocoso al delirio, con la fuerza de los linchamientos de besos, de la justicia sumaria de mis ojos, el corazón condenado a la horca, en tanto que los caballos mal atados arrastran sus ronzales al pastar a la sombra de los árboles, siguiendo los setos de agracejo y sacudiendo sus crines bicolor. Solo estoy en todo abismo cuyos esplendores acaban de velarse hace un momento, sobre los descorazonamientos, los deseos súbitos de abandonar una compañía sonriente, por encima de las perversidades pasajeras y de otras alondras blancas que, en su deseo de lluvia y de presagios, ya rozaban un suelo que exhalaba una nube entera de sudor. Solo por las labores del campo y las espadas. Solo por las hemorragias y los suspiros. Solo por los puentecitos del centro urbano y los desenlaces de las afueras. Solo durante las tormentas, por los ramos de violetas y las noches desaprovechadas. Solo en la vanguardia de mí mismo, donde, a la parpadeante luz de un baile de disfraces, un hombre perdido en un barrio nuevo y desierto de una ciudad efervescente, una divina noche estival, se entretiene en recoger con el extremo de su junco los fragmentos esparcidos, al pie de una pared, de una nostálgica postal rasgada con desidia por una mano desprovista de guante, en la que, junto a los anillos, brillaba una reciente mordedura en carne viva de un diente que desconoces. Más solo que las piedras, más solo que los mejillones en las tinieblas, más solo que un pirógeno vacío a mediodía sobre la mesa de una terraza. Más solo que la una. Más solo de lo solo que está algo envuelto en su abrigo de armiño, más solo de lo solo que está algo en un anillo de cristal, más solo de lo solo que está algo en el corazón de una ciudad sepultada.

Puedo, por lo tanto, proseguir mi andadura por este camino que se dirige hacia la vertiente occidental de la isla y del que, enseguida, arranca por su izquierda el sendero que conduce al mirador. Mis pasos son firmes. El propósito que me hace proseguir una exploración de todo punto inexplicablemente comprometida no debe de ser el efecto del mero azar. Tengo mis razones.

Pues bien, guárdate tus razones.

XV

Me han dicho que el amor es ridículo. Me han dicho: es sencillo, y me han explicado el mecanismo de mi corazón. Eso sí, sólo de forma aparente. Me han dicho que no crea en milagros: si la mesa gira en una sesión de espiritismo es porque alguien la empuja con el pie. Para acabar, me han enseñado a un hombre que se enamora por encargo, que de veras se enamora, se engaña a sí mismo, *enamorado*, ¿qué más se

puede pedir?, *enamorado*, sabemos lo que eso ha significado desde que el mundo es mundo.

Con todo, no os dais cuenta de mi credulidad. Presto como estoy a creer en cualquier cosa, las flores podrían brotar a su paso, podría ella convertir la noche en pleno día y obrar todas las fantasmagorías de la embriaguez y la imaginación; mas nada de todo esto me parecería extraordinario. Si la gente no ama, es por ignorancia. Yo he visto salir de la cripta el formidable fantasma blanco con su cadena rota. Pero ellos no han sentido lo divino de esta mujer. Les parece natural que ella esté allí, yendo y viniendo; el conocimiento que tienen acerca de ella es abstracto, un conocimiento ocasional. Lo inexplicable no les salta a la vista, por decirlo de alguna manera.

¿De qué hondonada surgió y qué senda a los pies de resinosos árboles, qué zanja de centellas, qué pista de mica y menta siguió para llegar hasta mí? En cada encrucijada, entre las mismas y recurrentes perspectivas de ladrillo y macadán, siempre elegía ella, de manera inexorable, el callejón más plumizo para —de sulfuro en sulfuro, abandonando las frondas minerales, los albaricoques petrificados bajo las calcáreas cascadas, los ríos de murmullos en los que sombras movedizas la llamaban —, finalmente, adentrarse en un desfiladero magnético entre los destellos del acero dulce atravesando un arco rojo. No me atrevía a mirarla mientras se acercaba. Me quedé petrificado, paralizado, como remachado a la abstracta vida diamantina. Ese día había nevado.

Los hombres viven en medio de precipicios mágicos sin ni siquiera abrir los ojos. Manejan inocentemente símbolos negros, sus ignorantes labios repiten, sin saberlo, terribles encantamientos, fórmulas semejantes a los revólveres. Hay razones más que suficientes para sentir un escalofrío cuando vemos a una familia burguesa que, mientras toma su café con leche por la mañana, es incapaz de advertir lo incognoscible que dejan traslucir los cuadros rojos y blancos de su mantel de *vichy*. Eso por no hablar del uso irreflexivo de los espejos, ni de los signos obscenos dibujados sobre las paredes, ni de la letra *w*, hoy empleada sin recelo, ni de las canciones de los cafés concierto —aquellas que recordamos sin tan siquiera conocer sus letras—, ni de las lenguas extranjeras introducidas en nuestra vida cotidiana sin que, previamente, hagamos la menor indagación acerca de su naturaleza diabólica, ni de los oscuros y evocadores vocablos tomados por llamadas telefónicas, ni del alfabeto Morse, cuyo mero nombre debería hacernos reflexionar. Después de todo esto, ¿cómo podrían los hombres tomar conciencia de los encantamientos? Aquel transeúnte al que empujan —¿no os habéis dado cuenta?— es una estatua de piedra en marcha, aquel otro es una jirafa convertida en corredor de apuestas y aquel otro... ¡Ay, aquel otro!, ¡chitón!, es un enamorado. Mirad cómo camina, con todas las piedras del tirachinas apedreando su frente, con hebras de golondrinas en su sombrero, con la brisa de los valles felices acariciando su cuello, sus labios mostrando la señal de una mordedura con forma de clavel, vestido con terciopelo

blanco —lo juro— y, en los estanques de peces que hay a las afueras, cuando se asoma a su superficie, los peces se convierten en cuchillos. En las calles hay enamorados, enamorados de verdad, como aquellos de quienes unos se ríen y por quienes otros lloran, como aquellos a quienes ahuyentan y a quienes cantan, como quienes un día darán mucho que hablar, daos la vuelta: unos enamorados están pasando por delante de vosotros. ¡Oh, vosotros, a quienes un regimiento y un séquito de chiquillos y clamores os retiene en las ventanas; vosotros, pobres ranas atraídas por unos andrajos abigarrados; vosotros, que vitoreáis esa bandera tricolor que a mí me importa un carajo, el Cristo que tras una campanita es llevado ante los moribundos, los muertos, los casados y el resto de miembros de esa pasma del espíritu; vosotros, que sólo os descubrís ante un hombre sólo en tanto en cuanto por la voz han quedado unidos su nombre y el vuestro, dejad de rendir este estúpido culto a cuanto no sea únicamente el amor! Ha llegado el momento de instaurar la religión del amor. Y si, inmersos en el ajetreo de las ciudades, vuestro amor no os une a nadie, si vuestro pensamiento está abandonado al ir y venir de los encuentros, sin que nada lo subyugue ni le incite a consagrarse a la única divinidad merecedora de colmarlo, vuestras ideas como luces movedizas sobre la huidiza superficie de las aguas, cuando una confusa agitación reine sobre miles de elementos dispersos llegados desde los confines de lo amorfo y el humo, y cuando, extraviados en un dédalo de costumbres y adoquines, alcéis una mirada vacía hacia lo que os rodea y descubráis que, por vez primera, este oscuro camino os ha conducido hasta la calle, entonces, reconoced la figura anónima que se acaba de detener allí: un faquir del amor, un hombre que no es como vosotros, disipados como estáis en la vulgaridad de vuestra alma, un hombre, en definitiva, modelado y recreado por la idea. Salve a ti, Legendario: eres una casa encantada, y de nada serviría enviar una delegación de científicos con sus aparatitos para observar los extraños fenómenos que, martirizado, encierras. Pero la medianoche no es suficiente para tus adorables espectros: el día entero y el sueño apenas bastan; entre tus paredes el perpetuo murmullo de un vestido arrastrándose te inquieta y te maravilla, y a ti ese murmullo te gusta. ¡Oh! ¿Quién es la reina y dueña de ese palacio que adopta tu forma, ese palacio en el que antaño se escuchara una canción y se viera un caballero negro? Sus brazos, sus hermosos brazos blancos atenazan tu memoria. ¿Tu memoria? No, hombre, no, es ella misma la que desafía el tiempo y sus ciénagas, ella vuelve por los surcos de tus venas, sonrío largamente, está a punto de hablar, su aire ha cambiado debido a un pensamiento supremo, está excitada, habla, sus senos tiemblan y yo oigo. Son los latidos de su corazón lo que acompasa todos mis sueños. Aquí estoy, amor mío, no te he abandonado.

XVI

Por la noche, el sendero que conduce al mirador está provisto de una verja móvil que

se puede apartar y que se traspasa fácilmente por la hierba. Después se bifurca: en una dirección resulta pintoresco al más puro estilo suizo, con un puentecito y mucha vegetación; en la otra, resulta grandioso, con su escarpadura hundiéndose en el lago y las terrazas de la montaña, hechas a mano, sí, pero por una mano de gigante. Como un hombre que junta sus manos, los dos caminos confluyen en un templito grecorromántico en el que unas columnas Luis XVI sostienen una cúpula al estilo de la Capilla Expiatoria. Un bello efecto luminoso y el abismo, el paisaje a nuestros pies, vuestro arrobo no me interesa en absoluto. Volveréis a descender por un laberinto de rocas, medio gruta medio serpiente, propicio en extremo a mis divagaciones. De pronto, una verja fija os obliga a deteneros antes de tomar el camino que queríais. Mientras renegáis, rebobinad la película —laberinto, mirador, los dos senderos gemelos— y torced a la derecha.

Descendemos por unas baldosas de mármol, anchas, planas y cortadas de forma irregular, que me traen a las mientes los juegos de mi infancia, cuando saltaba por las escaleras, las calles, pisarás un adoquín y el otro te lo saltarás, sólo caminarás por las rayas y tantísimos otros juegos metafísicos. A la derecha, una bonita estatua representa a un hombre en el suelo luchando contra un águila: ¿qué suerte de moralidad nos enseña aquel grupo, por qué os ponéis de la parte de alguno, quién será el vencedor? Después, ante vosotros, el enorme puente colgante. Está prohibido hacer que se balancee. Me guardaré de hacer caso omiso a tal prohibición.

¡Oh, puentes colgantes, etc.!

Digno es de señalar el pico de una montaña, creación del genio de la compañía X.

El lago, con el claro de luna eléctrico, pintado por Arnold Böcklin, y el tema continúa representándose en el marco, que es la ciudad de París; todo ello pintado en tres colores. Y tres jóvenes que lo contemplan. Se vende.

Irá a quien más ofrezca, al mejor postor.

El puente tiembla.

Es esta lámina en sepia la que se describe en la página ochenta y tres de la edición original de *El monje*, de M. G. Lewis —traducción al francés por el abad Morellet—: «Esta inscripción no ha sido colocada aquí sino como ornamento de la gruta, e igual que los sentimientos y la ermita, todo es imaginario». Pero ¿de qué inscripción se trata? Me parece a mí, amigo lector, que todo es igualmente imaginario. Así es, de hecho. Desde lo más alto a lo más bajo de la escala social.

El puente tiembla.

Escaleras, ante vosotras me quito el sombrero. En efecto: mi sombrero es imaginario. Pero el puente está suspendido. Está pendiente de ustedes, señoras, y les besa ardientemente en los labios. Ya nadie es galante. Nada hay más galante que un puente colgante.

Están, además, los senderos serpenteantes, el lago de los pájaros durmientes; apedreamos a los patos mandarinos, los cuales, a sabiendas de que nuestras piedras

no los alcanzarán, permanecen inmóviles sobre una alcándara en el agua. El café que hay en lo alto, pura encarnación del espíritu de Henry Bataille, esos primeros actos en los que los pintores están aún pintando las paredes, las fundas reservadas para los muebles del interior, no podéis comprenderme. Parque, parque y más parque. Éste es el apartamento de los sueños: en un desfiladero de rocas artificiales, un pasaje al fondo de un vallejuelo cerca de un río que fluye buscando su propia ruina en la cascada. En ocasiones, André Breton se expresa en un inglés de insólita elegancia. La esencia de su discurso, la cual se confunde esencialmente con el ambiente, es un equívoco entre los árboles y las palabras, la pradera se asemeja a un *limerick* —*it was a young lady of Gloucester*—, y, un poco más tarde, es Marcel Noll quien descubre, entre los destellos cruzados que atraviesan la niebla, el encanto de los viajes extraordinarios al fondo de las imponentes grutas que forman escondites, véase el plano, al sudeste de la isla, a la que llegamos tras un paseo en círculo. Les dejo a los soñadores estos agujeros en la roca artificial para que escondan en ellos sus búhos y sus arañas hilanderas, y a los periodistas, con el debido respeto, les dejo que desarrollen este tema en el que no faltan entresijos: «las grutas son las vulvas de la sombra, y yo gozo penetrándolas».

YO:

Te crees tú, criatura mía, que has de describirlo todo. Mediante la imaginación, sí; pero, al fin y al cabo, describes. Estás lejos de la realidad. No has contado las piedras, ni las sillas abandonadas ni los restos de lefa sobre las briznas de hierba, como tampoco has contado esas briznas de hierba. Toda esa gente que se pregunta adónde quieres llegar realmente se pierde en los detalles o en el jardín de tu mala voluntad. Lectores, alineaos a la derecha. ¡Eh, usted, el de los quevedos, levante la barbilla! Las estrellas no son una mierda. Si le doy una orden es para que lleve el paso con los pies. Paso acompasado. Los muy imbéciles me han seguido, como en esa complicación de la pídola llamada «el paseo», en la que un grupo de niños imita la ridícula pantomima de un niño engreído que es el primero en saltar al que hace de potro. Subid esta colinita y bajad: ¿qué han adelantado con eso? Nada; con todo, ni siquiera me digno reírme de ellos. No tienen ni idea de mi arrogancia. Cuantos hablaron conmigo creyeron en mi cortesía. La pelota, hacedme la pelota. Lamedme los zapatos una vez más. Sabe Dios por dónde he arrastrado mis zapatos. Jamás terminaré este libro del que tanto gustáis. Simplemente tendréis que imaginaros esa especie de Siberia, la cadena de los Urales que bordea la rue de Crimée, por donde pasa la vía del tren de circunvalación; y las puertas y los accesos al parque, así como esa poesía que está fuera de vuestro alcance, para vosotros, que venís de lugares más convencionales, para mí, que... a mí, a quien no creéis. Zozobrad en mi debilidad, esclavos. Mis brazos harán que os entreguéis al tedio, y, en virtud de ese dudoso gusto que habéis cultivado por mí, seréis castigados con la decepción. Pertenezco a la elevada raza de

los torrentes. Es algo que no entendéis, cabezas de chorlito. Cuanto digo, cuanto pienso es demasiado bueno para vosotros, siempre será más que suficiente para vosotros. Tú, dame tu reloj. Y tú, tu mujer. Vamos, nada de formalidades, ponadlo todo a mis pies. Nadie os ha preguntado vuestra opinión; de modo que no merece la pena que murmuréis para el cuello de vuestra camisa: preciosa naturaleza. Tumbaos bocabajo, más rápido, hombre, ¡zape! Camino sobre sus cuerpos, yo, rey holgazán, avanzo, ensucio sus chaquetas, su piel, su corazón. Curiosos motivos los de aquella servil tapicería de Aubusson. ¡Malditos, nada de revueltas, felpudos! Se me tendría que haber ocurrido ponerme unos zapatos con clavos o con espuelas. Las espuelas no me irían mal: primero, para picar con sus estrellas, ¡chischás!, y luego hacer ¡cataplum! con el tacón. ¡Cerrad el pico!

XVII

*Para: Sr. Philippe Soupault,
4, avenue d'Erlanger*

Señor director de *La Revue Européenne*:

¿No le da vergüenza publicar todos los meses una recopilación de palabras que, desde la abstracta perspectiva del pensamiento, carecen de todo significado general válido? Cerrad vuestros pétalos, vincas. ¿Qué abismo se ha abierto bajo los pies de vuestros colaboradores? ¿Acaso el designio de la ficción y la amable atmósfera que ésta requiere, así como las acrobacias de la inteligencia de *los ficcionarios* del espíritu pueden merecer todas esas rutinas de escritura e imprenta, las pruebas corregidas y los latiditos de vuestros corazones mensualmente cada vez que realizáis la compaginación? Desde el cielo se cierne un gigantesco ridículo sobre este tipo de actividad. Cuando el relato de semejantes empresas lo hace alguien que siempre ha considerado la agitación humana desde una perspectiva vulgar, sin zozobra, con ese complaciente asentir con la cabeza de las amas de casa, entonces, sale a la luz toda la falsedad de semejante posición intelectual. Lea lo que, en alguna parte, dice Wanda von Sacher-Masoch acerca de la fundación de una revista a cargo de su marido: primero repugna, luego seduce. ¡Qué gente, por Dios! Si le hago estos comentarios es porque, a la vista de algunas señales de complicidad que usted me hacía, tuve la impresión de que usted tenía una ligera noción de la inutilidad y lo irrisorio de todo esfuerzo. Tal vez me haya equivocado.

Así pues, me había propuesto, especialmente para compensarle por los adelantos pecuniarios que me había usted consentido, exponerle la imagen que me había formado de lo divino y de los lugares en los que éste se manifiesta. Al principio, para

no abrumarle con la enorme magnitud de semejante proyecto, se lo había presentado en forma de sencillos paseos mezclados con reflexiones, algo de lo que la literatura nos brinda varios ejemplos. No cabe duda de que las primeras páginas del manuscrito le decepcionaron, pues esperaba encontrar en ellas alusiones arqueológicas y alejadas de la realidad. Sin embargo, en razón de que aquellas primeras páginas tuvieron una buena acogida por parte de algunas personas de su entorno, me animó usted a continuar. Tuvo usted la sensatez de no airarse cuando abusé de su indulgencia y descuido, deslizándose aquí y allá, de manera subrepticia, ciertos comentarios algo licenciosos con respecto a lo que se acostumbra en Francia: había yo supuesto —acertadamente, como se comprobaría después— que lo último que le preocupaba a usted era el contenido de los textos que ofrecía a sus lectores. Es más: todo esto parecía encantarle, y su propio editor me ofreció el oro y el moro por publicar, en edición de lujo, un texto que, a buen seguro, él consideraba licencioso. ¡Qué equivocada está la gente!

¿Cómo explicarle en qué estaba yo en aquellos momentos? Pensaba estar contribuyendo a que la metafísica diera un paso hacia adelante. Loable error, pero craso disparate. Para que pudiera yo apreciar el sonido disonante que nos brindan estos metales de feria, era menester que se disiparan las nubes que enfoscan nuestra visión del amor. Y aquí están: unas son rosas, mientras que hay otras por cuyas rendijas se cuele la claridad; otras son sombras pasajeras, balaustradas para los pájaros. Mis espejismos no son para usted. ¿Qué le voy a hacer si mi relato tiene un aspecto inacabado, o si el paseante, recorriendo el Buttes con mi libro en la mano, se da cuenta de que apenas si he hablado de este jardín, de que he dejado de lado sus características esenciales?

XVIII

Para que cese el encantamiento, basta con que, durante un instante, el hombre ponga a prueba aquello a lo que ha dado su consentimiento, aquello que al dar un primer paso lo compromete y la inverosímil madeja de buenas razones para llevar a cabo una empresa descabellada. Sí, comencé a mezclar el paisaje con mis palabras, pensé en describir la figura del espíritu y, aunando ejemplo y reflexión, propuse una senda para alcanzar el estremecimiento, sacudí los polvorientos ramajes habitados por agonizantes ninfas descoloridas, creí que mi placer se esposaba con la luz de una idea y, después de todo esto, ¿qué creéis que me importa todo esto? Estáis esperando una distracción de alguien que jamás se ha distraído de sí mismo. Que la indulgencia del desprecio llueva sobre vosotros para siempre. No me corresponde rescatar del tedio a estos enfermos lectores. Que perezcan, que se marchiten en la noche del silencio, donde desvaídos histriones imitan, sin dolor, el fingido semblante de los dolores humanos.

En lo que a mí respecta, no soy el tipo de persona que llama a cada cosa por su nombre. Bajo esta ola a punto de romper, en esta cavidad que es como la órbita del ojo, apenas me queda un adarme de aliento; y ¿cuál es la palabra que, entre los millones de palabras, los millones de murmullos, las incontables perplejidades de la idea, elegiré, entre este racimo de espuma, entre este azul cerezo marino, a mi boca tal vez ebria por un beso, mi boca loca y extrañamente libre; cuál será esa palabra que me elegirá a mí, yo mismo un extraño, mi boca, ese misterio que muerde, de manera infinita, el mundo etéreo, cuál será esa palabra que me resume, ¡oh, burla!, esa palabra por la que muero?

A mi juicio, las conquistas del espíritu no significan nada en absoluto. Buscadores de toda suerte, ¿qué hacéis sino una repugnante apología de los sentidos? Algunas veces creí en nuevas purezas. Acerqué mis labios a aquellas nieves. Frutos, lucencias fundentes, juventudes, aguas quejumbrosas, bosques. Un único lazo ilusorio me une a tu trineo, perfume del mundo: te deslizas y, en las curvas, tus vuelcos se asemejan a una bandada de pájaros alzando el vuelo. Ante esta cruz conmemorativa de un accidente del pensamiento, insisto: las conquistas del espíritu no significan nada en absoluto. Cuando el hombre se pasea por la sala de nuevas adquisiciones luciendo en su rostro una sonrisa, ¡una sonrisa!, jamás soporto esa sonrisa. Desde los tiempos de las cavernas, no hemos ganado terreno alguno en lo referente al misterio. Hermanos míos condenados a muerte, despertaos bajo el filo de un cuchillo. En las fauces de la Bestia. Lentamente, la resina de la rama partida... se derrama por mi faz.

No os acompañaré más por los bosques del placer. Os interesáis por esto y por lo otro, ¿y a mí qué más me da? Mi corazón, bajo este puente de rocas que lo empenacha —¿con humo?—, arrastra los cubitos de hielo de los soles muertos entrechocando unos con otros. El cielo entero se ha ahogado en mis venas. El viento llora sobre los volcanes, la lava está en las profundidades del oído, la noche se levanta de su lecho terrestre, las larvas brotan de los surcos; y es demasiado tarde, al final, es demasiado tarde para ese destino, deseado e inefable, para la sangrienta transfiguración del cadáver; y Lázaro ya no saldrá jamás de su tumba. *Jamás ha salido de su tumba.*

A veces, en medio de frustrantes y humillantes circunstancias, inmerso en esta marea que me arrastra hacia los acantilados humanos, cuando la resaca de la atención muere a los pies de una mujer cuya mirada, sin embargo, tiene precio y cuando, perdidamente espero un bien hipotético, entonces suelo imaginar que no estoy solo bajo este ramo de estrellas. Y también imagino una multitud de seres animados por este movimiento de las aguas, unos seres que respiran como yo y que, como yo, son el juguete entre los áureos dedos de los planetas. Parecen hombres. Estoy soñando, y mi cabeza se va. ¿Adónde va cortada? Mi cabeza posada en la palma de una palmera humana. Extraordinario panorama novelesco. He aquí todos los fabulosos personajes: el tendero, el jefe de equipamiento, la reina, el cantante, el esquimal, la lechera. Cabeza mía, no vuelvas a posarte en la tierra. Cabeza mía, abre bien los ojos. ¿Acaso

no se trata de imágenes borrosas de mi propio reflejo? ¿Escuchas la jerigonza que la brisa, al surcar los trigales del hombre, sopla hasta ti? Son palabras dementes que hablan de la felicidad. Cabeza mía, no te poses todavía en la tierra. Escucha: parece el canto que, al final de un bello día, brota de las húmedas paredes de las prisiones. Banales versos grandilocuentes, cuando todo termine, si es que alguien recuerda algo, serán los versos más banales los que le vendrán a las mientes: «Hace un día precioso hoy... No me gustan mucho los vestidos de colores claros... ¿Ha conocido usted a esa mujer supuestamente tan hermosa?... *et caetera*». No te poses aún, cabeza mía. Vuelve a comenzar la canción: «Perdóneme la expresión, parece como si el cielo estuviera al alcance de la mano... Me quedé como una idiota al ver su puerta cerrada, sin ni siquiera una nota en la portería... Quise morir en aquel instante... Fue entonces cuando dije... Apenas me creerá... La gente cuenta unas historias de lo más raras, y, sin embargo... ¿De veras cree usted que nos morimos?». Baja, baja de ahí, cabeza mía, ya has jugado demasiado al boliche, ya has soñado más de la cuenta, ya has vivido demasiado. ¡Basta! Que el humo regrese a la llama, que el futuro se repliegue en el día. ¡Oh, Memphis, has visto tus propias ruinas y tu estatua cantante habitada por negros insectos! ¿De qué sirve imaginar este mundo? ¡Cállate! Conoces el sino del pensamiento.

El que hablaba se levanta. Se vuelve a arrancar la cabeza, precariamente reajustada. Se la arranca y, con una fuerza poco común, con una insospechada fuerza en esos brazos esmirriados, arroja lejos de sí esa cabeza suya de ojos pálidos y labios hábiles, lanza lejos de sí su característica cabeza, que rebota contra las piedras —las cuales a su vez la desuellan—, va rodando, huye, rebota contra las laderas de las montañas, desciende, se dirige hacia los valles profundos; durante un instante, los alerces, hacinados, la retienen por las orejas en su arboleda, pero la fuerza inicial de propulsión la dispara y los árboles se separan emitiendo un susurro con sus hojas al ser rozadas, la Cabeza pasa y alcanza los campos. Rueda por entre los cultivos, Cabeza, entre las siembras. Se mezcla con el grano, y el cribador la atrapa en su cedazo, enviándola hacia otros setos adonde el colegial vendrá, a su vez, a recogerla, sangrienta bajo sus negros cabellos. «Esta mora», dice el crío, «todavía está roja por uno de sus lados», y la arroja, despechado, en medio del polvo. La cabeza aprende ahora a distinguir los pies. Gente muy diversa toma este camino campestre. Sus andares son infinitamente variados. Sus pasos traicionan los múltiples movimientos de sus corazones. Los pasos pesados del labrador, los pasos ligeros de la niña y los del asesino que, en su apresurada huida, corre hacia la hierba. Y vosotros, pies desnudos, cansados y adorables. La cabeza rodará lentamente hacia el mar.

El que se había separado de su pensamiento cuando en lontananza las primeras olas hubieron lamido las heridas de la testa desdeñada, se liberó de su inmovilidad como un signo de interrogación al revés. En el aire puro, por encima de las sierras calcinadas, a esa altura en la que el diamantino cielo bañaba implacablemente la tierra cultivada hasta los huesos, donde cada piedra parecía llevar la huella de un

caballo estelar herrado con fuego, el cuerpo decapitado lanzaba a trompicones el triple chorro de sus arterias más poderosas, formando la sangre monstruosos helechos del chispeante azul del espacio. Sus báculos, desplegándose en las profundidades, continuaron en forma de suspensiones de vida, una línea de puntos de rubíes se enroscaba a los últimos pájaros de la atmósfera, a los anillos luminosos de las esferas, al último aliento de las atracciones magnéticas. El hombre-fuente, arrastrado por la capilaridad terrestre, se alzó en mitad de los mundos en pos de su sangre. Todo el inútil cuerpo estaba invadido por la transparencia. Poco a poco, el cuerpo se tornó en luz. La sangre, en rayo. Sus miembros, cada vez más rígidos, se paralizaron en un gesto incomprensible. Y así, el hombre no fue más que un signo entre todas las constelaciones.

EL SUEÑO DEL ALDEANO

Existe en el mundo un desorden impensable, y lo extraordinario es que los hombres hayan buscado siempre, bajo la apariencia del desorden, un orden misterioso que les es tan natural que no explica sino ese deseo que anida en su ser, un orden que, en cuanto lo introducen en las cosas, les maravilla, haciendo que este orden entrañe una idea y explicando este orden a través de una idea. Así pues, cuanto existe constituye para ellos una providencia, y de esta manera ellos dan cuenta de un fenómeno que tan sólo es la prueba de su propia realidad, una realidad que es el lazo que establecen entre ellos y, por ejemplo, la germinación del álamo, primero produciendo una hipótesis que les satisface, después admirando un principio divino que otorga la ligereza del algodón a una semilla que, para servir a incontables propósitos, tenía que ser propagada por el aire en una cantidad suficiente.

La mente humana no soporta el desorden porque es incapaz de imaginarlo, me refiero a que no puede pensar en él en primera instancia. El hecho de que una idea no surja sino allí donde se ha concebido su contrario es una verdad que, por desgracia, hasta ahora no ha sido examinada. El desorden sólo es pensado con relación al orden y, ulteriormente, el orden sólo es pensado con relación al desorden. Pero sólo posteriormente. La mera forma de la palabra «orden» lo exige. Y, al dotar al orden de un carácter divino, lo que hacemos es allanar el camino para una transición desde su concepción abstracta a su valor concreto, una transición que, en consecuencia, no puede existir para el desorden. La noción del orden no está compensada por la inexpugnable noción del desorden, de ahí su explicación divina.

El hombre se aferra a esta explicación. Con todo, no existe diferencia alguna entre una y otra idea. Toda idea es susceptible de pasar de lo abstracto a lo concreto, de alcanzar su desarrollo más característico y de dejar de ser la nuez vacía con la que se contenta la mentalidad del vulgo. Me permito no tener que aferrarme a cualquier idea que, por la necesaria consecuencia y la progresión lógica, haya formulado con anterioridad. Me parece evidente que, para el hombre que no nubla su percepción ideal mediante una incesante verificación, un continuo control de cada instante de su pensamiento, cotejando este momento concreto con todos los momentos que lo preceden —¿y a qué se debe esta preferencia del pasado frente al futuro, cuál es su fundamento?—, me parece, decía, que para el espíritu que concibe la diferencia entre estas palabras como una pura relación sintáctica, para quien, por consiguiente, concibe la coexistencia de varios gases distintos en el interior de un vaso no

comunicante, ocupando cada uno de ellos todo el volumen que se les brinda a todos, el desorden es susceptible de lograr su transición a un estado concreto.

Claro está que esto no es una mera cuestión de sentimiento: si he elegido el orden y el desorden como términos de esta dialéctica ha sido únicamente con la intención de mostrar de manera accesoria, al tiempo que doy un ejemplo de esta dialéctica, el vulgar enfoque que ha permitido a los hombres concebir una explicación divina del universo, lo cual contradice todo sistema filosófico auténtico. Pienso, en primer lugar, en los procesos mentales. Nada es realmente impensable a excepción de la idea de límite absoluto. Es inherente a la definición del espíritu el no poseer otro límite. Y si el desorden es impensable, me refiero a si fuera impensable de forma concreta, la concreción del espíritu sería el límite absoluto de la mente. Curiosa imagen ésta de lo que otros han dado en llamar «Dios». No veo la manera de conciliar esta imagen con ninguno de esos sistemas de opinión que para esa gente suplantaban al conocimiento. Y si, al comienzo, en esa primera figura de mi reflexión, he postulado que el desorden era impensable, ha sido porque esa primera figura representaba el conocimiento vulgar, el cual es el origen de todas mis intuiciones.

La idea de Dios, al menos su introducción en la dialéctica, no es más que un signo de la pereza del espíritu. Comoquiera que, en una primera fase, esta idea se alzaba para obstruir cualquier dialéctica verdadera, y que, en la segunda, reaparecía por otra enrevesada vía similar, podemos ver lo sencillo que resulta divinizar el orden que sigue al desorden, o reunir estas dos ideas en la noción de Dios en el curso de su evolución. Es en esta fase en la cual el idealismo trascendental quedó fijado y, ciertamente, el lugar que éste asignó a la idea de Dios fue mucho más satisfactorio para el espíritu que cualquiera de los que previamente se le habían concedido. Pero, desde el cabal instante en que reconozco en la propia idea de un mediador absoluto la misma vileza y el mismo cansancio del espíritu que me han mostrado los idealistas en sus teologías, entonces condeno a los idealistas, y el intelecto los condena en idénticos términos en que ellos mismos han condenado los sistemas teológicos. Es menester analizar la aparición de la idea de Dios en sus tres formas, en sus tres etapas del espíritu, de manera que pueda reconocer el mecanismo de esta aparición, de manera que pueda prever que soy susceptible de sucumbir a esta idea y de manera que, de antemano, pueda condenarme a mí mismo en la medida en que esta flaqueza se manifieste de forma evidente como una virtualidad de mi ser y, por último, de manera que generalice las propiedades de esta idea a través del mismo e inmutable mecanismo que yo percibo en su aparición. La idea de Dios^[8] es un mecanismo psicológico. En ningún caso podría ser un principio metafísico. Puesto que mide una incapacidad del espíritu, jamás podría ser el principio de su eficiencia.

De ahí a la conclusión de la imposibilidad de la metafísica tan sólo hay un paso para una mente vulgar. Así las cosas, en ocasiones la gente logra obtener una intuición de este punto de mis reflexiones; pero, al no ser conscientes de las etapas intermedias que me han conducido hasta ellas, se convencen de la imposibilidad de la

metafísica. Y es que, a su juicio, Dios es el objeto de la metafísica. Si no podemos, sostienen ellos con aparente éxito, alcanzar mediante la metafísica la idea que constituye su objeto, entonces la mente ha de renunciar en todo punto a la metafísica. Un error éste cuya ingenuidad ha conocido una increíble buena acogida. Además de que este error asociaba la metafísica a un objeto ajeno a ella, recurría a un irrisible pragmatismo inconsciente. Lo que sucede es que los hombres, durante casi un siglo, han aceptado esta idea como la única razonable, una idea que, sin embargo, constituye un verdadero suicidio del espíritu. Es como si todo razonamiento construido sobre el mismo modelo y que, sin embargo, no tuviera como única materia el espíritu, fuera monstruoso e indigno, haciendo que cualquiera que hiciera uso de ese razonamiento para reproducir el habitual enfoque del positivismo fuera tratado como un loco. Esto no es en absoluto un nuevo sofisma. Los idealistas ya se habían tropezado con él en su época y lo habían vencido por su propia causa. Un simple rodeo, la falsa modestia del junco pensante que se considera siempre de la mejor estofa, bastaba para volver a insertar en el debate, con todo su vigor, una dificultad que ya había sido resuelta. Toda la filosofía moderna, incluso la escuela que se opuso al positivismo, se ha visto afectada y viciada por esta falacia. Una mente filosófica no tiene más remedio que clasificarla entre los más burdos errores, entre los silogismos condenados por la filosofía aristotélica, y olvidarse de ella para siempre.

Si el problema de la divinidad no es, tal y como obstinadamente se ha afirmado, el objeto de la metafísica, y si la metafísica no es en sí una posibilidad lógica, ¿cuál es, entonces, el objeto de la metafísica? Los idealistas ya se habían percatado de que la metafísica no es la culminación de la filosofía, sino su fundamento, y de que en absoluto se distinguía de la lógica. La aceptación de esta sinonimia es, sin embargo, inaceptable. Si la lógica es la ciencia de las leyes del conocimiento y si estas leyes son incomprensibles más allá de la metafísica, argumento que suscribo, de esto no se desprende que estas leyes sean la propia metafísica, sino que, evidentemente, sólo en el seno de la metafísica, al ser la ciencia del objeto del conocimiento, se pone en práctica la lógica y desarrolla sus leyes. Me explicaría mejor si dijera que la lógica tiene por objeto el conocimiento abstracto, mientras que la metafísica se ocupa del conocimiento concreto. Esto implica, por emplear el lenguaje del idealismo y así desenmarañar los procedimientos del error en este sistema, que en ningún caso podría darse una lógica de la noción ni una metafísica del ser; que sólo estas concepciones, hijas de los propios errores que los idealistas combatían, condujeron a Hegel a construir lo que él llamó «doctrina de la esencia», que no es sino un intermediario inútil que le permitió pasar de la lógica a la metafísica, cuando anteriormente las había mezclado. Habría bastado mantener sus individualidades para combatir el error.

La lógica es la ciencia del ser; la metafísica, la ciencia de la noción. Si pudiéramos acceder directamente a la concepción metafísica, nuestro espíritu no necesitaría en absoluto de la lógica. La lógica no es sino un mero medio para elevarnos hasta la metafísica, algo que aquélla no debe olvidar. Desde el instante en

que deja de tener este valor, desde que se pone en práctica en el vacío, pierde entonces todo valor. Aun cuando accedemos a la metafísica mediante la vía lógica, la metafísica abarca la lógica al tiempo que se mantiene diferenciada de ella.

La noción o conocimiento de lo concreto es, por tanto, el objeto de la metafísica. Los movimientos del espíritu gravitan en torno a la percepción de lo concreto. Es imposible concebir una mente cuyo objeto no sea la metafísica, por muy vulgar y nublada que esté por el sentimiento y la opinión. La metafísica es aquello a lo que aspira el espíritu, y poco importa que alcance o no lo que desconoce estar buscando. Diríase que una filosofía no puede «triunfar». Es de la grandeza de su objeto de donde extrae la suya propia, una grandeza que conserva en su fracaso. Asimismo, desde el instante en que advierto el fracaso del idealismo trascendental, aplaudo esta empresa, la más elevada que haya imaginado el hombre, como una etapa necesaria del espíritu. Y, sin embargo, en su camino hacia lo concreto, no es menester que se preocupe el hombre del asentimiento pasajero que le haya concedido a un sistema. El descanso no existe para Sísifo: su piedra no cae de nuevo, sino que sube y no debe cesar su ascenso.

Desciende a las profundidades de tu idea, habita tu idea, pocero que cuelgas de tu cuerda. Al comienzo no era más que una línea, un contorno, mientras que ahora sí que está limitada de veras; y por doquier toco cuanto no es tu idea, a través de ella por doquier toco cuanto la niega, el mundo expira en sus orillas. Mi idea: mi idea se aferra a mil lazos. Una larga historia, y las cicatrices de su forma me conmueven, beso las imperfecciones de su pie.

Terribles y encantadoras putas, que otros se pongan a generalizar en sus brazos. Que se arroben al volver a encontrar, bajo esta apariencia cambiante —y, para mí, desconcertante—, aquello que las une a todas, aquello que, sin embargo, viene a ser el amor verdadero. Prefiero sus besos. Prefiero cada uno de sus besos, lo distingo, soñaré con él largamente, jamás lo olvidaré. He oído a hombres que se quejaban de que sus amantes carecían de aquello que es propio de las mujeres, sucumbiendo a todo lo que las mujeres suelen evitar. Aquellos hombres sufrían por no poder sentir bajo la piel acariciada el tremor de la ley general, ese estremecimiento que debería extasiarlos. Pues bien: yo no. Yo te adoro por esa peculiaridad adorable, no por un adarme del cuerpo ni por ese temblor del aire que sería válido para cualquier otro. Jamás podríamos reconstruirte a partir de tu delicada mano. Haces que las leyes se confundan, a la vez que eres su misma expresión. Esa enorme libertad que las leyes olvidan estalla a tu paso. La maravilla reside en que yo haya huido del género femenino hacia esta mujer. Vertiginosa circunstancia: la encarnación del pensamiento, y heme aquí, sin poder concebir otro misterio mayor. Ayer, a ciegas me aferraba a vacuas abstracciones. Hoy, me domina una persona: la amo, su ausencia es un mal intolerable y su presencia... No puedo comprender su presencia, y nada en ella es natural, como tampoco en su poder. Un gesto. Una palabra. El deslizamiento de su

vestido. ¡Oh, esa pulsera que juega con la carne al rozarla!

Me había detenido en este punto de mi pensamiento, como ese hombre que ya no sabe qué lo ha conducido hasta allí y que no encuentra el camino de salida. La mala fortuna hace que el proceso que rige mi pensamiento sea el mismo que el que rige mi vida. Mis amigos advirtieron mi estado anímico y, lo sé, se quedaron afectados; pero jamás sospecharon que fuera la falta de perspectiva metafísica aquello que me estaba confundiendo hasta tal punto. Me consagraba a los más baladíes trabajos literarios, cuyo mero recuerdo ahora me avergüenza. Son los mismos arrebatos de pudor que nos acometen cuando recordamos ciertos episodios de nuestra infancia o de nuestra vida familiar. Ningún razonamiento lógico parecía poder liberarme de este calabozo lógico que reflejaba mi melancolía. Fue entonces cuando una total y violenta mudanza de mi suerte, en la que creí no haber participado, dio un giro tan nuevo a mis pensamientos que a su vez mi propio pensamiento los dejó atrás. Me enamoré, y lo que estas dos palabras brindan a la imaginación es inimaginable.

La cuestión de cuándo la idea del amor, de este amor, la precisa idea de este amor, afloró en mi mente, es algo a lo que no puedo responder, al mismo tiempo que puedo responder perfectamente. Todo me separaba de aquella mujer a quien al principio había tratado de rehuir y a quien, sobre todo, había intentado ahuyentar de lo más íntimo de mi ser. Hay en mi arrebato por las mujeres una cierta arrogancia que es consecuencia de diversos remordimientos, del hecho de haber creído durante mucho tiempo que, en el mejor de los casos, una mujer sólo podría odiarme, de ese horrible sentimiento de fracaso que me conduce siempre a los confines de una sombra mortal. Me había prohibido amar a esta mujer, llegando a negarle incluso, como atenazado por un terror revelador, los pesares del recuerdo. Diversos sentimientos me dictaban mi propia conducta. Fue, sin duda, en ese momento cuando adiviné, aunque no con la claridad suficiente como para dibujar el contorno de un fantasma, una profunda mudanza en mi corazón: la extraña filigrana del amor comenzaba ya a dejar su impronta. Pensé que se trataba de un cambio de humor, y fue durante ese estado de verdadera confusión cuando conocí a otra mujer. Permitidme que hoy le haga a ella esta confesión, que todo esto se desvanezca y ella me perdone. La amé del modo en que amaba yo a la sazón, la amé cuanto me fue posible, sin saber que, pese a todo, su imagen estaba mezclada con la de otra; la amé sin mentir, con un amor que sólo palidecía a la luz del amor mismo. Sabe muy bien lo desgraciado que me hizo. A pesar incluso de los obstáculos que, contumaz, ella iba poniendo en mi camino, jamás consumí este amor; es más, sin duda este amor se nutría de ellos. Pero escúcheme, querida mía, he vuelto a encontrar en mí lo que antes negara. Había sido usted mi única defensa y ya se estaba alejando de mí. Entonces me atribulé por la otra, sin poder creer que ella jamás sabría de todo esto. Viví sin hacer esfuerzo alguno por acercarme a ella. Como ya he dicho, otros sentimientos me apartaban de ella por aquel entonces. Después, me estremecí al sentir mi propia fragilidad. Temí que la vida se me tornaría insoportable si ella me humillaba una sola vez. Hizo algo

extraordinario: me llamó a su lado, y yo acudí. Tarde de turbación, tarde de eclipse: entonces, ante el fuego que nos bañaba con sus incandescentes fulgores, acepté, al ver sus ojos, sus inmensos y calmos ojos, la idea de aquel amor concebido y negado que, de pronto, se alzaba imponente ante mí con toda su evidencia, al alcance de mi mano, una mano que creyó volverse loca. No me apresuré. La imperceptible pendiente de la declaración amorosa se prolongó durante horas y más horas. No hubo ruptura alguna entre la indiferencia y el amor. Una puerta cedió al fin, y ante nosotros se desplegó el maravilloso paisaje.

Que la pasión nubla nuestro entendimiento es algo que damos por sentado con facilidad, cuando, de hecho, tan sólo ofusca cuanto hay en él de vulgar, de minucioso. Las distracciones de los enamorados y las de los sabios no han cesado de causar risa: ambas son idénticas las unas a las otras y no son más que el reflejo de una adaptación a un objetivo muy grande. En el amor, por su mero mecanismo, descubría yo cuanto la ausencia de amor me había impedido percibir. Lo que en aquella mujer, más allá de su imagen, volvía a formarse para adoptar aquella misma imagen, haciendo emanar de ella un mundo específico; el gusto, ese gusto divino que reconozco tan bien en todo vértigo, me advertía, una vez más, de que me estaba adentrando en ese mundo concreto cerrado al resto de los transeúntes. A mi juicio, el espíritu metafísico renacía del amor. El amor era su fuente. Espero no salir jamás de este bosque encantado.

La esfera de la noción se asemeja al fondo de los mares. Se nutre y se alza de las estratificaciones debidas al propio movimiento del pensamiento y, en sus arrecifes, alberga tesoros, navíos, esqueletos, todos los deseos extraviados, las voluntades ajenas. ¡Cuán extraordinario camino el seguido por este medallón que en mitad de la noche nos brindaba una mano blanca! El camino desde una rutilante tienda en medio de un paisaje de bruma y música hasta ese áureo sedimento en el que yace junto a una medusa y los aparejos vencidos de una armada anónima. La noción es también el naufragio de la ley, es la noción la que trastoca la ley. Se me escapa toda vez que la aprehendo. Me cuesta alcanzar lo concreto, pero avanzo en su seno, me pierdo en él. El signo de esta pérdida es el conjunto entero del verdadero conocimiento, todo el verdadero conocimiento que se me ha reservado.

Permitidme que clave mi mirada en ese metal precioso que está en mi mano, que tanto he buscado, que es el único bien deseable y el único devenir de mi pensamiento, para poder seguir su huella antes de que se desvanezca. Reconozco ese metal. En ocasiones he observado en una copa el reflejo de cuanto existe. He bebido ese champán ideal sin ser consciente del curso de mi intelecto, sin pasar por esta sinuosidad meditativa, estos giros, estos desenlaces. Del más trepidante vislumbre nacía una aparición. No me sentía responsable de ese mundo fantástico en donde habitaba. Lo fantástico o lo maravilloso. Es en esta zona donde mi conocimiento se tornaba en verdadera noción. Accedía a ella mediante una escalera secreta: la imagen. La indagación abstracta me llevó a considerarla una burda ilusión, y, sin embargo, la

noción, al final, en su forma concreta y con su tesoro de particularidades, ya no me parece en absoluto distinta de ese modo menospreciado del conocimiento, la imagen, que es el conocimiento poético, en tanto que las formas vulgares del conocimiento no son, so color de la ciencia y la lógica, sino las etapas conscientes que, de un modo maravilloso, quema la imagen, ese matorral ardiente.

Soy consciente de cuánto entraña una concepción semejante, de las objeciones que se le pueden plantear. Un cierto sentimiento de lo real. Puro sentimiento. ¿De dónde sacamos, pues, la idea de que lo concreto es lo real? ¿Acaso lo concreto no es, por el contrario, todo aquello que está más allá de lo real? ¿Acaso no es lo real sino el juicio abstracto que lo concreto presupone únicamente en la dialéctica? En cuanto a la imagen, ¿acaso no posee, por sí misma, su propia realidad, una realidad que es su aplicación y su sustitución del conocimiento? No cabe duda de que la imagen no es lo concreto, sino la conciencia posible, la mayor conciencia posible de lo concreto. Por lo demás, poco importa cualquiera que fuere la objeción que pudiéramos plantear a semejante mentalidad, ya que esa objeción es propiamente una imagen. En el fondo, no existe modo alguno de pensar que no sea a través de una imagen. Con todo, la mayoría de las imágenes se graban de manera tan débil en el espíritu que las emplea que no entrañan ningún juicio acerca de la realidad, en razón de lo cual conservan ese carácter suyo abstracto que constituye su pobreza e ineficiencia. Lo propio de la imagen poética, al contrario de la imagen *esencial*, si es que puedo emplear este mediocre calificativo, es constituir esta cualidad de materialización que ejerce sobre el hombre un enorme poder y que, en nombre de la lógica, le hace creer en una imposibilidad lógica. La imagen poética se presenta en forma de hecho, adornada con todo lo que es necesario al hecho. Ahora bien —y esto es algo que jamás se le ha ocurrido a nadie cuestionar, de no ser el propio Hegel, y ni siquiera él le concedió una importancia preponderante—, el hecho no reside en el objeto, sino en el sujeto: el hecho sólo existe en función del tiempo, es decir, del lenguaje. El hecho no es más que una categoría. Pero la imagen no toma prestado del hecho sino su forma, pues el espíritu puede contemplar el hecho fuera de sí. Por lo tanto, en los diversos estadios de su desarrollo, la imagen se presenta al espíritu provista de todas las garantías que éste reclama de sus maneras de conocer. Si la imagen es la ley en el reino de la abstracción, el hecho lo es en el reino de los acontecimientos, y el conocimiento, en el reino de lo concreto. Esta hipótesis nos permite formular un juicio y declarar sucintamente que la imagen es la vía hacia todo conocimiento. Por tanto, estamos capacitados para considerar la imagen como la resultante de cualquier movimiento del espíritu, para dejar de lado cuanto no sea ella, para no consagrarse sino a la actividad poética en detrimento de cualquier otra actividad.

Callaos, no me comprendéis: no me estoy refiriendo a vuestros poemas.

Es la poesía a lo que tiende el hombre.

No hay conocimiento sino de lo concreto.

La locura es el predominio de lo abstracto y de lo general sobre lo concreto y

sobre la poesía.

«El loco no es el hombre que ha perdido la razón: el loco es quien lo ha perdido todo, excepto la razón». (G. K. Chesterton).

La locura no es más que un vínculo, como el existente entre lo razonable y lo real. Es *una* realidad, *una* razón.

Creo que la actividad científica, aun cuando ligeramente sea una locura, es humanamente defendible.

Los consuelos de la lógica. Nadie jamás ha dicho: «Se precisa una lógica para el pueblo». Aunque no es de mi incumbencia, podría sostenerse algo así.

Lo que me interesa a mí es la metafísica, y no la locura ni tampoco la razón.

Me importa muy poco llevar la razón. Busco lo concreto. Por eso hablo. No consiento que se discutan las condiciones de la palabra ni las de la expresión. Lo concreto no posee otra forma de expresión que no sea la poesía. No consiento que se discutan las condiciones de la poesía.

Existe una especie de perseguidos perseguidores conocidos como *críticos*.

No consiento la crítica.

No he consagrado mis días a la crítica. Mis días pertenecen a la poesía. Convinceos de una cosa, vosotros que tanto os reís: llevo una vida poética.

«Una vida poética», profundizad en esta expresión, os lo ruego.

No consiento que nadie retome mis palabras, que las vuelva en mi contra. No son los términos de un tratado de paz. Entre nosotros, la guerra.

En 1925 el periódico *Le Fígaro*, en su suplemento literario, preguntó si «era preciso» o no elidir las «es» mudas de los versos, si «se debían» alternar las rimas. Conociéndoos como os conozco, sé que no os comportaréis de otra manera con respecto a mi pensamiento. A partir de ahí, juzgad los juicios que os formáis acerca de mi vida.

Mi vida ya no me pertenece.

Ya lo he dicho.

No quiero ser el foco de atención. Pero, en mi opinión, la primera persona del singular expresa todo lo concreto del hombre. Toda la metafísica está en la primera persona del singular. Toda la poesía, también.

La segunda persona sigue siendo la primera.

Hoy en día, cuando ya no hay reyes, son los científicos y los eruditos los que dicen: «Queremos». ¡Qué tipos tan cándidos!

Crean que han aprehendido el plural, mas lo que tienen en sus manos no es sino una víbora y no se dan cuenta.

No me distraigo, me domino. En un paisaje, es siempre lo más absurdo lo que atrae nuestra mirada en lugar de lo esencial. Mi punto de vista goza de una buena perspectiva.

Decididamente, no consiento la crítica.

Estoy en el cielo. Nadie puede impedirme que esté en el cielo.

Ellos han puesto el cielo en otro lugar. Al imaginar las estrellas, han olvidado mis ojos.

Entonces, para el espíritu ¿qué significa el infierno?

De entre todas las esperanzas que nunca he concebido, la más tenaz fue la desesperación. El infierno: mi moral, ya lo veis, no está ligada a mi optimismo. Jamás he comprendido el consuelo.

El cielo no me ayudará.

Es extraordinaria esta necesidad que tienen de una moral consoladora.

Ni flores ni coronas.

Pródigos a un lado, avaros al otro: los unos prestan su vida por unos pocos días con altísimos intereses, los otros esperan reencontrarse con ellos en la muerte.

A la poesía prefieren el paraíso.

Cuestión de gustos.

Incluso en la metafísica, generalmente ha quedado claro que la poesía no ha alimentado al hombre.

¿Qué es todo este sentimentalismo?

Dejad a un lado todo sentimentalismo. El sentimiento no es una cuestión de palabras, estafadores de toda suerte. Contemplad el mundo desde fuera del sentimiento. ¡Qué tiempo tan precioso!

La realidad es la ausencia aparente de contradicción.

Lo maravilloso es la contradicción que brota en lo real.

El amor es un estado de confusión entre lo real y lo maravilloso. En este estado, las contradicciones del ser aparecen como *realmente* esenciales al ser.

Allí donde lo maravilloso pierde sus derechos, comienza lo abstracto.

Lo fantástico, el más allá, el sueño, la supervivencia, el paraíso, el infierno, la poesía: existen numerosísimas palabras que significan lo concreto.

No existe amor sino de lo concreto.

Y puesto que tanto les gusta la escritura, les queda la tarea de escribir una metafísica del amor.

Con el fin de responder a una cierta objeción al nominalismo, puede ser una buena idea forzar a la gente a percatarse de lo que ocurre cuando la acomete el sueño. Cómo el hombre comienza entonces a hablar consigo mismo y mediante qué imperceptible progresión se deja llevar por su palabra, que se vuelve manifiesta y efectiva, y cuando, por fin, el hombre alcanza su valor concreto, es ahí cuando el durmiente sueña, como se suele decir.

Lo concreto es lo indescriptible: ¿qué más me da saber si la Tierra es redonda?

Hay un estilo noble en lo relativo al pensamiento.

Esto es lo que niegan los psicólogos.

Los psicólogos o aficionados a las almas son los acólitos del sentimiento. He conocido a muchos.

El inventor de la palabra «fisonomista».

Aquellos que dicen «Dios» por las mejores razones del mundo.

Rara vez Dios está en la punta de mi lengua.

Los que distinguen las facultades del espíritu.

Los que hablan de la verdad (no me gustan tanto las mentiras como para hablar de la verdad).

Es demasiado tarde para ustedes, señores, pues las personas han agotado sus días en la tierra.

Forzad hasta el límite la idea de la destrucción de las personas y sobrepasad ese límite.

NOTAS DE LA TRADUCTORA

El aldeano de París (Le Paysan de Paris): aun cuando el significado más obvio de la palabra *paysan* sea el de «campesino», la palabra francesa posee una connotación peyorativa de la que carece la española «campesino». Por eso hemos preferido sacrificar la literalidad empleando la palabra «aldeano», que sí que posee ese matiz peyorativo, del cual se sirve Aragon de manera irónica. Cabe destacar que, salvo en el título de la obra y en el del último capítulo, la palabra *paysan* está del todo ausente en el texto.

«¡Qué bellas estáis, columnas de humo, en vuestros castillos de arena!» (p. 13): en el original francés, *colonnes de fumées*. La palabra *fumée* significa literalmente «humo», pero en sentido figurado significa también —como en castellano— algo efímero, vano y perecedero. *Fumées* (en plural) se refiere asimismo a los «vapores» en el sentido que antiguamente se le daba al término de «humor sutil que se elevaba desde el estómago u otra parte del cuerpo a la cabeza, aturdiéndola o mortificándola»; como en la expresión «los vapores del vino» para simbolizar la ebriedad. A lo largo de todo el texto, Aragon emplea la palabra *fumée* en sus tres sentidos: como humo que entorpece la vista (o que enturbia el entendimiento); como algo efímero y vano; y, por último, como algo embriagador, algo que arroba, que produce quimeras en nuestra mente, en definitiva, *la maravilla*. Se trata de tres ideas que, expresadas de muy diversa manera, están presentes en todo el texto.

«Esta luz reina extrañamente en esa suerte de galerías cubiertas que son numerosas en París en los alrededores de los grandes bulevares y que, de forma inquietante, llamamos “pasajes”, como si, en esos pasadizos ocultos a la luz del día, no le estuviera permitido a nadie detenerse más de un instante» (p. 18): en el original, *passage*. Puede que sea ésta la palabra más repetida en el texto original. Sin embargo, posee numerosísimos significados, por lo que, en función del contexto, la hemos traducido como «paso», «transición», «andadura», etc. En casi todas estas acepciones subyace la idea de lo efímero, el cambio, el movimiento, la metamorfosis e incluso, como veremos más adelante, la idea de «tránsito» en el sentido del paso de la vida a la muerte.

«Esa “pensión”, que ocupa el primer piso, es una casa de citas» (p. 21): en el original, *maison de passe* (lit. «casa de paso»). Son muchas las expresiones sinónimas que

Aragon podría haber empleado (*maison close, maison de tolérance, maison publique, maison de claques, maison de rendez-vous, etc.*), pero *passee* (igual que *passage*) da idea de lo efímero, lo fugitivo, de tránsito, de perpetua transformación y metamorfosis, algo que, como ya hemos apuntado, subyace en todo el texto. La *maison de passe* es, por definición, el lugar de los *amours de passage*, de los amores pasajeros, efímeros, sin vocación de duración.

«A esta romántica casa de huéspedes, cuyas puertas en ocasiones están entreabiertas, dejando columbrar en su interior extravagantes almejas» (p. 22): tómease «almejas» en el sentido vulgar de la palabra. En el original Aragon emplea la palabra *coquillage*, que además de significar «concha» o «marisco» se refiere vulgarmente al órgano genital femenino. Dado el contexto y el lenguaje algo licencioso que, en ocasiones, el autor emplea a lo largo del texto, nos hemos decantado por esta opción.

«El otro contiene algunos bastones, además de paraguas, carteras, saquitos de perlas, collares de ámbar y, siguiendo una disposición extraña y concertada, pipas formando un grave círculo de silentes corcheas en la parte central» (p. 30): hemos traducido *muettes* (lit. «madrigueras» o «mudas, sin habla») por «semicorcheas», pues consideramos que es posible que Aragon estuviera comparando mentalmente la forma de una pipa con la de una corchea del pentagrama —con su cabeza, su pleca y su rabillo torcido (♯): «pipas formando un grave círculo de [semicorcheas] *mudas* en la parte central, donde la luz, a modo de juego, acaricia sus heteróclitas *cabezas*». Asimismo, nos parece probable, aunque menos, que se estuviera refiriendo Aragon a que esas pipas, con forma de sirena, fueran el coro silente o mudo de la sirena principal: «pipas formando un grave círculo de [sirenas] *mudas* en la parte central, donde la luz, a modo de juego, acaricia sus heteróclitas *cabezas*». La palabra *mulette*, igualmente, podría traducirse en su acepción de «madriguera»; aunque la boca de la madriguera pudiera ser como la abertura de la cazoleta de la pipa, la imagen poética perdería toda su fuerza: «pipas formando un grave círculo de *madrigueras* en la parte central, donde la luz, a modo de juego, acaricia sus heteróclitas *cazoletas*». Es muy posible también que en el texto original haya una errata: que en lugar de *muettes* deba decir *mouettes*, es decir, «gaviotas». Dado que estas aves son elementos esenciales de todo paisaje marino, creemos que la palabra *gaviotas* encaja mejor en la descripción marina que está haciendo el autor en estas líneas. No es ésta la única vez que Aragon emplea el mundo marino como metáfora: en *Le Roman inachevé*, la autobiografía en verso que el autor escribió en 1956, en el elocuente poema «Les mots m'ont pris par la main» («Las palabras me cogieron de la mano») describe la época en la que el surrealismo elaboró los principios de la escritura automática: «assis | Á marier les sons pour rebâtir les choses | Sans cesse procédant à des métamorphoses | Et nous faisons surgir d'étranges animaux | [...] Et naissaient à nos pas | L'antilope-plaisir les mouettes compas [...] Vaste alphabet d'oiseaux tracé sur l'horizon | De coraux

sur le fond des mers» («sentados | para casar los sonidos a fin de reconstruir las cosas | procediendo a metamorfosis sin fin | y provocando el nacimiento de extraños animales | [...] Y nacían a nuestro paso | el antílope-placer, las gaviotas-compás [...] Vasto alfabeto de pájaros trazado en el horizonte | [vasto alfabeto] de corales en el fondo de los mares». Es ésta la opción que nos parece más significativa, aunque hemos respetado la literalidad del texto.

«... hay, ¿quién sabe?, en estos calmos establecimientos, rencores acumulados que podrían preparar para el año que viene un “atrincheramiento” comercial...» (p. 32): el original dice *un Fort Chabrol*, expresión que ha pasado a la lengua corriente francesa para designar cualquier atrincheramiento de alguien rodeado por las fuerzas del orden. El suceso de Fort Chabrol tuvo lugar en 1899, cuando en señal de protesta por la revisión del caso Dreyfus, el periodista Jules Guérin, presidente de la Liga Antisemita y director del periódico *L'Antijuif*, se atrincheró durante treinta y ocho días en un edificio de la rue Chabrol.

«Me olvidaba, pues, de decir que el pasaje de la Ópera es un gran ataúd de cristal» (p. 41): Scherlinger, el protagonista de «El relato de una embriaguez en Marsella», de Walter Benjamin, cuenta cómo, al poco de desembarcar en Marsella, «el azar» lo condujo «al famoso Passage de Lorette, la cámara mortuoria de la villa» (Benjamin, *Obra completa*, libro IV, vol. 2, Madrid, Abada, 2010). Cuando en 1930 Walter Benjamin publicó este cuento ya habían pasado seis años desde que *El aldeano de París* comenzara a aparecer primero por entregas en *La Revue Européenne*, dirigida por Soupault, y después, en 1926, en forma de libro publicado por *La Nouvelle Revue Française*. En 1935, en una carta a Adorno, Benjamin explicaba su concepción de la *Obra de los pasajes* (título que parece darle la vuelta al de «El pasaje de la Ópera»; recuérdese que *opera*, en latín significa «obra») en estos términos; «En su inicio está Aragon: *El aldeano de París*, del cual nunca pude leer, por la noche en mi cama, más de dos o tres páginas, porque el ritmo de mi corazón se aceleraba tanto que debía apartar el libro de mis manos» (cit. en Ricardo Ibarlucía, *Onirokitsch: Walter Benjamin y el surrealismo*, Buenos Aires, Manantial, 1998, p. 16). La muerte está muy presente en *El aldeano de París*: de hecho, este capítulo está dedicado al pasaje de la Ópera, que está destinado a una próxima demolición en 1925. Como ya hemos dicho en una nota anterior, la palabra *passage* en francés significa, entre otras muchas cosas, «tránsito» y de forma concreta el referido al paso de la vida a la muerte, cosa que Aragon transforma: para él, «pasaje» simboliza el tránsito de lo real a lo surreal, de la idea a la imagen, del mundo exterior a lo concreto. En la segunda parte del libro de Aragon, «El sentimiento de la naturaleza en Buttes-Chaumont», la muerte está asimismo presente en los párrafos dedicados al Puente de los Suicidas. Aun cuando son muchos los elementos de Aragon que influyeron en Benjamin, éste le reprocha al francés que su texto sea más un réquiem o un obituario, frente a lo que él pretende

hacer: una autopsia de París, es decir, una investigación científica. Sobre la influencia de Aragon en Benjamin, especialmente en *Dirección única y Obra de los pasajes*, se puede consultar el artículo de Vaclav Paris «Uncreative influence: Louis Aragon's *Paysan de Paris* and Walter Benjamin's *Passagen-Werk*» (Journal of Modern Literature, vol. 37, núm. 1, otoño 2013, Indiana University Press).

«¿No hay peluqueros que, como los mineros en las minas de hulla, hayan soñado con servir solamente a las morenas, y otros que se hayan entregado a las rubias?» (p. 47): comienza aquí la letanía de los rubios. El 1 de abril de 1922, la revista *Littérature* publica un cuestionario con treinta y siete preguntas en el que participan Péret, Éluard, Breton y Aragon. En lo referente a los colores, Aragon elige el amarillo.

«El rubio se escapa a toda definición por una suerte de senda caprichosa en la que salen a mi encuentro flores y almejas» (p. 48): entiéndase esta frase en sentido figurado: nótese que tanto la palabra castellana «flor» como su correspondiente francesa, *fleur*, significan «virginidad» y que, como ya se ha visto, *coquillage*, en lenguaje vulgar, significa «almeja» en referencia a la vulva.

«¿Acaso hay algo más rubio que la espuma y el musgo?» (p. 48): en razón del contexto, hemos traducido por «espuma» y «musgo» una única palabra: *mousse*, que además de estas dos acepciones significa «melena».

«Aquella cabellera inerte adquirió de súbito el reflejo de un oportuno: el peluquero comenzaba a hacerle un ondulado Marcel» (p. 49): en 1875, en plena Belle Époque, Marcel Grateau inventó las tenacillas que harían posible uno de los peinados que mayor furor causarían años más tarde, en las décadas veinte y treinta del siglo siguiente, esas ondas que, a ritmo de charlestón, ondeaban en locales como Le Bœuf sur le Toit.

«... y menos aún es, por más que insista en ello el letrero de la entrada, el vestigio de una civilización que se extinguió con nuestra infancia, el *peluquero* tal y como lo encontramos aún en el barrio de Trinité, aquel que se trajo consigo a Francia el *maxixe* y el tango» (p. 52): «peluquero» aparece en castellano en el original; «maxixe» es una danza brasileña.

«Podríamos decir que es el superviviente de esa anglomanía pasada de moda que enviaba a Londres las camisas para hacer la colada, ese *lavatory* de aspecto protestante que hoy en día ya no nos parece tan inglés» (p. 52): *lavatory* aparece en inglés en el original.

«Vende asimismo baúles y, como él dice: *All travelling requisites*» (p. 55): en inglés en el original.

«... y que había sido galardonado con una palma académica» (p. 55): premio que en Francia se otorga a diversas personalidades y académicos por su mérito en los campos de la cultura y la educación. Este premio, que comenzó a darse en 1808, se convirtió en 1955 en una orden, *Ordre des Palmes académiques*.

«Los pederastas» (p. 65): en el sentido de «los homosexuales».

«... como dice el Antifilósofo entre ellos» (p. 70): esto es, Tristan Tzara.

«A la sazón, había un Comité de Salvación Pública dadá y nada hacía presagiar que al Terror le sucedería un Directorio, con sus juegos, sus petimetres y sus trajes con aberturas laterales» (p. 70): en lugar de *petit maître*, en el original emplea Aragon la palabra *incroyables*, que era el apelativo que, al principio de la época del Directorio de la Primera República Francesa (1795-1799), recibían los jóvenes petimetres, aquellos jóvenes en exceso atildados y pendientes de la moda. Se los llamaba «increíbles» porque a propósito de cualquier asunto se los oía exclamar «¡Es verdaderamente increíble!» y porque su atuendo resultaba del mismo modo increíble. Mas no sólo eran llamativos por su aspecto, sino asimismo por su afectación en la pronunciación: aquella palabra de la que tanto gustaban ellos la pronunciaban de manera *inc[r]oyable*, es decir, eliminando el sonido de la letra erre.

«... tapizada con las ediciones musicales de la casa Salabert» (p. 71): la casa Éditions Salabert fue fundada en 1878 por Édouard Salabert. Al frente de ésta, le sucedió su hijo, Francis, quien sería el primero en editar la música del Grupo de los Seis (Francis Poulenc, Georges Auric, Arthur Honneger, Darius Milhaud, Lois Durey y Germaine Tailleferre), además de la de su mentor, Erik Satie. En su catálogo encontramos también a grandes figuras del jazz, como Duke Ellington o Joséphine Baker, pero también a grandes cantantes de la «música ligera», como Charles Trenet, Edith Piaf, Mistinguett o Marlene Dietrich.

«¿Acaso no sabes lo que les acontece a los amantes cuando ven una lira, un vestido o cualquier otro objeto de los que acostumbran a servirse? Les sucede que, al reconocer esa lira, se forman una imagen mental de la persona a la que ha pertenecido... igual que al ver a Simmias nos acordamos de Cebes» (p. 74): extracto del diálogo platónico *Fedón*. Aragon se sirve de éste para definir la imagen poética, la cual, a su juicio, debe representar una puerta hacia lo desconocido, y no como propone la Inteligencia, que con su racionalismo entiende que la imagen remite siempre a algo conocido.

«Bajo el brazo, sostiene “Au 125, Boulevard Saint-Germain”, de Benjamin Péret» (p. 76): cuento ilustrado por Marx Ernst que vio la luz en 1923 en *Littérature*, la revista fundada por Aragon y Soupault en 1919, y cuyas riendas tomó Breton en 1923

hasta 1924.

«Estaba fumando» (p. 84): en el original, *Il fumait*, que suena en francés como la palabra *fumée* (véase a este respecto la segunda nota de la traductora), y enlazando esta frase con la anterior se comprende que Don Juan no sólo «estaba absorto en sus quimeras», sino que el verbo indicaría que se encontraba en la acción de imaginarlas, es decir, que estaba en pleno proceso imaginativo.

Amon nos autes (p. 88): expresión que en lengua valona significa «en nuestra casa».

«... los cuales prefirieron denominar este movimiento con el nombre de “caballito de niño”» (p. 92): el nombre del movimiento dadá fue elegido de manera aleatoria por Tristan Tzara abriendo un diccionario por una página y eligiendo una palabra al azar. *Dada* es una onomatopeya que en el lenguaje infantil francés significa «caballito de madera [de los niños]». Tanta fue la hostilidad que despertó el movimiento entre los periodistas que, para ridiculizarlo, muchos se obstinaron en llamarlo *cheval d'enfant*, en lugar de *dada*.

«No es éste el caso del oporto del Certâ: cabezón, consistente, con mucho cuerpo y, verdaderamente, *timbrado*» (p. 92): en el original, *timbré* (la cursiva es de Aragon). *Timbré*, además del sentido de «timbrado» o «provisto de una etiqueta con denominación de origen», tiene el sentido «loco» o «alocado».

«Me gustaría que alguien como él nos sirviera de vivo ejemplo, igual que lo hicieron Vatel o Montagné» (p. 96): François Vatel (1631-1671) fue un prestigioso cocinero y *maître* francés célebre por inventar la crema chantilly. Por su parte, Prosper Montagné (1865-1948), receptor de la Legión de Honor francesa, fue un famoso *chef* y prolífico escritor de libros culinarios contemporáneo de Aragon. En 1918 publicó, con gran éxito, *La bonne chère pas chère sans viande*.

«¿Qué dirán las abejas a esa guía Baedeker de las colmenas?» (p. 101): Karl Baedeker (1801-1859) fue un editor, escritor y librero alemán que se hizo famoso por revolucionar el concepto de «guía de viajes». Hasta entonces, en general, las guías eran auténticas enciclopedias, con gran cantidad de datos, de un formato muy grande y pesado y con multitud de ilustraciones. En un principio, también las guías Baedeker eran así, pero más tarde cambiaron: pesaban menos de quinientos gramos, tenían planos de las ciudades y los lugares que visitar y eran mucho más prácticas y precisas, con la información organizada siempre de la misma manera. Además, se publicaban en tres lenguas: alemán, francés e inglés, por lo que se hicieron mundialmente famosas.

«Efímero. F. M. R. (Folia - muerte - reflejo). En mí erro. Es, sí, eros. Fi ama a ro.

¡Para toda la vida! Efímero. Efímeros» (p. 107): Aragon realiza aquí un juego de palabras basado en las variaciones gráficas —y por ende, de significado— de una pronunciación, en francés, prácticamente idéntica de cada uno de los segmentos de este juego con respecto a la palabra *éphémère*. Hemos tratado humildemente de conservarlo en castellano, pero ha sido difícil mantenerse fiel al sentido original. La traducción literal sería así: «Efímero. Efe. Eme. Erre. (Locura - muerte - ensoñación.) Los hechos me llevan a la deriva. Los fetos, madres. Fernanda ama a Roberto. ¡Para toda la vida! Efímero, efímeros» [en francés: «Éphémère. F. M. R. (Folie-mort-rêverie). Les faix, mères. Fernande aime Robert. Pour la vie! Éphémère. Éphémères»]. Por añadidura, el verbo *errer* (tanto en su sentido de «errar», como en el de «divagar») es, como en castellano, intransitivo, pero Aragon lo convierte en transitivo para dar idea de la divagación intelectual a la que lo empujan los hechos, una suerte de *flânerie* contemplativa.

«Aquellas damas efímeramente amadas, esas *florencias*, aquellas *ferminas*, pues un mero floreo inflama primero sus pasiones y después su seno» (p. 107): Aragon continúa en este párrafo su juego de palabras en tomo a la palabra *éphémère*: *ces Florences, ces Ferminas, qu'un rien enflamme ET FAIT MÈRES*. Estas tres últimas palabras significan literalmente «y las convierte en madres», que no hemos traducido así para tratar de dar idea de las aliteraciones del párrafo original.

«... los maquillajes y los filtros del espanto» (p. 113): es posible que con estos filtros del espanto Aragon se esté refiriendo a la belladona (del it. *bella donna*, «mujer hermosa»), que antiguamente se empleaba con fines cosméticos pues, aplicada directamente en el ojo, dilataba las pupilas, algo que se consideraba de gran belleza. Esta dilatación se produce también ante situaciones de miedo y peligro, de ahí que, tal vez, Aragon lo emplee en este sentido.

«No podría pasar nada por alto, pues soy el paso de la sombra a la luz, del mismo modo en que soy el ocaso y la aurora» (p. 131): en el original dice: *car je suis le passage de l'ombre à la lumière*, es decir, el propio Aragon se convierte ahora en *pasaje*, en la acción de pasar, en puro movimiento, en transición de una cosa en otra, en metamorfosis.

«En ese cabal instante es cuando sueño y veo en el aire el espectro absurdo de mi suerte» (p. 153): en el original francés, de *mon sort*. Comienza aquí un juego con la palabra *sort*, que tiene varios significados: en este primer caso, significa «suerte» en el sentido de «hado, destino». Más adelante, en su personificación del tedio, Aragon dice de éste: *il en sort*, es decir, emplea la tercera persona singular del verbo (*en*) *sortir* («abandonar un lugar»), y un poco más adelante, dice *j'en sors*. Por otro lado, y esto es muy importante también, *en sortir* también significa «llevar una tarea a cabo, terminarla, acabarla, culminarla, llevarla a su fin». A todo esto hay que añadir que el

verbo *sortir* significa etimológicamente «decidir por la suerte», es decir, «echar a suertes, decidir algo confiándolo a la suerte, al azar». En castellano, el verbo *salir* — que sería la traducción más obvia de este verbo francés— mantiene el sentido de la suerte en una de sus acepciones, la de «ser elegido o sacado por suerte», como, por ejemplo, en la lotería los números, un sentido que hemos querido mantener cuando unos párrafos más allá el tedió «sale». Dada la importancia que Aragon atribuye a la casualidad, al azar, en las líneas que aparecen a continuación, hemos traducido el verbo *sortir* en sus tres sentidos: salir, acabar algo (o *con* algo) y el del azar.

«... el punto en que la rue Priestley afluye...» (p. 165): Aragon emplea aquí el nombre que esta calle llevara hasta 1912, año en que recibió su nombre actual, avenue Mathurin-Moreau, en honor al escultor del mismo nombre, fallecido ese mismo año.

«He aquí el amor, el hierático amor que ciñe con su seto nuestro caminar» (p. 174): en el original, *notre passage*.

Desinit in piscem (p. 179): de *desinit in piscem mulier formosa superne* (lit. «mujer hermosa terminada en pez»), verso del *Ars poetica* de Horacio. El autor latino comparó la obra de arte carente de unidad con un bello busto de mujer que finaliza con una cola de pez, es decir, una sirena. Se suele emplear para designar aquello que empieza de una manera y termina de otra totalmente inesperada o incoherente, y nada puede servir mejor al gusto de Aragon por el azar, la casualidad, que esta frase. Por otro lado, al comienzo del siguiente párrafo, no sin motivo emplea Aragon la palabra *dessein*, que como su homóloga española, *designio*, tienen su origen etimológico en el verbo latino *desinere* (acabar, finalizar, terminar).

«... que me empuja a contar este paseo sonámbulo por lo más profundo de la indulgencia *edílica*» (p. 179): Aragon se inventa en el texto original la palabra *édilique* para referirse a lo «edilicio» («relativo al edil»), palabra que no hemos querido emplear por la multitud de correspondencias posibles que encierra la palabra inventada con otras como «etílico», «idílico», etc.

«... un reflejo de agua durmiente...» (p. 182): la expresión *eau dormant* se suele emplear en francés referido a lo que en castellano se designa como «agua muerta» o «agua estanca», pero hemos preferido ser literales para no perder el carácter onírico del texto.

«La estética de Eugène Manuel» (p. 184): Eugène Manuel (1823-1901) fue un poeta y político francés perteneciente al movimiento parnasianista.

«... que una secta, de la cual Paul Éluard es uno de sus más acérrimos defensores, venga ante *París durante la guerra* para rendir los periódicos tributos de un culto

amoroso» (p. 184): se trata de la estatua de Albert Bartholomé (1848-1928), conocida también como *La defensa de París y París 1914-1918*. En 1921 *Le Figaro* calificó de «atentado de las Tullerías» el proyecto de instalar la estatua en la place du Carrousel. A despecho de las protestas, fue instalada, permaneciendo allí hasta 1933. Paul Éluard la cita en su poemario *Paris capitale de la douleur* (1926) en estos términos: *statue vivante de l'amour* («viva estatua del amor»).

«El monumento del globo de Ternes» (p. 184): ante el sitio de París en 1870, Gambetta abandonó la capital rumbo a Tours en globo. Este tipo de globos eran utilizados para comunicar París con las provincias. El grupo escultórico, de Frédéric-Auguste Bartholdi (1834-1904), fue inaugurado en 1906 y encarnaba la ciudad de París, a cuyos pies un niño alzaba las manos hacia una paloma que le trae noticias de fuera de la ciudad. El monumento desapareció a manos de los alemanes, quienes, junto a otros monumentos, lo fundieron durante la Segunda Guerra Mundial.

«La imagen de Déroulède» (p. 184): Paul Déroulède (1846-1914) fue un escritor fundador de la Liga de Patriotas. Lideró la defensa del ejército francés durante el caso Dreyfus y estuvo detrás del fallido golpe de estado a la Tercera República en 1899.

«La Juana de Arco de Frémiet» (p. 185): estatua de bronce que el gobierno francés encargó al escultor neoclásico Emmanuel Frémiet —especializado en temas patrióticos— tras la derrota en la guerra franco-prusiana. Fue inaugurada en 1874 e instalada en la place des Pyramides.

«El *Aun así*, de Antonin Mercié» (p. 185): *Quand même* (1882), grupo escultórico esculpido en mármol y encargado a Antonin Mercié (1845-1916). De inspiración patriótica, la escultura rememora la guerra franco-prusiana.

«Ni de la cadena rota de Étienne Dolet» (p. 185): Étienne Dolet (1509-1546) fue un escritor y traductor francés. Acusado de ateísmo, murió condenado a la hoguera junto a todos sus libros.

«El billar Nicolas» (p. 186): tipo de billar inventado por Nicolas Redler en 1894. Consiste en una tabla redonda dotada de agujeros en el borde y de fuelles con los que los cuatro jugadores han de insertar las bolas en las cavidades.

«Detengámonos para respirar, modernos *champolliones*» (p. 196): el filólogo y arqueólogo Jean-François Champollion (1790-1832) está considerado el primer egiptólogo. Descifró la escritura jeroglífica y fue conservador del departamento egipcio del Louvre y catedrático de Arqueología egipcia en el Collège de France.

«En el encantamiento de su transitar» (p. 204): en el original, *passage*.

«Pura encarnación del espíritu de Henry Bataille» (p. 216): Henry Bataille (1872-1922) fue poeta y dramaturgo. Aragon, que lo tenía como el autor del más bello verso francés (*J'ai marché sur la trame immense de ta robe* [«He caminado por la inmensa cola de tu vestido»]), lo incluyó como personaje en su novela *Les Cloches de Bâle* (1934). Estuvo unido sentimentalmente a la actriz Yvonne de Bray, quien participó en muchas de sus obras teatrales, así como en películas de Jean Cocteau y Alexandre Astruc, entre otros. Sobre la tumba de Bataille figura una hermosa escultura de François Pompon, conocido por sus esculturas de animales.

«La pradera se asemeja a un *limerick* —*it was a young lady of Gloucester*—» (p. 216): *limerick* es una suerte de quintilla humorística, que en ocasiones roza lo obsceno, empleada en la poesía anglosajona. Suele comenzar con versos del tipo que inserta Aragon: «Había una mujer de Gloucester» o «Había un viejo barbudo».

«La inteligencia de los *fictionarios* del espíritu» (p. 219): en el original, *fictionnaire*, palabra inventada por Aragon.

«No os acompañaré más por los bosques del placer» (p. 222): en el original, *les Barbizons du plaisir*, referencia al pueblo de Barbizon, donde algunos pintores, como Corot y Millet, se reunieron inspirándose para sus pinturas en el bosque de Fontainebleau, en las inmediaciones del pueblo, en humorística referencia a la famosa Escuela de Fontainebleau del siglo XVI.

«Un simple rodeo, la falsa modestia del junco pensante» (p. 231): alusión a la afirmación que Blaise Pascal hace en sus *Pensamientos*: «El hombre no es más que un junco, el más débil de la naturaleza, pero es un junco pensante» (*Pensées*, París, 1963, Seuil, p. 528).

«Todo me separaba de aquella mujer a quien al principio había tratado de rehuir» (p. 235): la mujer amada y perdida que protagoniza este capítulo fue Elizabeth —o Eyre, como se hacía llamar—, bellísima pintora de origen americano casada con Pierre de Lanux, diplomático que fuera secretario general de *La Nouvelle Revue Française*. El primer encuentro con Aragon fue hacia 1920, aunque, al parecer, no fue hasta unos años más tarde cuando cristalizó su amor por ella, precisamente cuando descubrió que ésta se había convertido en amante de su íntimo amigo Pierre Drieu La Rochelle, a quien no sólo admiraba infinitamente en lo literario —un sentimiento mutuo—, sino que era asimismo su rival en la conquista de mujeres durante las noches parisinas de los locos años veinte. Pero debido al respeto que Aragon profesaba a su amigo, al principio trató de quitársela de la cabeza: era para él una mujer prohibida. En el poema «*Le mot vie*», que aparece en *Le Roman inachevé*, Aragon describe a Eyre en los siguientes términos: *Trois ans nous nous sommes*

cherchés mon Amie éclatante et brune \ Aux soirs d'éclipse elle m'était le soleil ensemble et la lune \ Et son parfum m'est demeuré longtemps dans les Buttes-Chaumont («Durante tres años nos estuvimos buscando mi brillante [esplendente] y castaña [melancólica] amiga | En las noches de eclipse ella era a la vez mi sol y mi luna | Y su perfume permaneció conmigo largamente en Buttes-Chaumont»).

«Cuando conocí a otra mujer» (p. 236): esa otra mujer fue Clotilde Vail, cuñada de Peggy Guggenheim. Sin embargo, este amor apenas duró unos meses y la atención de Aragon enseguida se dirigió hacia Denise Lévy, prima de Simonne, la esposa de André Breton, pero no llegó a consumarse su amor. Con todo, tras estas dos decepciones, acontece la maravilla que Aragon narra en las siguientes líneas del texto: Eyre de Lanux, la dama del Buttes-Chaumont, vuelve a entrar en escena.

«Hizo algo extraordinario: me llamó a su lado, y yo acudí» (p. 237): en el original: *et moi je vins*, que, además del sentido literal de «acudir», significa en lenguaje vulgar «correrse».



LOUIS ARAGON (París, 1897-1982). Hijo de Marguerite Toucas, una joven de la burguesía católica, y de Louis Andrieux, político francés y anterior prefecto de París, treinta y tres años mayor que ella, Louis Aragon fue el resultado de una relación adúltera. Para preservar el honor de ambas familias, se presenta al niño como hijo adoptivo de su abuela materna, Claire Lucas. Aragon nació en un lugar que nunca conoció y su obra conservó siempre la huella de esta herida secreta. Al rellenar la partida de nacimiento, en lugar de «Andrieux», su padre anota el apellido «Aragon», elegido en recuerdo de la región española, que conoció siendo embajador en España.

Louis Aragon comienza sus estudios de medicina y conoce a André Breton y Philippe Soupault. Movilizado como camillero en la Primera Guerra Mundial, es entonces cuando su madre le revela el secreto de su nacimiento. Permanece dos años en la Renania ocupada y recibe la Cruz de Guerra en reconocimiento a su heroísmo. El conflicto bélico lo marcó profundamente, y fue el desencadenante de su compromiso político posterior. Después de formar parte del dadaísmo, en 1924 se convierte, junto a Breton y Soupault, en una de las figuras fundamentales del surrealismo. También junto a Breton se inscribe en el Partido Comunista en 1927.

En 1928 conoce a la escritora Else Triolet, con quien vivirá una de las historias de amor más famosas de la literatura francesa, y con la que se casará en 1939. Durante la Segunda Guerra Mundial, ambos tomarán partido por la Resistencia y contra el nazismo. Tras la muerte de su esposa en 1970, Aragon hará pública su atracción por los hombres, que su amigo Pierre Drieu de la Rochelle ya había insinuado en 1930.

Además de *El aldeano de París* (1926), entre las obras de Aragon —un autor cuya poesía influyó en la literatura de muchas otras lenguas, incluida la española—, podemos citar: *Feu de joie* (1919), *Le mouvement perpétuel* (1925), *Tratado de estilo* (1928), *La Semana Santa* (1953), *Le Fou d'Elsa* (1963) y *Blanche o el olvido* (1967).

Notas

[1] Variante: chivata (rapporteuse). (Todas las notas al pie de esta edición son del autor). <<

[2] Habría pasado por este mundo con unas cuantas personas que son las más puras que hayáis podido percibir en el cielo de una tarde estival (André Breton, por ejemplo) en medio del desprecio, los insultos, los escupitajos. Mas si un día mis palabras se tornaran sagradas —ya lo son— permitidme que mi risa resuene en lontananza. Mis palabras no servirán a vuestros miserables fines, hombres que creáis pisotearnos, crápulas. Y cuando digo «periodista», lo que siempre quiero decir es «cabrón». Tomad lo que os merecéis en *L’Intran*, *Comædia*, *L’Œuvre*, *Les Nouvelles Littéraires*, etc., gilipollas, canallas, mierdas, cerdos. Todos, sin excepción: chinches lampiños y piojos barbudos, no os refugiaréis impunemente en las revistas, las dudosas publicaciones. Todo esto apesta. La tinta. Cucaracha aplastada. La basura. Morios todos, que vivís de la vida de los otros, de lo que les gusta y les aburre. Que se mueran todos aquellos cuya mano empuñe una pluma, que se mueran quienes parafraseen lo que digo. <<

[3] Hoy en día el Certâ se encuentra en rue d'Isly, en el que fuera el local del London Bar. Y yo ¿dónde estoy?, ¿dónde está mi cuerpo? Ya ha caído la noche. <<

[4] En la que *El aldeano de París* aparecía por entregas. Fue así como en los años veinte declinaron en Francia el nivel moral y el novelesco. <<

[5] Cf. primera parte, *in finem*. <<

[6] Y observamos que esta idea nace del hecho de que nuestro espíritu se haya visto despoblado de las divinidades figurativas de las religiones antiguas, dioses que personificaban las fuerzas naturales. El cristianismo los sustituye mediante una fuerza sentimental, la naturaleza, que pierde todo valor metafísico. Al correr del tiempo, otros teísmos no funcionaron de manera muy distinta: reemplazaron su triple y figurativo dios por el sentimiento del bien, por ejemplo. <<

[7] Una suerte de marcha atrás sentimental. <<

[8] Idea repugnante y vulgar. <<